

NADIA NOOR

MISS 7



Letrame
Grupa Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

Colección: Novela

© Nadia Noor

Edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.

Diseño de portada: Antonio F. López.

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

ISBN: 978-84-17396-51-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A Bianca, por ser mi princesa

La densa humedad se podía palpar en la oscura celda 103. Dos camas tipo litera albergaban a cuatro personas que dormían acurrucadas bajo unas mantas raídas de lana. Las paredes, cubiertas de moho y pequeñas incrustaciones hechas a mano con algún objeto punzante, estaban forradas por diferentes fotos viejas, descoloridas por el tiempo. Una bombilla fundida emitía, de vez en cuando, un destello de luz como un relámpago tardío. El retintín de un juego de llaves rompió el silencio de la noche.

Juan abrió los ojos de golpe cuando escuchó el sonido metálico de una llave que entraba y se giraba en la cerradura. El clic de la verja de hierro le traspasó el cerebro. Dominó como pudo el pánico y se esforzó en penetrar su vista a través de la oscuridad. Una sombra alargada se removía en las paredes al tiempo que una silueta se adentraba en el interior de la celda. Juan llevaba dos meses en ese agujero oscuro y maloliente, y había perdido el sueño y la poca tranquilidad que le quedaba tras recibir unas amenazas por parte de unos fans del futbolista. Tiró del borde de la colcha y se tapó hasta la barbilla en un ridículo intento de protegerse. La ruda tela de la colcha le produjo picores y su olor rancio le hizo girar la cabeza, pero en este otro lado se encontró con las piernas de su compañero de litera que apestaban como una cloaca.

El sonido del interruptor, acompañado por un repentino baño de luz, le hizo incorporarse.

—¡Hay que joderse! —se quejó el propietario de los pies malolientes—. Apaga la puta luz.

—¡Cierra el pico! —Juan respiró aliviado al reconocer la voz del agente Perales.

Un atisbo de esperanza floreció en sus entrañas y lo dejó expectante. Si un agente irrumpía de esa forma en la celda era porque había una buena razón detrás. Puede que su abogado hubiera conseguido ganar el recurso interpuesto. La palabra «libertad» comenzó a bailar delante de los ojos del psicólogo y unos

rayos imaginarios de sol penetraron en la pequeña celda.

—¡Juan Sánchez! —La voz del agente sonó imperiosa y autoritaria—. Tienes permiso especial para ducharte. En una hora el director te espera en su despacho.

Juan se bajó de la cama de un salto y buscó nervioso sus zapatos. Se calzó con rapidez y se dirigió hacia la salida con el corazón desbocado. No se atrevió a preguntar al agente si sabía el motivo de todo aquello, pues su cara de pocos amigos le pareció un impedimento importante. Comenzó a andar por el pasillo poco iluminado con el agente pegado a sus talones. Cuando llegó al final del mismo desvió la mirada hacia el reloj colgado en la pared principal y observó, asombrado, que solo eran las seis de la mañana. El agente Perales abrió la verja de seguridad que separaba la zona de las celdas del área común. Juan sentía que con cada paso que daba se acercaba a la muy ansiada libertad. Accedió al baño y recogió su kit con toalla y jabón. Se quitó el mono de color naranja y se metió debajo de la ducha, preparado para disfrutar de su primer baño en solitario desde su ingreso en prisión. Un chorro abundante de agua comenzó a caerle sobre la piel y friccionó con mucha energía cada célula de su cuerpo. Salió fortalecido de la ducha, se lavó los dientes con ímpetu y se peinó con esmero su pelo cortado casi al raso. Volvió a vestirse con el mono de prisionero al tiempo que reprimía la aversión que sentía hacia esa prenda y hacia ese color.

Unas horas más tarde, después de una larga espera delante del despacho, el director lo recibió con cortesía.

—Pase, señor Sánchez, siéntese, tengo algunas novedades para usted.

Juan avanzó titubeante y se sentó, preso de una importante alteración interna, en la silla de madera situada en frente de la mesa. No se atrevía a soñar, por lo que comenzó a contar hasta diez para calmar su agitada mente.

El director se agachó y sacó una carpeta descolorida de un cajón. La ojeó atento y, por último, extrajo un folio. Lo dejó sobre la mesa y escrutó a Juan con

gesto serio. El recluso, a su vez, le sostuvo la mirada con valentía.

—Firme aquí —Le pidió el director tras unos segundos de escaneo recíproco—. Su abogado ha ganado el recurso. Queda en libertad condicional.

La palabra «libertad» cayó como un trueno sobre Juan. Pudo sentir con claridad el impacto que le provocó en su cabeza. En pocos segundos se pasearon delante de sus ojos el color azul del cielo, los rayos brillantes del sol, el pelaje oscuro de su gato Lufer y los ojos verdes de Minerva. Agarró el bolígrafo que el director le ofreció y buscó con la mirada el lugar donde debía de firmar. Dibujó su firma lo mejor que pudo y se puso de pie, impaciente por preparar su salida.

—No tan rápido —lo amonestó el oficial—. Hay algunas condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Juan desanimado al tiempo que volvía a sentarse.

—No podrá acercarse a Minerva Martín, ni situarse a una distancia inferior de cien metros de ella. No podrá comunicarse con ella. En pocas palabras, olvídense de que esa mujer existe. De lo contrario volverá a su agujero y esta vez no lo salvará ni el mismísimo Dios. ¿Está claro?

—¡Clarísimo! —masculló Juan entre dientes.

—Sigue estando imputado, señor Sánchez. Queda en libertad porque su abogado es demasiado listo y el juez encargado de su caso es... demasiado tonto. ¿Listo, tonto?, ¿lo pillas? —preguntó el director, al tiempo que le hacía unas señales extrañas con los dedos.

La ira tiñó las mejillas de Juan de un rojo vivo. Se sintió humillado y, podría jurar, que el motivo de aquella burla velada era la figura del futbolista. Con seguridad, al oficial le gustaba el fútbol y veía en la figura de Cros a un Dios todopoderoso. «¿Listo, tonto?», lo imitó en su mente con ironía. ¿Estaban todos ciegos? Cristian Cros no era nadie.

—¿Algo más? —preguntó, al tiempo que se volvía a poner de pie.

—No, puede irse. En unas horas le darán sus pertenencias y podrá marcharse. Si necesita avisar a alguien para que pase a recogerle, tiene permiso para hacer una llamada.

—No necesito hacer ninguna llamada. Como usted mismo ha remarcado, mi abogado es listo, con seguridad me esperará a la salida. ¡Qué tenga un buen día! —saludó Juan y salió dando un portazo.

¡Qué a gusto se había quedado!

Tres horas más tarde seguía al agente Perales por los estrechos pasillos de la prisión cuando este abrió la verja de acceso a la calle y Juan se encontró con la brillante luz del sol. Tuvo que taparse los ojos para no quedarse ciego. De forma paulatina, volvió a despegar los parpados y consiguió mirar el cielo con los ojos entrecerrados. Inspiró una generosa porción de aire puro y apresuró el paso. Era libre. ¡Libre!

2

El primer día de colegio es de por sí un día importante. Júnior se removió inquieto en la silla cuando su padre aparcó el coche delante del colegio privado Saint James Junior School. Se trataba de un edificio de tamaño mediano con fachada de ladrillo de color anaranjado y techo de teca ligeramente inclinado. Aquel lugar sería su colegio para el año en curso.

Cristian buscó su mirada a través del espejo retrovisor y le sonrió comprensivo. Después apagó el motor.

—Campeón, hemos llegado. ¿Estás listo? —preguntó el futbolista mientras desbloqueaba la puerta de su hijo.

Júnior asintió con la cabeza y se desabrochó el cinturón al tiempo que mostraba un intento de sonrisa que se quedó colgando en la comisura de sus labios. Sabía que sus padres estaban preocupados por su primer día de colegio y deseaba aparentar normalidad delante de ellos. Se consideraba un niño mayor, acababa de cumplir siete años, no podía comportarse como un pequeñajo.

—¡Pues claro que lo estoy, papi! —Cerró los dedos formando un puño y chocó con su padre, fingiendo optimismo. Después se giró hacia Minerva y, cuando sus miradas se encontraron, se esforzó por no llorar. Un nudo grande se alojó en su garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Consiguió contenerse y se arrojó en sus brazos. Ella lo arropó y lo apretó contra su pecho. Júnior dejó la cabeza descansar en su hombro, cerró los ojos y se relajó. Los abrazos de su madre biológica tenían sobre él un efecto especial. Inspiró con avidez, abrió los ojos y se separó de ella. Decidió ser valiente. Al fin y al cabo, solo se enfrentaba a su primer día de colegio, no al fin del mundo.

—Papi, dame la mochila, tengo muchas ganas de entrar para conocer a mis nuevos compañeros.

Cristian abrió el maletero y sacó una mochila de tamaño mediano, impresa con vivos dibujos infantiles. Le tendió la mano y le dijo:

—Si tan ansioso estás, entonces vámonos. La clase comenzará en unos minutos. Te acompañaremos hasta allí.

—¡Papá, tengo siete años! —exclamó Júnior contrariado—. Puedo irme solo. Ya sé dónde está mi clase, el otro día cuando visitamos el cole, el director nos la enseñó. ¿Te acuerdas? No hace falta que vengáis.

Cristian y Minerva se miraron desconcertados. En sus caras se podía leer un atisbo de protesta.

—Júnior, solo te acompañaremos hasta la entrada principal. —Minerva le sonrió con dulzura, al tiempo que le tocaba con gesto travieso la nariz—. ¿Te parece?

—Y nos aseguraremos de que llegues bien a tu clase —añadió Cristian, con uno de aquellos gestos de «soy tu padre, tienes que hacerme caso»—. Solo hoy, porque es el primer día. A partir de mañana entrarás solo. ¿De acuerdo?

—¡Vale! —accedió Júnior con cara de fastidio—. Solo hoy.

El camino del coche hasta la entrada principal lo hicieron a pie y los nervios de Júnior se tensaron al ver que la mayoría de los niños entraban solos. Cuando llegaron al *hall* principal Cristian le entregó la mochila, le revolvió el pelo con la mano y le dio un abrazo corto.

—¡Mucho ánimo, campeón! —dijo su padre para insuflarle optimismo al tiempo que intentaba controlar un pequeño temblor en la voz.

Minerva le sonrió con afecto y le dio un beso en la frente. Júnior agitó la mano en señal de saludo y se alejó arrastrando tras él su colorida mochila. Después de andar unos pasos, se giró y vio que sus padres seguían en el *hall*, mirándolo. Volvió a saludarlos y, tras doblar la esquina, los perdió de vista. Inspiró hondo y se acercó con timidez a su clase.

La puerta estaba abierta y dentro se escuchaba mucho jaleo. Se asomó con timidez y clavó su vista en cuatro chicos que forcejeaban entre ellos. Los cuatro vestían el uniforme del centro, compuesto por un polo naranja y pantalón azul marino. Al parecer, el motivo de la trifulca era una simple peonza de plástico que giraba sin rumbo en el suelo.

Júnior se sintió intimidado por los gritos de los chicos y no se atrevió a entrar. Se arrepintió por su crisis de valentía y deseó que sus padres estuviesen ahí, con él. Se mordió el labio, angustiada, preguntándose si debería ignorar la pelea y entrar o esperar al tutor para que lo presentase. En medio de sus dudas escuchó una voz que le sonó imperativa y al mismo tiempo amistosa:

—¿Vas a entrar hoy o lo dejas para mañana?

Se giró sorprendido y se topó de frente con una niña morena. Tras cinco segundos de escaneo recíproco, Júnior decidió que era la niña más bonita que jamás había visto. Llevaba el pelo al estilo de Dora Exploradora, con el flequillo recto y los laterales cortados de manera simétrica. Su mirada oscura y traviesa contrastaba con su piel blanca, casi translúcida.

—Yo... entraré un poco más tarde —se justificó él, azorado.

—Hablas raro —observó ella—. Debes de ser nuevo.

La educación de Júnior se había impartido siempre en un colegio bilingüe y su inglés era excelente, pero algunas veces, cuando estaba nervioso, acentuaba las palabras con demasiado ímpetu.

—Sí. Hoy es mi primer día. Me llamo Júnior.

—Júnior —repitió ella pensativa—. ¡Qué nombre tan bonito! Me gusta. Yo soy María.

El niño sonrió complacido y, decidió mentalmente, que jamás renegaría de su nombre.

—Mi abuela también se llama María.

La mirada de la niña se achinó y en su cara apareció una expresión contrariada. Júnior se reprendió mentalmente por haber dicho aquello. Si hubiese dicho que le gustaba su nombre... o cualquier otra tontería.

—¡Vámonos! —lo animó, mientras su mano se clavaba entre sus costillas y lo empujaba dentro de la clase—. A la señorita Carol, no le gusta encontrarnos en la puerta.

Y, acto seguido, María le tomó de la mano arrastrándolo con firmeza. Avanzaron hacia los cuatro chicos que todavía forcejeaban por culpa de la peonza. Los dedos de Júnior se tensaron y los nervios se apoderaron de él.

—¡Chicos! —gritó María, entusiasmada—. Tenemos un compi nuevo. Se llama Júnior.

Los cuatro chicos dejaron de empujarse y clavaron sus miradas curiosas en el nuevo.

3

A las diez menos cuarto de la noche Minerva dio la guardia de ese día por finalizada. Se cambió con rapidez, pues no quería preocupar al encargado de su seguridad. George era como un reloj suizo y cada minuto de tardanza suponía para él una preocupación innecesaria. Minerva llevaba muy mal aquel encorsetamiento; sin embargo, Cristian se mostró inflexible en este aspecto. Su seguridad personal no era negociable. No después del disparo.

Cada vez que salía sola de casa George debía acompañarla. Hasta cuando visitaba a su mejor amiga, Laura, él se quedaba esperándola paciente delante de su casa. Antes de salir a la calle debía de avisarlo y esperar instrucciones. George comprobaba el perímetro de seguridad y después la recogía como si ella fuese una niña pequeña de cinco años. ¡Hasta Júnior tenía más libertad para moverse!

Se asomó a la ventana y a través de una farola divisó una fina llovizna que caía de forma incesante. Apenas estaban en septiembre y la lluvia era la protagonista absoluta de todos los días. Suspiró resignada al ver que el todoterreno de Cristian estaba aparcado delante del hospital. Se ató los cordones de su *trench* cruzado, bajó los escalones con rapidez y salió por la puerta principal.

George la esperaba en la acera y, nada más verla, se acercó a ella y le sujetó el paraguas. Minerva volvió a suspirar; George se dejaba empapar por la lluvia para protegerla a ella. ¿Era necesario este tratamiento? Ella podía sujetar un maldito paraguas, lo había hecho toda su vida. La primera vez que George hizo aquello ella se quejó, pero él le explicó con tranquilidad que eran las normas del protocolo de seguridad y le pidió, por favor, que no interfiriese en su trabajo.

Era una situación tan extraña que Minerva no sabía cómo actuar. De repente todo lo que a ella le parecía malo no era tan malo y lo que ella daba por bueno,

para el entorno y la gente que trabajan para Cristian, no lo era tanto.

Suspiró resignada, avivó el paso y cuando llegó junto al coche entró con rapidez. Su humor mejoró al ver a George protegido de las gotas de agua que caían sin descanso. No podía evitar preocuparse por la gente de su entorno, el altruismo estaba en su naturaleza.

A veces, Cristian le reñía por ser demasiado benévola con los empleados de la casa. Después de dos meses de convivencia todos sabían que la señora de la casa era blanda y muy permisiva; sin embargo, todos la querían mucho y se desvivían por hacerle la vida fácil.

Después de recibir el disparo de Juan, Minerva se mudó a la mansión de Cristian. Mientras estuvo convaleciente vivió con normalidad el hecho de tener personas que se ocupaban de ella y de sus cosas. No obstante, en cuanto se recuperó, intentó retomar su vida normal y, una mañana cualquiera, arregló ella misma la cama y metió los pijamas de ella y Cristian en la cesta de la ropa. La encargada de la limpieza pidió una reunión con ella aquel mismo día y le preguntó:

—Señora, ¿no está contenta con nuestro trabajo? ¿Hay algo que hemos hecho mal?

Minerva se quedó extrañada por la pregunta y se apresuró en contestar:

—No tengo nada que reprochar a nadie, claro que estoy contenta. ¿Por qué me lo preguntas?

—Hoy ha ordenado usted misma su cuarto. Por favor no lo haga. No nos quite el trabajo.

Minerva comprendió en ese momento que, si interfería en las tareas de la casa alteraba las normas de los empleados, así que dejó de hacerlo. Sin embargo, no era fácil cambiar sus costumbres y adaptarse a su nuevo yo.

El coche arrancó y comenzó a desplazarse por la carretera y, tras doblar una

esquina, el hospital se perdió de su campo visual. Minerva encendió el móvil y vio que había recibido un mensaje de Laura. Se precipitó a leerlo.

Hola Mine, solo con imaginarme tu cara al leer esto me entran ganas de reír. Esta noche iré a Dark Face. No te impacientes ni intentes llamarme, allí no se permiten los móviles. Cuando leas esto tal vez habré resuelto el misterio de la humanidad, tú ya sabes cuál es. Mañana, en cuanto pueda, te llamaré. Si no recibes ninguna llamada mía, ya sabes dónde buscarme.

Minerva ignoró la advertencia de no llamar y marcó el número de su amiga. Le saltó el contestador por lo que grabó un mensaje con voz sería:

No me hace ninguna gracia que me hayas avisado de esta manera. Estaré muerta de preocupación. ¡Loca! Nada más estés disponible avísame. No importa la hora. Ah... y otra cosa, mi cara ahora mismo es justo como te la imaginaste. Un beso.

Después de enviar el mensaje se quedó un tiempo pensando en Laura y rogó al universo para que cuidase de ella.

Su teléfono pitó de nuevo. En esta ocasión recibió un mensaje de Cristian:

¿Te falta mucho, princesa? Te esperamos para cenar. Tus chicos.

Su boca se ensanchó en una generosa sonrisa. Sus dos chicos eran increíbles. Minerva insistía en que cenasen sin ella cuando tenía las guardias de tarde; sin embargo, ellos preferían esperarla. Decidió reñirles por cenar tan tarde y le contestó a Cristian:

¡Cenad ya! Es muy tarde y todavía me faltan unos diez minutos de camino. Por la lluvia el tráfico es lento. Os quiero.

Nada más enviar el mensaje recibió otro. Al leerlo se le borró la sonrisa de la cara y en su lugar apareció una mueca de pánico. El escueto mensaje había sido enviado desde un número desconocido:

¡Volveré, no lo olvides!

La peor pesadilla de su vida regresaba a ella. Se había enterado un par de días atrás de que Juan, el psicópata que le había disparado, se había librado de la

prisión. Aun cuando la policía tenía las fotos que lo incriminaban. A través de un buen abogado había alegado que las pruebas estaban falsificadas y el juez encargado del caso las declaró inválidas, exponiendo que se desconocía la procedencia de las mismas. Los hechos habían ocurrido en Londres, pero al tratarse de ciudadanos españoles la causa se trasladó a un tribunal de Madrid. La policía inglesa intentó conservar el caso en la jurisdicción londinense, pero el juez de la Audiencia Nacional de Madrid se situó al lado de un delincuente y se negó autorizar su extradición a Londres. La metedura de pata final fue cuando decidió dar curso a la petición del abogado de Juan y le concedió la libertad condicional. Juan parecía tener siete vidas, como su gato. Siempre caía de pie.

Minerva suspiró angustiada y se preguntó cómo darle la noticia a Cristian. El mensaje no estaba firmado, aun así ella sabía que se lo había enviado Juan, además contenía las mismas palabras que le dijo en su último encuentro.

¿Por qué no podía olvidarse de ella? Le había disparado, casi había logrado quitarle la vida y por su culpa Cristian y ella vivían en Londres. ¿Qué más querría? ¿Qué más?

Unos minutos más tarde el todoterreno se paró delante de la puerta de entrada de la casa. Mientras subía los peldaños con George pegado a su espalda, Minerva se preguntaba cómo darle la noticia a Cristian. Si ahora tenía a George unido a ella como una lapa, después de esto Cristian le pondría diez como George para protegerla.

4

Minerva no consiguió tragar bocado y, para disimular, revolvió el contenido de la comida en el plato. Después lo apartó y esperó resignada la llegada de la cocinera. Con toda seguridad le preguntaría si el pato confitado con naranja no había sido de su gusto. Casi le entraron ganas de reír cuando escuchó a Marisa preguntar:

—Señora, ¿el pato no estaba lo suficientemente sabroso?

En ese instante se sintió culpable y desconsiderada. Se imaginó a la cocinera esforzarse para sacar adelante un plato exquisito y se visualizó a sí misma como una estirada que no sabía apreciar el trabajo de los demás. Marisa no tenía la culpa de que Juan le hubiese enviado un mensaje amenazante.

—Te ha salido muy rico, solo que no tengo mucha hambre. Gracias.

Marisa la miró desconfiada y se marchó dejándola con el sentimiento de pena retorciéndose en su interior. Desde su silla Cristian percibió que algo le preocupaba y la contempló de forma inquisitiva. Minerva no podía sacar el tema puesto que Júnior, a pesar de haber cenado, había insistido en quedarse un rato para charlar con ellos.

—Júnior, a la cama de inmediato —le ordenó Cristian en tono autoritario—. Es muy tarde.

—Sí, ya voy —accedió el niño mientras se levantaba desganado de la silla—. Solo querría contarle una cosa más a Minerva.

—Dime, cariño —lo animó ella, al tiempo que le daba un beso en la frente—. Hoy fue tu primer día de cole, perdona por no haber estado en casa cuando regresaste. Mañana me lo cuentas todo con lujo de detalles, ¿de acuerdo?

Júnior asintió y se dirigió hacia los peldaños de la escalera. Antes de subir se

volvió hacía sus padres y declaró:

—Aparte de todo lo que os he contado sobre mi primer día en el cole hay una cosa más. —El silencio se instauró en el comedor y Júnior continuó con voz orgullosa—: Hoy he conocido a María.

Minerva y Cristian se miraron sorprendidos.

—¿Quién es María? —preguntaron a la vez, pero no recibieron ninguna contestación puesto que Júnior subió disparado escaleras arriba.

Un cuarto de hora más tarde los dos abandonaron el comedor y se instalaron en el salón para tomar una infusión de plantas medicinales, recomendada por el médico después del accidente de Minerva. Nada más sentarse en el cómodo sillón, Cristian le preguntó:

—¿Qué te pasa, estás bien? —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. Parece que tienes fiebre —concluyó, al tiempo que posaba la mano sobre su frente.

—Ya tenemos un nuevo medico en la familia —bromeó ella—. ¿Qué me recomienda doctor?

Cristian fingió una pose pensativa. Después se aclaró la voz y le dijo imitando un tono profesional:

—Mi recomendación es que vaya de inmediato al dormitorio para hacer el amor —resolvió él, guasón, al tiempo que le daba un beso en los labios. Después clavó su mirada en los ojos de ella y le preguntó—: Ahora hablo en serio, dime, ¿qué te pasa? Te noto rara.

Ella se levantó del sillón y rebuscó en su bolso. Sacó su móvil, encendió la pantalla y le enseñó el mensaje que había recibido.

—De camino a casa me llegó esto.

Cristian se quedó lívido y, de un saltó, se levantó del sofá:

—¡Es demasiado! Este hombre se ríe de nosotros y la policía no hace nada.

Iremos mañana mismo ante el comisario encargado del caso. No pienso quedarme cruzado de brazos. ¡No lo pienso hacer!

Minerva lo tomó del brazo y lo atrajo con delicadeza hacia ella. Le tocó con cariño la mejilla encendida por la ira y le dijo en tono cansado:

—Sabes tan bien como yo que no cambiaré nada. El mensaje fue enviado desde un número oculto y no podemos demostrar que lo haya enviado él. — Hizo una pausa y emitió en un suspiro cargado de resignación—:Por favor, no quiero que hablemos de él, sino conseguiré su propósito: amargarnos la vida.

—Tienes razón —aceptó Cristian, condescendiente—. Encontraré el modo de pararle los pies. De hecho, llevo un tiempo pensando en algo. ¡Ven conmigo! Tengo que enseñarte una cosa.

Y dicho esto, la agarró de la mano y la arrastró en dirección a la puerta. El temporal había empeorado y nada más bajar los escalones principales de la casa se vieron envueltos por una noche fría y lluviosa. Cristian abrió el paraguas y comenzaron a andar, acurrucados debajo del mismo.

—¿Es necesario salir al jardín con este tiempo? —preguntó ella, mientras se arribaba lo máximo posible a su cuerpo para guardarse del frío.

—Sí, lo es —contestó él lanzándole una mirada enigmática—. Estamos cerca.

Acto seguido se paró delante de un árbol de tuya perfectamente cortado.

—Mira en frente —le pidió él, expectante. A pesar de la oscuridad y de la lluvia, Minerva pudo entrever como la ansiedad se apoderaba de su amado. Se preguntó que tendría ese árbol para que Cristian se pusiera tan tenso—. ¿Qué ves?

Ella paseó la mirada por los alrededores, pero no llegó a comprender el misterio. Cristian se removió inquieto a su lado.

—Veo un árbol, parece... es una clase de pino. Detrás de él, se encuentra un

banco de madera y en un lateral... una piedra grande.

—¡Bien! —la felicitó Cristian, animado—. Vas por buen camino. Te doy una pista, mira mejor la piedra; te advierto que no es una piedra.

Ella achinó los ojos y lo miró sorprendida, pero la cara seria de Cristian le desveló, sin lugar a duda, que no estaba bromeando. Se acercó indecisa a la piedra y rozó con las yemas de los dedos la superficie dura, salpicada por las gotas de lluvia. Parecía un trozo de roca grande. ¿Dónde estaba el misterio? No encontraba nada especial en ella.

—Puede que sea una roca. —Minerva dio la espalda a la dichosa piedra, se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y miró con impaciencia en dirección al futbolista.

—¡Correcto! —se alegró él, contento, como si ella hubiese resuelto el misterio de la humanidad. Levantó el pulgar en alto y continuó exaltado—: Es una roca, pero no es una roca cualquiera.

—¡Cristian! —le regañó ella, a punto de perder la paciencia—. ¡Acaba ya con el misterio de la roca!

Él le tomó la mano con sumo cuidado, como si los alrededores de la piedra fuesen algún lugar sagrado y la llevó delante de ella.

—Esta piedra es la roca de tu infancia, la que estaba en la playa de Denia, justo detrás de tu casa. En una ocasión me dijiste que fue testigo de tus lágrimas y alegrías. Decidí que era importante para ti y mandé traerla —concluyó orgulloso.

Minerva abrió muchísimo los ojos y se apartó un paso de él.

—Mandaste traer de España una roca marina, grande, que pesará Dios sabe cuánto —lo miró confundida y una cierta dosis de ironía se coló en sus palabras—. ¿Se puede saber por qué? —preguntó desconcertada.

—Sí, ya sé, suena algo excéntrico. —Cristian estaba cada vez más tenso y se

movía inquieto de un lado para otro. La cara de Minerva adquirió un tono de preocupación, del tipo «¿qué le pasa a este hombre?».

—Traje la roca de España para que tengas algo tuyo cerca. Pensé que te haría ilusión. Tú hermano fue mi cómplice. Delante de ella quiero pedirte algo importante.

Mientras decía esto dejó el paraguas en el suelo y rebuscó algo en el bolsillo de su chaqueta de cuero. Con gesto nervioso, sacó una caja pequeña. La abrió despacio y prendió el anillo que estaba depositado sobre una almohadilla envuelta en seda. A la luz ciega de la farola, Minerva advirtió que se trataba de un anillo clásico, de oro blanco, bastante ancho y salpicado de pequeños diamantes. Una cortina de lluvia densa caía desde lo alto del cielo con mucha intensidad, pero ni Cristian ni Minerva la sentían adversa. Con gesto tembloroso, él tomó su mano mojada por la lluvia. El contacto de sus manos frías unido a sus miradas encendidas, que se clavaron la una en la otra, detonó en el corazón de Minerva una explosión de sentidos. La emoción se hizo visible en el rostro de Cristian y su mano tembló cuando deslizó el aro de oro en el dedo anular de ella.

Minerva perdió la voz y, en ese instante cargado de intensidad, dudó que alguna vez la volviera a encontrar. Parpadeó nerviosa mirando a su mano, a la roca y a él.

Cristian tomó una generosa bocanada de oxígeno y acompañó su gesto por estas palabras:

—Aquí, delante de la roca de tu infancia, en mitad de nuestro jardín, situado en un país extranjero; delante de nuestra casa, donde duerme plácidamente nuestro hijo, quiero pedirte que seas mía.

—¡Cristian! —exclamó ella, con la voz cargada de emoción—. Soy tuya desde el momento en que se cruzaron nuestros caminos. Y, lo sabes.

Se acercó a él, le acarició la mejilla y le retiró el pelo de la frente. Después se

acercó a sus labios y lo besó con pasión, impregnándose de su sabor mezclado con el gusto salado de la lluvia.

Cristian le devolvió el beso y la estrechó entre sus brazos. Después, tomó su mano entre las suyas y fijó la vista en el impresionante anillo que emitía destellos luminosos. Tras unos breves segundos de silencio le preguntó, emocionado:

—Minerva Martín, ¿quieres casarte conmigo?

Tras escuchar de sus labios el ansiado «sí», Cristian la abrazó y la levantó en volandas. Dio varias vueltas riendo y besándola. La lluvia se intensificó y en pocos minutos Mister Cros y la futura Miss Cros quedaron empapados. Sus caras mojadas brillaban por la dicha que sentían.

—¡Estoy muy feliz! —gritó él a los cuatro vientos.

Minerva le tapó la boca con la mano para ahogar sus gritos.

—¡No grites, que nos van a oír! —le pidió ella y estalló en una carcajada al notar que los dientes de Cristian le mordisqueaban los dedos—. Pero ¿qué haces? ¡Para!

Cristian consiguió liberar su boca y comenzó de nuevo a gritar:

—¡Estoy fel...!

En esta ocasión Minerva le atrapó la boca con la suya y se llevó la última parte del grito. Se devoraron el uno al otro con ansia y deseo, mezclando sus respiraciones aceleradas con el retintín de la lluvia.

Un trueno estridente, seguido por un relámpago, iluminó sus caras felices y los obligó a separarse.

—¡Venga, vámonos! —lo apremió ella, mientras le tomaba la mano y lo animaba a correr—. Estamos mojados y nos resfriaremos.

Cristian frenó en seco, se acercó a la roca y dijo exultante:

—Lo oíste todo, ¿verdad? Ha dicho que sí. ¡Ha dicho que sí! —volvió a gritar.

Minerva lo asió y comenzaron a correr en la noche. Envueltos en risas y la cortina de agua que no cesaba, llegaron a la casa.

5

La calle estaba desierta. Juan sabía que a esas horas estaría poco transitada y salió a pasear. No le gustaba encontrarse con la gente. Las hojas secas, caídas en el suelo, formaban una alfombra de color cobrizo. El psicólogo las pisó de forma ausente y escuchó como crujían bajo sus pies.

Al pasar por delante de un kiosco se paró en seco, puesto que le llamó la atención la portada de una revista. Se acercó y contó en silencio hasta diez para calmar su agitada mente. Los protagonistas de la portada eran Minerva y Cristian. Rebuscó con mano temblorosa en el bolsillo de su abrigo y encontró unas monedas. Pagó al vendedor y se llevó la revista. Dio su agradable paseo por terminado y regresó a casa con paso apresurado. Se sentó en su cómodo sofá y se dispuso a hojearla con el ceño fruncido. La reconocida revista *Hola* dedicaba un artículo entero a Cristian Cros y a su futura mujer. Estudió con el ceño fruncido los detalles de la fotografía y después la tiró con gesto ofensivo, y le pareció ver que, desde el suelo la feliz pareja, formada por la médica y el futbolista, le lanzaba una sonrisa cargada de sarcasmo. Un título grande, subrayado, le gritaba furioso desde la portada:

El famoso futbolista Cristian Cros deja la soltería.

Tras leer aquellas palabras envenenadas tuvo que contar hasta cincuenta para serenarse. Cuando los latidos de su corazón se normalizaron recogió la revista, analizó el rostro de Minerva de cerca y lo perfiló despacio con las yemas de los dedos. Sofisticada y serena miraba a Cristian con adoración. En el dedo anular de la mano izquierda lucía un anillo caro. El pelo le abrazaba los hombros como una cascada sobre su delicada espalda. Su mirada color verde tormenta brillaba resplandeciente. El vestido vaporoso dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos, sobre los que descansaba un pesado collar del mismo color que sus

ojos. Él le abrazaba los hombros con gesto protector y, en su rostro, llevaba dibujada una estúpida expresión de triunfo. El artículo decía:

La historia de amor entre el futbolista y la madre de su hijo tiene un final feliz. Cristian Cros, anuncia su compromiso con la madre biológica de su hijo Júnior. El compromiso se celebrará en la intimidad y culminará con una fiesta en la capital londinense. Los novios pasarán el fin de año en España, donde tienen intención de casarse el día veintidós de diciembre. Con este gesto la pareja sellará su amor, que comenzó hace tan solo unos meses en Valencia. El hijo de ambos, Júnior, concebido por inseminación artificial, llevará los anillos al altar. La feliz pareja tiene su residencia en Londres, donde Cristian juega como delantero en el equipo Chelsea. Minerva, por su parte, ejerce como médico residente en el hospital Saint Thomas. Recordamos que hace cuatro meses, a la salida de unos premios futbolísticos, Minerva recibió un disparo. El único sospechoso, Juan Sánchez, ha quedado en libertad después de dos meses en prisión.

Juan sintió la sangre galopar por sus venas. La imagen de Minerva y Cristian se despegó de la portada de la revista y comenzó a bailar delante de sus ojos. La palabra matrimonio le gritaba desde cada rincón de la habitación. La ira se agrandaba con cada palabra que leía. Su visión se nubló, por lo que tuvo que sentarse en el sofá, cerrar los ojos y contar despacio hasta diez. Al no obtener la tranquilidad que buscaba, comenzó a contar hacia atrás y tras llegar al punto de partida se sintió mejor. Su vida estaba desmoronada y la traidora gritaba a los cuatro vientos su felicidad. Después del escándalo causado por la policía, quien lo acusaba de ser el autor del disparo, Juan ingresó en la cárcel. Aquél oscuro y sucio lugar casi ahogó sus aspiraciones. Tuvo suerte y, dos meses después, un hábil abogado hizo ver al juez instructor de la causa que las pruebas eran circunstanciales, y él, un hombre con una buena reputación, no podía quedar encerrado sin unas pruebas sólidas. Y el juez le concedió la libertad condicional. Juan volvió a ver la luz del sol todos los días; sin embargo, debía atacar una serie de condiciones.

Cuando salió de la cárcel Juan pensó que su mala racha había terminado, no obstante, su reputación quedó manchada por estar involucrado en este escándalo, y perdió su trabajo. Su excelente expediente laboral no fue suficiente para acallar la mala publicidad, en la reputada clínica Klass no querían a un psicólogo imputado de tentativa de homicidio. Y sin darse cuenta, Juan perdió las dos pasiones de su vida: su trabajo y ella. ¿Cómo continuar con su vida?

Los días se convirtieron en largas cadenas de horas que pasaban lentamente, sin rumbo ni objetivo alguno. Juan se despertaba temprano, se aseaba, se vestía con esmero y se sentaba en el sofá a la espera de un milagro. Con la caída de la tarde comprendía que el día en curso sería como el anterior y sus ánimos decaían. Se notaba cansado y desilusionado. Aun cuando se había librado de la cárcel, la gente lo señalaba, considerándolo culpable. No le importaba lo que opinaban sobre él, era un solitario introvertido, pero le molestaba que nadie tuviera la entereza suficiente para comprender sus actos.

Él no era un vulgar delincuente que apretó el gatillo en un repentino ataque de celos. ¡No señor! Él hizo un enorme sacrificio por amor. Se vio forzado a realizar ese acto para salvarla a ella de sí misma.

Por desgracia no lo había conseguido. No pudo salvarla ni tampoco logró hacerla recapacitar. Al contrario, después del disparo se hundió hasta el cuello en esa historia irreal, se mudó con Cristian y se volvió completamente inaccesible. Y Juan obtuvo todo lo contrario. Un noviazgo entre ellos era intolerable, pero ¿el matrimonio?

Minerva y Cristian no tenían nada en común. El hijo de él, concebido por inseminación artificial, era la única conexión entre ellos. ¿Sería el niño el culpable de todo? Tal vez debió haberlo sacrificado a él: eliminado el vínculo que los unía, eliminada la conexión. A pesar de los pesares, no podía hacerlo, era un sacrificio demasiado grande... se trataba de un niño muy pequeño.

Agarró un lápiz de color rojo y tachó con rabia la cabeza del futbolista,

dibujando sobre su cara una X. Decidió que el principal culpable era él. Por haber buscado a Minerva y haberle llenado la cabeza de mentiras. Por enamorarla. Por sacarla de su lado. Con él había empezado su desgracia y con él terminaría todo. Juan lo veía claro. Cristian era su mayor enemigo.

Releyó el artículo de la revista y la fecha del veintidós de diciembre le dio un atisbo de esperanza. Tenía un nuevo objetivo. Un nuevo motivo por el que despertar cada mañana. Un nuevo plan que idear. Era una oportunidad de oro que la boda se celebrara en España puesto que no podía viajar al extranjero. En esta ocasión cuidaría hasta el mínimo detalle. Dejaría el trabajo bien hecho.

Este matrimonio no se iba a celebrar.

Más animado, acudió al cuarto de los gatos. Nada más abrir la puerta le dio la bienvenida Nieve, un precioso gato blanco argentino. Juan le acarició la cabeza con delicadeza y este ronroneó satisfecho. Lufer lo miró expectante, desde la distancia. Era, sin lugar a dudas, su gato favorito. Por su avanzada edad había perdido la vista de un ojo y andaba con dificultad. Se acercó con su habitual mal carácter y maulló desganado. Hasta que Juan no apartó a Nieve no se acercó. Era muy parecido a su dueño. No le gustaba la competencia ni quería compartir lo que era suyo.

Juan le dio unas palmaditas en la espalda y le acarició la zona de la frente con sumo cuidado. Lufer se dejó caer en el suelo con gesto cansado. Ya no era el mismo de antes. Sus siete vidas estaban a punto de terminar.

Solo de pensarlo Juan se sintió triste, por lo que abandonó el cuarto de los gatos y regresó al salón. Agarró la revista y recortó con cuidado la foto de la pareja. La dobló con precisión en dos y luego en cuatro partes iguales. Una repentina ira se apoderó de él y terminó por romperla en trozos pequeños hasta que de la bonita estampa solo quedó un montón de papel arrugado. Con una cerilla prendió fuego a la bola de papel y, a través de las llamas y el humo, sonrió satisfecho.

El veintidós de diciembre sería el final de su agonía.

6

Minerva rodó sobre sí misma y el fino encaje de chantillí voló a su alrededor con elegancia. Un espectacular vestido color marfil envolvía su cuerpo como una segunda piel. Un escote generoso dejaba asomarse la parte superior de su voluptuoso pecho. Aquel día celebraban la fiesta de compromiso.

Se asomó al espejo y escrutó su aspecto con el ceño fruncido. Vestida de Valentino y peinada por un estilista de renombre, lucía espectacular. El collar de diamantes que su futuro marido le había regalado emitía destellos con cada movimiento que realizaba. Los pendientes a juego se asomaban a través del sofisticado moño trenzado que llevaba. Los ojos, maquillados con esmero, irradiaban felicidad. Minerva sonrió al espejo con tristeza, pues no se reconocía en la mujer que veía reflejada. Ni el vestido era de su estilo ni el peinado ni los diamantes. No quedaba casi nada de su antiguo yo. Añoraba los momentos de soledad y su vida de anónima. Había ganado a Cristian y se había perdido a sí misma. Era el precio que tenía que pagar por tenerlo y formar una pareja con una estrella mediática de su nivel.

No estaba arrepentida, Cristian era el amor de su vida. Le inundaba una inmensa felicidad cada mañana que despertaba a su lado. Por su parte, Cristian la adoraba y ella se sentía muy afortunada.

Minerva dejó de mirar a la extraña que ocupaba su lugar y cumplía a la perfección con el rol de novia de famoso futbolista, y rebuscó su esencia a través de sus enmascaradas pestañas. Allí encontró dudas y miedos. Y la timidez que la había caracterizado toda su vida se empeñó en acompañarla y seguirla a todas partes, como una sombra.

El compromiso se celebraría delante de unas trescientos personas, la mayoría desconocidas para ella. En los meses que llevaban juntos, Minerva había

aprendido a posar y aparentar seguridad; no obstante, las masas le imponían más de lo que le gustaba reconocer. Notó una subida de tensión y supo que había llegado el momento de enfrentar la multitud. Cuanto antes, mejor.

«¡Vamos, Minerva, tú puedes!», se intentó animar. «Es uno de los días más felices de tu vida, no permitas que los nervios se apoderen de ti. Solo debes ponerte la máscara *antiemociones* y listo».

Expulsó el aire con avidez, mientras su cara adquiría una expresión de autosuficiencia. Preparó su perfil bueno y abrió la puerta con mano firme. En el pasillo la esperaba Cristian vestido de etiqueta. Al verla le dio un profundo abrazo que hizo que su sombrío traje azul marino se fundiera con su carísimo vestido.

Él conocía sus miedos y sabía lo mucho que le costaba ser el centro de atención. Le prendió la cara entre sus manos y le preguntó preocupado:

—¿Estás bien?

Ella atrapó su mano, entrelazó sus dedos con los de él y un atisbo de sonrisa se asomó en la comisura de sus labios generosos:

—Un poco nerviosa, lo siento. Sabes que las reuniones multitudinarias son mi debilidad. —Se mordió el labio y alzó su mirada angustiada hacia él—. Dime que en la fiesta, no seremos el centro de atención.

—No seremos el centro de atención —le aseguró él en tono socaron al tiempo que llevaba la mano a sus labios y la besaba—. Solo seremos los novios. ¿Quién crees que se fijará en nosotros?

—¡Serás idiota! —rió ella, más animada. Se separó de él y giró sobre sí misma, hecho que hizo que la seda del vestido crujiera con elegancia —: ¿Cómo me ves?

—¡Guapísima! —Se acercó a su cara y depositó un beso cálido en sus labios.

Minerva le devolvió el beso, aun cuando sabía que el pintalabios se echaría a

perder y la jefa de prensa de Cristian, que inspeccionaría su aspecto, no le permitiría salir si no estaba perfecta. Sonrió resignada y se apartó con pesar de él.

—Susana estará esperándonos. Y volverá a machacarme con la excusa de que mi aspecto es un tanto... descuidado, y que saldré fatal en las fotos. Por no hablar de los millones de amigos de las redes que me criticarán de nuevo sin piedad, y dirán cosas amables como «las hay más bonitas».

—¡No las hay! —le aseguró él al tiempo que aplastaba con más fervor su boca perfectamente pintada.

—¡Eres un mentiroso! —susurró ella en sus labios, mientras su mirada se volvía melancólica y algo triste—. Gracias de todas formas.

Cristian decidió que había que mejorar sus decaídos ánimos.

—El beso es obligado, princesa, ya sabes, para asegurar la buena suerte. Y los millones de amigos de las redes te adoran, y lo sabes. Cada vez que subo una foto de los dos, se disparan los *likes*.

Minerva relajó los hombros, lo asió por la corbata y lo atrajo hacía ella.

—En este caso, Siete, necesito una ración doble de buena suerte. —Selló su boca con un beso corto, pero cargado de sentimiento—. Gracias por recordármelo. Estoy lista. ¿Qué son trescientas personas?

Cristian le guiñó el ojo y le tomó la mano con seguridad, infundiéndole ánimos.

—Vamos a celebrar nuestro compromiso, princesa. El recinto es inmenso y está repleto de gente, pero no te angusties, haremos las cosas a nuestro ritmo. Primero nos sentaremos en nuestra mesa, ya después pasaremos a saludar.

Ella asintió y cogidos de la mano hicieron una estelar aparición en la sala.

Nada más entrar escucharon una avalancha de aplausos. Los invitados se pusieron de pie para dar la bienvenida al señor y a la futura señora Cros. Cristian

la sujetó por la cintura y la llevó a la mesa principal. A Minerva se le iluminó la cara al ver sentada en la mesa a su mejor amiga, Laura. Al llegar junto a ella se dieron un abrazo y se tranquilizó al escucharla decir:

—Estás espectacular, todo muy acertado. La Susana de la leche es una sargenta de primera, no me dejó acercarme a tu camerino.

—Lo siento, entre George y su equipo de seguridad y Susana con sus normas de protocolo me tienen asfixiada. Gracias por estar aquí esta noche. — Volvió a abrazar a su amiga con cariño.

Después, besó en la mejilla a su madre, Ana, que compartía la mesa con su hijo y el marido de este, Héctor. Minerva abrazó a su hermano, después saludó a su futura suegra, María, con quien tenía una relación cordial, pero bastante fría. La madre de Cristian consideraba a Minerva culpable del traslado de su familia a Londres y todavía no la había aceptado como madre de Júnior. Al lado de su suegra se encontraba Inés, su futura cuñada. Le dio un beso en la mejilla y saludó a Álvaro, su marido. Obsequió con una calurosa sonrisa a Marcos, el representante de Cristian, quién llevaba como acompañante a una mujer exótica llamada Tina. Cerraban el círculo de la mesa dos hombres desconocidos. Uno era jovencito, rubio y muy llamativo, y el otro más maduro, moreno y atractivo. Mientras se acercaba para saludarlos, interrogó con la mirada a Cristian para encontrar alguna pista sobre ellos. El subió ligeramente los hombros en señal de que no los conocía. El desconcierto de Minerva era total cuando se acercó al jovencito, quien le besó la mano con galantería, mientras Laura decía:

—Te presento a Daniel, mi pareja esta noche —y, girándose hacía el moreno, de mala gana—: y a su hermano, Rhett.

Tras saludar, se sentó y se refrescó con una copa de vino blanco que le supo a gloria bendita. Cristian la imitó y Minerva lo vio aflojarse con disimulo la pajarita de seda que llevaba puesta. Pensó con cariño que él también lidiaba con sus propios demonios. Por lo visto nadie se libraba de los nervios en los actos

importantes.

Empezaron una conversación general en torno a los vuelos y al camino recorrido para llegar al lugar donde se celebraba la fiesta, situado a las afueras de Londres. En pocos minutos la gente comenzó a charlar, animada, y las copas se quedaron vacías sobre las mesas. Unos atentos camareros reponían las bebidas y llenaban las mesas de ricos aperitivos.

Cuando Minerva encontró un momento de tranquilidad se acercó a Laura y le preguntó en voz baja:

—Vienes acompañada por dos hermanos y me dijiste que venias sola. ¿Cuál es la historia?

Laura se acercó a ella y le contestó en apenas un susurro:

—Son los hermanos Mendoza.

—¿Y por qué vienes con los dos? —preguntó extrañada Minerva—. Pensaba que te gustaba el jovencito.

—Y así es —asintió Laura, y una sombra de preocupación cruzó su delicado rostro—. Es una larga historia, no te la puedo contar ahora. No es un buen momento.

Minerva dejó de atosigarla, aun cuando la situación le pareció muy extraña. Regresó al lado de Cristian y cumplió a la perfección con su nuevo yo. Saludó paciente e intercambió besos con los compañeros de club de Cristian, con su entrenador, con los compañeros del lote de fútbol español, con las novias y mujeres de estos y con los demás invitados.

El momento más emotivo de la noche fue el intercambio de regalos; ella recibió una pulsera de inspiración griega, de oro blanco, grabada con sus nombres. Cristian se la colocó en su muñeca izquierda y acompañó el regalo de un beso cargado de intensidad que provocó gritos, vítores y algún suspiro que otro por parte de los invitados.

Fue el turno de Minerva para mostrar su regalo, un precioso reloj Tissot Men's, que le costó el sueldo de un mes. Los relojes y los coches eran la debilidad de Cristian. Comprarle un coche no le parecía apropiado, además, no podría pagar en la vida uno de los que a él le gustaban. Pero tras ver la expresión contenta de su rostro suspiró agradecida, contenta por haber acertado. Cristian se remangó el puño almidonado de su impoluta camisa, y Minerva le colocó el reloj en su muñeca.

Con la entrega de los regalos, abandonaran la estancia para continuar la fiesta en otra sala habilitada como discoteca. Más informales, los hombres aflojaron los nudos de sus apretadas corbatas y las mujeres se soltaron los cabellos de sus estrictos moños, peinados de manera impecable.

Minerva se apoyó en el hombro de Cristian, quién le ofreció su copa. Desde la seguridad de su cercanía admiraba a los invitados. Su prometido dejó la cabeza descansar sobre su hombro, acercó sus labios a su oreja y le pidió en un susurro:

—Baila conmigo.

7

La fiesta de pedida fue todo un éxito y, a pesar de los nervios de inicio, Minerva consiguió relajarse y disfrutar de su noche. Dejó de preocuparse de las normas e ignoró a Susana cada vez que se le acercaba para darle alguna pauta de protocolo. «¡A la porra con lo correcto!, era su fiesta, y nadie le diría lo que tendría que decir o pensar». Una vez que tomó aquella pequeña decisión de independencia las cosas fueron fáciles. Conoció a las mujeres de los demás futbolistas y tuvo que reconocer que eran más divertidas y cercanas de lo que ella se había imaginado. Una vez notaron que Minerva dejaba de estar en guardia, se la llevaron a su terreno y bailaron toda la noche en medio de risas y buena sintonía.

Cristian, por su parte, disfrutó como un niño pequeño. Arropado por sus amigos de toda la vida y los compañeros de su nuevo club de fútbol, repartió abrazos, sonrisas y buena disposición.

—¡Señoras, señores, presten atención! —pidió Karl, ex compañero de equipo de Cristian en el Valencia, al tiempo que sonaron los tambores en un improvisado momento de suspense.

Minerva dejó de prestarle atención a una morena que le contaba con lujo de detalles su último viaje a Tailandia, y fijó la vista en Cristian. Lo vio sonreír de manera expectante mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, en señal del ansia por saber qué sorpresa le preparaban sus amigos.

Cuando en la sala se instauró el silencio, Karl, prosiguió:

—Tenemos una sorpresa para Cristian. ¿Qué pensáis que es? —preguntó con voz divertida al público expectante.

Un murmullo de voces cobró protagonismo y cientos de pares de ojos se

posaron sobre Cristian.

—Ven, querido amigo, acércate —le pidió Karl al tiempo que le hacía señales con la mano—. Recogerás nuestro regalo, pero antes déjame que te de una pista. A todos los casados nos gastaste unas bromitas bastantes pesadas, así que ha llegado el momento de devolverte el favor.

Unas risas estridentes llenaron la sala al tiempo que el novio caminaba con paso alegre hacia el improvisado escenario, donde se reunieron unos veinte amigos, deseosos de participar en la entrega del regalo. Cuando Cristian llegó se abalanzaron hacia él y, acto seguido, lo levantaron por los aires una media de siete veces. Después, dejaron en el suelo a un mareado Cristian que se alisaba la camisa que se le había soltado del impecable pantalón. Sus amigos le abrazaron infundiéndole ánimos al tiempo que le pegaban palmaditas sobre la espalda. Karl volvió a tomar el micrófono y demandó la atención del protagonista:

—¿Listo para recibir tu regalo?

Cristian se asomó al micrófono, soltó un improvisado suspiro y dijo sonriendo:

—Listo.

Fue el turno de que los compañeros de la selección española se acercasen al micrófono, mientras portaban entre todos un paquete delgado de grandes dimensiones. Andrés tomó la palabra:

—¿Qué desearle a Cristian que no tenga ya? Que sea muy feliz y que disfrute de todos los regalos que le ofrece la vida que, francamente hablando, no son pocos. —Siguió un breve abrazo entre el central y el delantero de la Roja, después, Andrés prosiguió su discurso—: Acepta este regalo de parte de todos los compañeros de la selección española.

Cristian repartió bromas y sonrisas entre sus coequiperos y comenzó a luchar con los bordes de papel del inmenso paquete. Rasgó la parte central y

después dejó entrever que aquello era un cuadro.

—Cómo te acabas de mudar pensamos que, en tu dormitorio quedaría de puta madre —aclaró Bora, el portero de la Roja.

Momentos después, la sala rompió en aplausos y una risa colectiva inundó el recinto al ver que Cristian sacaba del envoltorio un cuadro inmenso con el rostro enfurruñado del dictador de Corea del Norte, Kim Jong-un.

Cristian se apoyó en el marco del cuadro, lo estudió con gesto irónico y levantó el pulgar en alto con una enorme sonrisa que daba fe de que se había tomado la broma con deportividad.

—¡Muchas gracias, amigos! —exclamó lleno de entusiasmo—. ¿Qué puedo decir? ¡Sois geniales!

Mientras tanto, la Roja dejó el escenario y en su lugar, aparecieron los integrantes del club de fútbol londinense Chelsea.

—Será muy difícil superar este regalo —apreció el portavoz de sus nuevos compañeros. Sacó del bolsillo de su americana dos papeletas numerativas con las cifras uno y dos—. Tenemos... no una, sino dos opciones preparadas para ti, depende de tu suerte: elige.

Cristian tomó la papeleta número uno sin vacilar. Era de sobra conocido que le gustaba ser el primero en todos los aspectos de su vida, jamás hubiera elegido de forma consiente el número dos.

Vio como los futbolistas intercambiaban entre ellos miradas vacilonas y, supo sin el menor género de duda, que había elegido el regalo que ellos querrían, o sea, otra broma. Esperó paciente y observó como entre todos traían dos grandes cajas numeradas. Quitaron la tapa de la número dos y sacaron una planta confeccionada al completo por billetes de doscientos y quinientos euros.

James, el central del Chelsea, un chico moreno, bajito y de mirada avispada, se acercó al micrófono y dijo:

—Has descartado un hermoso árbol confeccionado por nosotros que lleva en billetes la cantidad nada despreciable de cien mil euros, amigo.

Un lamento general cayó sobre la sala, mientras James volvió a colocar la tapa y la retiró del escenario.

—Pero no está todo perdido, que no cunda el pánico —dijo, aguantado a duras penas sus ganas de reír. Levantó la tapa de la caja número uno y dejó a la vista del novio y al resto de los asistentes un gran tarro de cristal lleno de monedas de cinco céntimos—. Amigo, ganaste una pequeña ayuda de quinientos euros en monedas. Ya sabes, dinerito para tu bolsillo.

Una carcajada general llenó de buena disposición a los invitados, mientras Cristian agradecía el gesto y se esforzaba por levantar el tarro de monedas.

Mientras tanto los futbolistas abandonaron el escenario y un nuevo revuelo se instauraba sobre el mismo. Las mujeres de los futbolistas se congregaron en torno a un objeto grande que hasta ese momento había permanecido cubierto por un mantel. Minerva se puso tensa ya que intuyó que el próximo momento iba a ser dedicado a ella.

Celeste, una de las WAG —término para definir a las mujeres de futbolistas— más veteranas de la Roja, que además conocía a Minerva de una forma más personal, se acercó al micrófono y saludó a todos los asistentes con una voz suave y melodiosa:

—Las bromas de los chicos son... eso, bromas de chicos —su tono de voz alegre hizo que la sala se volviera bulliciosa: por un lado se escuchaban las protestas de los chicos y por otro las risillas de sus parejas.

—Minerva, querida, acércate al escenario. Como no podía ser de otra manera, nosotras también tenemos una sorpresa preparada para ti.

La novia enderezó su aspecto y comenzó a caminar con paso indeciso hacia el escenario. Los asistentes percibieron su reticencia y la animaron con una ola

de sonoros aplausos. Ella agradeció el gesto con una cálida sonrisa, al llegar junto a Celeste se dieron un abrazo formal. Segundos después una chica morrena quitó la manta y lo que había debajo de la misma captó todas las miradas. Se trataba de... ¡una pila bautismal! Minerva, junto al resto de la sala, esperó ansiosa una explicación para ese inusual objeto.

—Queridos amigos —retomó Celeste el discurso, como bien sabéis, Minerva no está bautizada todavía. Para que una WAG, forme parte de nuestro grupo exclusivo, tiene que recibir la bendición de las demás. Hemos decidido entre todas aprovechar este precioso momento para darle una calurosa bienvenida e invitar a Minerva Martín a tomar el bautizo.

La sala rompió de nuevo en aplausos al tiempo que una preciosa pelirroja, la mujer de Henry, el portero del equipo inglés, se acercó a ellas.

—Debido al hecho de que Minerva será WAG por partida doble y formará parte del grupo español y, al mismo tiempo, del inglés, hemos decidido hacerle un bautizo conjunto; yo seré la representante de Chelsea y Celeste representará a la Roja. ¿Preparada?

Minerva se acercó al escenario y sonrió resignada:

—Preparada.

Las dos mujeres la rodearon y la acompañaron hasta la pila. La hicieron sentarse en una silla y con la ayuda de un cazo le dejaron caer unas poquitas gotas de agua sobre la cabeza.

—Con este gesto declaramos a Minerva Martín miembro de pleno derecho y amiga del grupo WAG España.

La representante de las WAG de Inglaterra pronunció el mismo mensaje en inglés.

Minerva, tras superar los nervios iniciales, se lo pasó bien con esa ceremonia y tuvo que esperar paciente a que todas y cada una de las integrantes de los dos

grupos se acercara a ella, la rociaran con agua y le diesen un caluroso abrazo de bienvenida.

Cuando la improvisada ceremonia finalizó, se levantó de la silla algo mareada y con el moño empapado. Agradeció el gesto como mejor pudo y abandonó el escenario con el regalo conjunto de sus nuevas amigas cogido bajo el brazo. La habían obsequiado con una estancia de tres días en un selecto spa, donde se beneficiaría de las técnicas más avanzadas de relajación y belleza.

Se preguntó qué otra etiqueta adquiriría ese día. Se había convertido en la futura señora Cros, beneficiara de una lujosa estancia en un lugar que jamás había pisado antes, y además ahora pertenecía a ¡dos clubes de WAGs!

La fiesta de pedida continuó con bailes, risas y buena disposición. A altas horas de la madrugada Minerva y Cristian abandonaron el recinto y se alojaron en un lujoso hotel para disfrutar de su primera noche como pareja oficialmente comprometida.

8

Cristian aceptó el humeante café que le ofreció la azafata. Le dio las gracias y esbozó una sonrisa de cortesía. ¡Error fatal!

La azafata se sintió animada y pasó los siguientes minutos aleteando las pestañas y contoneándose a su alrededor. Era una mujer atractiva, de ventipocos años. Cristian suspiró resignado y cerró los ojos para ahuyentarla. La época de los ligues esporádicos había finalizado para él. Faltaban menos de tres semanas para casarse con la mujer de su vida.

El avión viajaba rumbo a Madrid, donde Cristian tenía un asunto importante que resolver. Le atravesó un pequeño arrepentimiento por no habérselo contado ni siquiera a Minerva. Era la primera vez que le mentía y, aunque era por una buena causa, se sentía mal.

Dos horas más tarde el avión aterrizó puntual en la pista. Cristian se conectó los auriculares y se enfundó la gorra sobre la cabeza para cubrir su rostro: era de vital importancia no ser reconocido.

Al pasar por delante de ella la azafata veinteañera le pidió permiso para darle dos besos. Cristian aceptó, pues no quería que por despecho la chica avisase a la prensa. Notó que al separarse le dejó caer algo en el bolsillo. El futbolista simuló no enterarse y desapareció entre la multitud del aeropuerto. Consiguió despistar a la gente y encontró un taxi. Indicó la dirección y, mientras el chófer recorría las calles de Madrid, buscó en el bolsillo para ver el recuerdo de la azafata. Encontró un trozo de papel arrugado con un nombre y un número de teléfono. La azafata se llamaba Pilar.

Bajó la ventanilla y tiró el papel al aire mientras pensaba que la veinteañera atrevida era muy poco original. ¿Cuántas veces le había ocurrido lo mismo a lo largo de los años? Demasiadas para llevar la cuenta. No quería mentirse a sí

mismo, aun cuando estaba enamorado de Minerva, Cristian Cros necesitaba sentirse alagado y deseado por otras mujeres. ¿Era malo pensar así? Decidió que no tenía nada de malo desear atención y conmutó su atención a la cita que tenía a continuación.

Cuando el taxi lo dejó delante del Palacio de Justicia de Madrid empezó a sentir dudas. ¿Y si con este gesto empeoraba la situación?

Mientras subía los peldaños de las escaleras notó crecer la ansiedad dentro de él. Al llegar a la segunda planta se plantó delante del mostrador de la Audiencia de Primera Instancia de Madrid. Dijo su nombre y esperó la reacción de la funcionaria. Sabía por experiencia que su mirada aburrida cobraría vida en cuestión de segundos y se levantaría de su silla, deseosa de atenderlo lo mejor posible. Pero para la sorpresa de Cristian nada de eso pasó. La mujer no lo aduló con la mirada ni se sorprendió al escuchar su nombre, simplemente garabateó sus datos en un registro de entrada. Cristian pensó que ese comportamiento tan poco habitual se debía al hecho que la funcionaria no entendía de fútbol.

Diez minutos más tarde accedió a una sala pequeña, presidida por un despacho cuadrado confeccionado por paneles de madera barata. Alrededor de un armario se encontraban varios montones de expedientes apilados en el suelo, pendientes de resolución.

Cristian pensó con amargura que para los jueces los expedientes eran solo números y estadísticas. Las víctimas inocentes esperaban resoluciones mientras los delincuentes quedaban amparados bajo los retrasos judiciales.

Por lo visto la justicia era jodidamente injusta mientras se enjuiciaba. Los procedimientos eran muy lentos y carecían de sentido. Y, mientras tanto, los delincuentes continuaban sus vidas en libertad, como si nada.

La flamante bandera española, colocada junto al despacho, emanaba un atisbo de esperanza en esa desoladora estampa.

La puerta se abrió y el juez instructor entró, malhumorado. Era bastante

mayor y caminaba con dificultad. Cristian se levantó y le ofreció una de sus mejores sonrisas al darle la mano. El juez no pareció impresionado por conocerlo, lo trató con normalidad, hecho que molestó a Cristian. «¿Este hombre no se da cuenta que en su ridículo despacho se encuentra una estrella de renombre mundial?». Al parecer no. Y quizás era mejor así. Suspiró resignado y tomó la palabra:

—Señoría, solicito que se revise el caso de mi futura esposa, Minerva Martín. Juan Sánchez no puede quedar en libertad. Sé que es preferible solicitarlo a través de un abogado; sin embargo, quiero asegurarme de que usted entienda que su vida se ha convertido en un infierno desde el disparo. Minerva vive con miedo y sale a la calle acompañada de un guardaespaldas. No duerme ni come bien. Los ruidos le dan pánico y se estremece si alguien le toca el hombro inesperadamente. Es injusto que, mientras ella pasa por todo este infierno, su agresor disfrute de libertad.

Cristian tomó una pausa para apaciguar la creciente ira que le provocaba la mirada aburrida del juez, junto a su actitud impasible.

—Muy bien. —El juez parecía haber escuchado un pacífico cuento con hadas y duendecillos. Por un breve instante Cristian dudó de si lo había escuchado. Finalmente, el juez puso la atención en él y lo interrogó con la mirada—: ¿Tiene algo más que añadir?

Cristian sintió que la sangre comenzaba a hervirle en las venas. Consiguió mantener el tipo, y añadió:

—En menos de tres semanas Minerva y yo celebraremos nuestra boda y no queremos estar expuestos ante un nuevo peligro. Me niego a que en el día más feliz de mi vida tenga que mirar detrás de mi hombro. Quiero rodearme de mis mejores amigos en la más estricta intimidad y, francamente, no me apetece estar rodeado por doscientos agentes de seguridad solo porque usted ha dejado a un criminal en libertad.

—Todos estos detalles ya constan en el acta, su abogado los aportó hace poco —lo cortó el juez de manera descortés—. ¿Tiene algún dato nuevo que alegar?

—Sí, por desgracia, lo tengo. Hace un par de semanas Minerva recibió un mensaje amenazante. Lo tengo grabado, por si lo quiere ver. Dice textualmente: «volveré, no lo olvidés!» — Tras ver el semblante expectante del juez Cristian entendió la pregunta que le rondaba la cabeza, y añadió—: Es obvio que no utilizó su teléfono sino un número oculto.

—Entonces ¿cómo puede estar tan seguro de que fue él quien lo mandó? — se interesó el juez, mientras se levantaba de su silla, en señal de que la entrevista había finalizado.

—Porque es su marca. La última vez que vio a Minerva le dijo estas mismas palabras. Es un manipulador que sabe infundir miedo con sus juegos psicológicos. Mi novia es la mujer más pacífica y buena del mundo. No tiene enemigos. ¡No es justo que viva asustada! —se quejó el futbolista en un tono afectado.

—Señor Cros, usted es un soltero deseado por cientos de mujeres — constató el juez con tranquilidad mientras se quitaba las gafas con gesto cansado —. Tal vez su novia se haya ganado algunas enemigas despechadas.

—Le aseguro, señoría, que mis admiradoras son pacíficas, no creo que ninguna de ellas quisiera matar por mí, la verdad. Sabe de sobra que la bala fue disparada por Juan Sánchez. Las fotos lo sitúan allí aquella noche. Me da igual lo que diga el código penal sobre la validez de las pruebas. Antes de marcharme quiero que me responda a una pregunta. ¿Podrá dormir tranquilo por la noche si este hombre vuelve a atentar contra ella, sabiendo que no hizo nada para impedirlo?

El juez lo miró unos segundos con el ceño fruncido y, mientras salía de la estancia, le dijo:

—Revisaré el expediente. Lo que ha manifestado hoy ha quedado registrado y estará añadido en el acta. Que tenga un buen día.

Cristian se quedó unos momentos en silencio, contemplando ensimismado el retrato del rey, que lo miraba con preocupación desde la pared central. En opinión del futbolista la audiencia con el juez no había ido nada bien.

Minerva estaba todavía en peligro y él no podía protegerla.

Mientras estaba envuelto en estos pensamientos pesimistas escuchó abrirse la puerta. A través de la misma se asomó la funcionaria que atendía el mostrador. Llevaba una bolsa de papel en la mano y le preguntó con timidez:

—Tanto yo como el juez somos fieles admiradores suyos. ¿Sería tan amable de firmarnos esto?

Y la mujer sacó dos camisetas rojas marcadas con su nombre y el número siete en el dorso. Muy sorprendido por la petición, Cristian firmó las camisetas.

9

La mañana se presentaba fría y húmeda, por lo que Juan estaba de mal humor, además, su gato favorito, Lufer, había desaparecido. Por un descuido había dejado una ventana abierta y cuando se dio cuenta el gato no se encontraba por ninguna parte. Lufer apenas caminaba y estaba medio ciego, ¿a dónde podía haber ido?

El psicólogo salió al jardín y lo llamó varias veces. Agudizó el oído por si el gato maullaba en algún lado, pero solo escuchó un silencio ensordecedor. Media hora después observó desolado que no le quedaba ningún rincón de su propiedad por verificar. Lufer se había perdido.

Angustiado, Juan salió a la calle y caminó deprisa, sin dejar de llamarlo. Tocó los timbres de los vecinos para preguntar si lo habían visto, pero no encontró ni rastro del felino. Desolado, regresó sobre sus pasos y decidió que, aparte de esperar, podría pegar carteles sobre las farolas y ofrecer una recompensa. Era un remedio que siempre daba resultado.

Más animado, caminó con rapidez y, tras llegar a la puerta de su casa, se encontró con una patrulla de la Policía Nacional.

«¿Habrán encontrado al gato?», se preguntó esperanzado.

Un policía uniformado salió del coche y lo llamo por su nombre:

—¿Es usted el señor Juan Sánchez?

—Sí, así es —contestó él, con cautela—. Buenos días agentes, ¿han encontrado a mi gato?

El policía miró desconcertado a su compañero, que en ese momento salía del coche, y le contestó:

—No sabemos nada de su gato. Estamos aquí porque pesa sobre usted una

orden de ingreso en prisión emitida por el juez esta mañana. Tendrá que acompañarnos.

—¿Una orden sobre mí? —preguntó Juan, sorprendido—. No... no es posible.

—Señor —intervino el segundo policía—. No nos lo ponga difícil, por favor. Si colabora con nosotros seremos discretos, de lo contrario todos sus vecinos se enteraran de su situación. Usted decide.

—¡Pero no puedo volver a la cárcel! Estuve un tiempo y el juez me dejó en libertad hasta el día del juicio, no hay pruebas en mi contra.

—Señor, nosotros solo hacemos nuestro trabajo —le indicó el policía, tensionado—. Desde la cárcel podrá llamar a su abogado y él le aclarará la situación. Nosotros tenemos una orden y hemos de cumplirla. Suba al coche, por favor.

Juan retrocedió unos pasos y, con la cara desencajada, dijo en voz baja:

—No puedo irme, mi gato ha desaparecido. Y los otros dos se encuentran solos en casa.

Los policías se miraron desconcertados. Por lo visto el asunto felino no estaba previsto en su intervención. Uno de ellos llamó a la central para pedir instrucciones. Cuando colgó su *walkie-talkie* aclaró:

—Usted viene con nosotros, sin más demora. Los compañeros de la comisaria avisarán a una protectora y acudirán enseguida para llevarse a los gatos. Después le informarán del lugar donde se encuentran, por si quiere mandar a algún familiar a recogerlos.

—¡Mis gatos son especiales, no pueden ir a una protectora! —gritó Juan, aterrorizado—. Y, además, ¡Lufer no está!

Los policías entendieron que la vía diplomática estaba agotada, por lo que lo acorralaron. Juan comprendió que no tenía escapatoria y levantó los brazos:

—Subiré al coche —anunció, molesto.

Sentado en el asiento de atrás intentó controlar la ira que crecía dentro de él con paso agigantado. Cerró los ojos y contó hasta diez, método que le funcionaba siempre menos en ese instante.

¿En qué momento había perdido el rumbo de su vida?

El coche paró en la redonda de la salida de la urbanización a la espera de que el vigilante de seguridad levantase la barrera. A Juan le recorrió un extraño sentimiento. Agudizó la vista y divisó a su gato, Lufer, escondido detrás de un seto. Parecía muy cansado y asustado. Juan se exaltó y empezó a golpear la ventanilla, llamándolo:

—¡Lufer, estoy aquí!, ¡ven, Lufer, no huyas!

Los policías se giraron hacia él y le ordenaron que se callara.

—Agentes, por favor, recojan a mi gato. Está mayor y ciego, se va perder. No puede acabar así. —Y suplicó—: ¡Por favor!

Los agentes se miraron, alterados, molestos por los imprevistos aparecidos. Pararon el coche e intentaron llamar al gato para dejarlo en la custodia del vigilante. Pero el felino, salió maullando y se escondió entre los arbustos.

—Lo sentimos, no hemos podido cogerlo —lo informó uno de ellos—. Llamaremos a la protectora. Ellos se harán cargo.

Juan volvió a divisarlo entre los arbustos. Lufer estaba solo y perdido, como su dueño en ese momento. Entendió que su gato había tenido un presentimiento. Había salido de su hogar comfortable para correr el mismo destino que él.

Mientras el coche policial se alejaba Juan dejó de ver a Lufer. Sin poder mantener las formas, se desmoronó y comenzó a llorar.

No lloraba desde los doce años.

10

Júnior estaba furioso. Había hecho auténticos malabares para poder estar en el mismo equipo de María, y la llegada de otro compañero le estropeó todos sus planes. Alan era el gracioso de la clase, el típico chico que siempre tenía ideas estupendas y repartía risas y buen humor a su alrededor. Era el chico que todos deseaban tener en su círculo. Todos, incluida María.

—¡Hola, chicos! ¿Hay sitio para mí en vuestro equipo? —preguntó con su eterna sonrisa dibujada en la cara. Se cambió el peso de una pierna a otra y alisó sus rizos color chocolate con la mano—. No podréis ganar sin mí, y lo sabéis.

—El equipo está completo —se excusó María—. Espérate un rato y después haremos rotaciones.

—Que se salga el nuevo —propuso Alan, al tiempo que entraba en el terreno de baloncesto con una sonrisa triunfante dibujada en su rostro.

Un silencio de plomo cayó sobre el terreno y cinco pares de ojos se posaron sobre Júnior, esperando su reacción.

Júnior sintió las mejillas incendiarse y una oleada de rabia y desazón se apoderó de él.

«Si salgo seré un perdedor a los ojos de ella y de los demás. Si me quedo habrá bronca». Decidió ser valiente. No le quedaba otra. Mejor afrontar una bronca que dejarse pegar la etiqueta de cobarde.

—¡No te cederé mi lugar! —anunció, aparentando una seguridad que realmente no sentía—. Llegué antes que tú y me toca jugar. Espérate a las rotaciones.

—Tienes que salir —lo enfrentó Alan, mirándolo directamente a los ojos—. Eres nuevo y además no sabes jugar al baloncesto.

—Sí, que se jugar —se defendió Júnior.

—No, no lo sabes. —Alan comenzó a dar pequeños pasos en dirección hacia él. Los otros jugadores se apartaron y la tensión envolvió a los pequeños. Júnior apretó con fuerza los puños—. Mi padre dice que el tuyo es futbolista y los futbolistas no saben hacer otra cosa aparte de chutar —sonrió con malicia—. Y en baloncesto solo se utilizan las manos.

Júnior escuchó unas risas sagaces detrás de él. La sangre subió a sus mejillas y le encendió la cara al tiempo que unas chispas ardientes comenzaron a brillar en sus ojos.

No le gustaba meterse en líos y, menos en el poco tiempo que llevaba en ese colegio, pero no podía permitir que se burlasen de él. Comenzó a correr y en menos de cinco segundos, se abalanzó sobre el cuerpo flaco de su contrincante. Alan fue tomado por sorpresa y no opuso resistencia, quitando del hecho de que Júnior le sacaba casi una cabeza y tenía los brazos más firmes. Enredó los dedos en los rizos de su adversario y estiró con fuerza. Alán chilló de dolor y se dobló sobre sí mismo. Júnior le dio un empujón con el hombro, hecho que hizo que se desequilibrase y cayese de rodillas.

En ese momento Júnior dio la pelea por terminada. Se dio la vuelta con intención de disfrutar de su pequeña victoria. Pensó que el asunto había quedado aclarado. Vencido y vencedor.

Mientras buscaba con la mirada a María notó que su espalda se encorcovaba bajo el peso del cuerpo de Alan. La sorpresa lo paralizó y su contrincante aprovechó la ventaja. Le propinó varios puñetazos en la mejilla y uno de ellos le alcanzó el labio. Júnior luchó por librarse del cuerpo de su compañero y, tras sacudirlo con fuerza, lo apartó de un tirón. Alan cayó de bruces al suelo y una chica comenzó a gritar:

—¡Sangre! ¡El nuevo tiene sangre en la boca!

Aquellos gritos dieron el partido de baloncesto por finalizado antes de comenzar. Un monitor apareció y restableció el orden. Se llevó a Júnior y lo tumbó con cuidado sobre el césped.

Alan, a su vez, se había golpeado en la espalda y yacía sobre el mismo césped, tumbado al lado de Júnior.

—He llamado a vuestros padres, están de camino —los informó el monitor al tiempo que revisaba sus magulladuras.

—¡Genial! —Júnior apretó los parpados con fuerza y pidió al universo que viniera Minerva. No estaba de humor para aguantar los sermones de su padre. Se giró hacia Alan y le increpó furioso:

—¡Cretino! Por tu culpa, ahora nos castigarán.

—¡Idiota! —le insultó su compañero—. Te castigarán a ti, yo no he hecho nada malo. Tú me atacaste primero.

—¡No es cierto! ¡Te atacé porque te metiste conmigo! Los otros compañeros lo han visto.

—¿Y crees que dirán algo? —Alan rio por lo bajo—. Eres el nuevo, nadie estará de tu parte.

Júnior giró la cabeza y esperó resignado la llegada de uno de sus padres. De repente se topó en su campo visual con dos ojos angustiados que lo miraban sin pestañear. María se agachó a su lado y sacó del bolsillo de su peto una servilleta arrugada. Le acarició la mejilla magullada y le tamponó el labio ensangrentado con la misma. La expresión de su cara era afligida.

—Tienes un poco de sangre, pero no te preocupes, no es mucha —le aseguró ella, en tono grave—. No creo que te vayas a desangrar.

Júnior se limpió con el dorso de la mano y se incorporó. La mancha enrojecida impresa sobre la mano con la que se había limpiado lo asustó, pero dominó su miedo y aparentó indiferencia.

—No pasa nada, no me duele —mintió y le dedicó una sonrisa despreocupada.

—Eres muy valiente, entonces, a mí me dolería o eso creo —dijo ella, al tiempo que le rozaba con los dedos la mejilla, en actitud compasiva.

Júnior la miró embobado y fue incapaz de articular palabra. Un repentino aleteo en la boca del estomago lo asustó y tomó nota mental de comentárselo más tarde a Minerva. Puede que Alan le hubiese pegado más fuerte de lo que había pensado en un principio.

María sonrió y todos los males del universo desaparecieron, llevándose con ellos el dolor, la preocupación y el enfado de Júnior. Segundos después, cuando María se agachó al lado Alan y le dio el mismo tratamiento consolador, todos los males del universo volvieron a aparecer.

Un tiempo después, Júnior escuchó la voz de su padre. ¡Genial! El día no podía ir a peor. Ahora tendría que escuchar un sermón cargado de las típicas palabras «estoy decepcionado», «no se pega», «esto no puede volver a ocurrir».

Se apoyó sobre los codos y acercó la palma de la mano derecha a la frente para defenderse de los brillantes rayos de sol. En su campo visual se perfiló la figura de su padre, que iba en compañía de una mujer que, supuso, sería la madre de su compañero. Alan se puso en pie de un salto y saltó disparatado a los brazos de la mujer. Comenzó a sollozar y, como recompensa, recibió unas suaves caricias en sus rizos desordenados, seguidas de palabras consoladoras.

—¿Qué fue lo que pasó, cariño? —le preguntó su madre con una mirada cargada de ternura.

Y Júnior tuvo que escuchar cómo era su imagen a los ojos de su contrincante: salvaje, chico malo y pequeño demonio fueron algunos de los calificativos que Alan le adjudicó.

Las lágrimas se agruparon en sus ojos e hizo auténticos malabares para no

llorar. Su padre se agachó junto a él y lo estudió con gesto serio. El niño resopló y se preparó para recibir la regañina. En vez de esto vio como su padre lo ayudaba a levantarse y lo abrazaba con fuerza. Después lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—Junior, la vida es complicada, pero la pelea tiene que ser el último recurso, ¿vale, campeón?

Su hijo asintió en señal de aceptación.

—Ahora vamos a hacer las paces con tu compañero y a pedir perdón.

—Pero, papi, él tuvo la...

—Júnior, no hay peros que valgan. Pedirás perdón el primero porque fuiste tú quien comenzó la pelea. Es lo justo.

En medio de todo el alboroto se acercaron sus otros compañeros de clase, incluida María.

«¡Genial, quedaré como el tonto que pide perdón!», se lamentó al tiempo que se acercaba a Alan y decía con voz neutra:

—Perdona. Lo siento.

Alan le envió una mirada cargada de reproches y sus labios fruncidos permanecieron pegados. Su madre le dio un leve empujón entre las costillas y el niño dijo en tono bajo:

—No pasa nada. Yo también... lo siento.

Los dos se dieron la mano y se pegaron un apretón.

El asunto quedó solucionado y los niños volvieron a clase. Mientras estaba sentado en su banco y se frotaba el labio, todavía hinchado, Junior sorprendió la mirada de María. Sonrió complacido para sus adentros ya que había divisado mucha preocupación en los oscuros ojos de ella. Y eso hizo desaparecer todos los dolores de su cuerpo.

Cristian estaba preocupado. Cuanto más se acercaba la fecha de la boda, más crecía la ansiedad dentro de él.

Los demonios se despachaban a gusto en su cabeza, donde se inició una pequeña guerra entre su conciencia y su razón, que no conseguían ponerse de acuerdo. El motivo principal de esta intranquilidad era la llegada del inminente veintidós de diciembre. Cristian Cros no tenía miedo al compromiso propiamente dicho; sin embargo, le aterraba el cambio.

—¿Por qué tuviste que precipitarte? —le increpó una vocecita que habitaba en su cabeza—. Trajiste piedras de España, le pediste matrimonio bajo la lluvia como un auténtico romántico, te has lucido de todas las maneras posibles, y ahora te quejas. Ya sabes lo que dice un refrán: ten cuidado con tus deseos, porque un día es posible que se hagan realidad.

—No me quejo —se precipitó él en defenderse—. Quiero casarme con ella, es la mujer de mi vida, de esto no tengo ninguna duda. Lo que me preocupa son los cambios; aunque sé que es una tontería, porque ya vivimos juntos y un papel no significa nada. Es verdad que no debería de sentirme nervioso porque mi vida ya cambió y tengo que admitir que para bien. Aunque tal vez todos los novios pasan por estos momentos antes de la boda. Puede que sea normal... Y lo que traje de España no es una piedra, es una roca.

—¿Normal? —le atacó de nuevo la vocecita envenenada—. Acabas de confesar que es la mujer de tu vida. Pusiste tu existencia patas arriba para estar con ella. Por ella vives en otro país y te llevaste a prácticamente toda la familia contigo. Si esto no son cambios que me partan un rayo ahora mismo.

Cristian puso los ojos en blanco y soltó un largo suspiro. Hacía varios días que vivía atormentado. ¿Qué le pasaba en realidad? Amaba a Minerva y la quería

en su vida, pero tenía que reconocer que temía perder una parte importante de sí mismo junto a la soltería.

—¿Así que es esto? —rió por lo bajo la vocecita—. Temes perder la atención de las mujeres. Claro, no debe de ser nada fácil. Aunque yo me pregunto: ¿No estarás cansado después de tantos años de lo mismo?

—No quiero tener ningún lío con nadie —se defendió Cristian con vehemencia—. El otro día tiré sin miramientos el número de teléfono de la azafata. ¿Cierto? Solo necesito sentirme seguro de lo hago y he de reconocer que me asusta un poco no ser un soltero querido y deseado.

—¡Querido y deseado! —repitió la vocecita, malhumorada—. Te quedarás con esto si tan importante es para ti, amigo mío. A ella la perderás, piénsatelo.

Ante este nuevo frente abierto Cristian se quedó callado. Se levantó de la cama, sudoroso, y consultó el reloj de su mesita de noche. Eran las siete de la mañana. Minerva dormía plácidamente y al escuchar ruido se giró hacia él, estiró un brazo para buscarlo, pero al no encontrarlo se conformó con la almohada, a la que abrazó con cariño. Su abundante cabello le abrazaba los hombros cayendo con delicadeza sobre su espalda desnuda. Se veía tranquila y feliz.

¿Qué era lo más honesto? ¿Casarse con ella sin hablarle de las dudas que tenía para no herirla? O ser sincero y, ¿compartir con ella sus miedos?

Cristian se acercó a la ventana y se quedó un buen rato de pie, mirando el cielo todavía oscuro. De repente notó la presencia de ella a su lado. Sin decirle nada lo abrazó por la espalda. Dejó descansar la cabeza en el hueco de sus omóplatos y le dio un beso.

Su respiración caliente le provocó una repentina agitación interior. Se dio la vuelta hacia ella y la abrazó con delicadeza. Minerva buscó su mirada y, tras unos segundos, la tormenta interior de Cristian se hizo evidente para ella.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en voz baja, al tiempo que le acariciaba la

mejilla con suavidad—. Te notó preocupado.

—No sé, mis demonios, creo —le contestó él, evasivo.

—Pero estamos bien y tranquilos —dijo ella con dulzura—. Juan está de nuevo en la cárcel, parece que tenemos, por fin, una tregua.

—Sí, eso parece —asintió él, evitando mirarla a los ojos.

—¿Salimos a dar un paseo? —preguntó ella de improviso—. Venga, nos ponemos las sudaderas y vamos a correr.

—A correr, ¿tú? —preguntó él extrañado.

—Sí, yo, ¿qué pasa? —le contestó ella divertida y acto seguido acudió al vestidor y trajo dos sudaderas. Le entregó a Cristian una blanca con el logo de Nike impreso en la espalda y una negra impresa con las letras CC para ella.

Se vistieron deprisa y salieron al jardín. La mañana era fresca y los primeros rayos de sol se abrían paso con timidez entre las nubes color escarlata. Una ráfaga de aire se llevó con ella un montón de hojas secas y las esparció por el cuidado césped. Empezaron a correr en silencio, ella mantenía el ritmo de él entre jadeos y respiraciones entrecortadas.

—Cierra la boca o te cansarás enseguida —le aconsejó Cristian y como recompensa por su preocupación ella le sacó la lengua, con gesto travieso. Él levantó la vista hacia el cielo y resopló resignado. Minerva sacaba matrícula de honor en todo lo que hacía, menos en el deporte. No le gustaba correr ni entrenar en el gimnasio ni ir en bicicleta ni nada. En un principio él intentó contagiarla con su energía e insuflarle pasión por el deporte, pero ella se mantuvo en sus trece y, al final, él desistió.

Tras unos minutos de ritmo acelerado el oxígeno penetró en su cuerpo y le relajó la tensión acumulada. Ella se paró cuando llegaron a la altura de la roca, y, doblándose sobre sí misma, dijo fatigada:

—Necesito una pequeña pausa —y añadió con la respiración entrecortada

—: no puedo mantener tu ritmo por más tiempo.

—Si solo llevamos corriendo diez minutos —se quejó él, al borde la risa—. Gallina.

En respuesta a su burla ella hizo dos saltos grandes en dirección hacia él y lo pilló desprevenido. Lo intentó aprisionar entre sus brazos, pero un ágil Cristian superó la sorpresa inicial y se zafó. Ella no se rindió y lo persiguió alrededor de la roca hasta que él cedió, la abrazó con cariño y la levantó en volandas. Ella se abrazó a sus hombros y lo besó con ternura en los labios. Cuando Cristian se relajó y dio la pequeña confrontación por finalizada, ella le mordió el labio inferior sin piedad. Él se quejó por el mordisco y le regañó con la mirada.

—¡Esto por llamarme gallina! —exclamó ella, satisfecha.

Él le sonrió condescendiente, le tomó la mano y la arrastró con suavidad hacia el banco situado detrás de la roca de España.

—Contigo no se puede salir a correr —sentenció él desolado, mientras se sentaba—. Diez minutos y ya te estás rajando.

—Ya sabes que yo y los deportes no hacemos buenas migas. Me aburre de muerte correr sin ningún sentido.

—Hacer deporte es lo mejor que hay en la vida. Estoy seguro de que algún día me darás la razón.

—Sabías desde antes de conocerme que no cumplía ese requisito —declaró ella con firmeza—. Así que ahora no vale quejarse

—Es verdad —admitió él mientras se recostaba en el banco y admiraba el cielo grisáceo—. ¿Crees que algún día lo veremos azul? —preguntó con nostalgia.

—¿El cielo? —Minerva se recostó a su lado, dejando la vista vagar por el horizonte—. Seguro que sí.

—¿Sabes que tengo dudas referentes al matrimonio? —se sinceró él con el

mismo tono despreocupado de antes. Decidió ser valiente y enfrentar sus miedos—. No dudas con respeto a ti, sino dudas con respeto al cambio —se apresuró a aclarar.

—¿Y quién no? —preguntó ella con suavidad. Su mirada franca no parecía sorprendida ni herida.

Él esperaba recibir reproches o, como mínimo, confusión. Quedó desconcertado, ante su talante inalterable y su postura relajada. Decidió arriesgarse y continuó:

—Llevo algunos días angustiado con respeto a este tema —confesó, en un tono de voz entre asustado y aliviado—. Puede que nos precipitésemos al fijar la fecha tan pronto, o puede que no... no sé qué pensar.

—Cristian, nuestra historia nos pertenece y a partir de ahora, la escribiremos juntos —dijo ella con suavidad, al tiempo que le tomaba la cara entre sus manos y conectaba con su mirada—. De ninguna manera consentiré que te sientas presionado. El asunto del matrimonio lo has ideado tú solito.

—¡Yo quiero casarme contigo! —declaró él con determinación—. Solo que necesito un poco más de tiempo para acostumbrarme a la idea, para ahuyentar a las voces de mi cabeza que no paran de hablarme.

—¿Han vuelto otra vez? —preguntó ella, preocupada, mientras que le tocaba con delicadeza la frente.

—Sí —asintió él en voz baja—. Desde hace unos días me atormentan.

—Pues diles que se tranquilicen —y, medio gritando, añadió—: Señoras voces que abrumáis la mente de mi chico, os invito de forma respetuosa a que abandonéis su cabeza. Qué no cunda el pánico. Hemos decidido aplazar la boda. Más adelante... ya veremos.

—¿Estás segura? —Cristian se incorporó, preso de una repentina sacudida interior—. No quiero que ahora tú te sientas mal.

—Tranquilo, yo tampoco estoy preparada para dar un paso tan importante. Solo tengo veinticinco años, soy demasiado joven para casarme y hasta que no finalice el juicio y todo el asunto de Juan no estaré al cien por cien. Estoy de acuerdo en aplazar la boda. De verdad.

Cristian abrió muchísimo los ojos y la barbilla se le cayó hacia abajo, dejando su boca ligeramente entreabierta. Se quedó pasmado ante la avalancha de contras que expuso su novia. Sus dudas quedaron menguadas ante su vehemencia.

—¡Minerva! —declaró él con intensidad—. No te emociones tanto en deshacerte de mí, porque el matrimonio sigue en pie, solo lo aplazaremos. Tu roca es nuestro testigo. Delante de ella me dijiste que sí.

Ella emitió una generosa sonrisa, se levantó de un salto y, con una palmadita en el muslo, preguntó:

—¿Volvemos a correr?

—Me pregunto cuánto resistirás esta vez —vociferó él, malhumorado—. ¿Cinco minutos?

Ella estalló en risa y le tomó la delantera. Cristian la siguió a regañadientes y se preguntó por qué de repente había perdido las ganas de correr.

12

Pasar el mes de diciembre en la cárcel es una de las cosas más difíciles que puede soportar un ser humano. Las celdas apestan a rancio, las rejas son muy frías al tacto, las paredes son húmedas y siniestras y la oscuridad es más intensa de lo normal. No se escuchan alegres villancicos ni hay reyes magos saludando. No hay disfraces rojos ni cinturones dorados ni sacos enormes cargados de regalos.

Pero sí hay una cosa en la cárcel. Esperanza. El mes de diciembre es por excelencia el mes de las alegrías, los reencuentros y la familia. Es el mes donde soñar está permitido. Cada preso, por muy ateo que sea, piensa que la navidad, traerá en su vida algo bueno, una pizca de alegría y buena suerte. Sin embargo, la noche mágica llega cargada de espejismo y deja a su partida a los presos igual de atormentados que el día anterior y la ilusión de los milagros incumplidos se convierte en amargura.

El día veinticuatro de diciembre pasa como cualquier otro día, con su rutina bien establecida. En realidad no tiene nada de especial, es solo una fecha inventada, ataviada con luces ciegas y adornos baratos. Si hay suerte, el funcionario de guardia se coloca sobre la cabeza un gorro de Papá Noel y les habla a los presos con voz amable. La comida tiene más color que de lo normal y es más abundante. Después de cenar a los presos se les permite acudir a la sala de la televisión para escuchar el discurso del rey. Como si a esta gente que vive, por necesidad o puro deseo, fuera de la ley les importaran un pepino los buenos deseos y el baile alegre de las llamas de la chimenea que se entrevé en el despacho del monarca. Aun así, como no hay otro plan mejor, acuden en masa y abarrotan la sala, que queda impregnada de un olor insoportable.

Juan Sánchez pasaba sus primeras navidades encerrado. Llevaba tres semanas en prisión y, en esta ocasión el juez había desestimado de inmediato el

recurso interpuesto por su abogado. Su decisión fue intransigente, hasta el día del juicio, fijado para el tres de julio de 2018, Juan permanecería encerrado. ¿Nadie entendía que él no era un vulgar delincuente?

En la última semana había recibido tres noticias; de las cuales, dos eran malas y una excelente. La primera mala noticia fue que no saldría en libertad en mucho tiempo. No tuvo tiempo de lamentarse ni acostumbrarse a la idea, pues enseguida recibió otra puñalada: sus gatos habían terminado en una protectora de animales. La madre de Juan vivía todavía, pero estaba enferma y no quiso hacerse cargo de los felinos. Lufer seguía desaparecido. Juan se alegró de saber que su gato preferido estaba libre y, junto a él, su alma viajaba y traspasaba los muros de la cárcel. Lufer era puro orgullo, y si prefería morir de pie que vivir de rodillas, él no iba a impedirselo. A veces le llegaban pensamientos negros de que sufría hambre y sed bajo el húmedo frío del invierno, pero los ahuyentaba, sabía que a su gato no le faltarían recursos para subsistir.

La única buena noticia que recibió, embalsamó su maltrecho corazón y le ofreció una pizca de esperanza. Mientras verificaba los avisos sobre Minerva y Cristian en el rato que tuvo acceso a un ordenador, encontró una noticia que lo dejó sorprendido y complacido a partes iguales. En un comunicado corto Cristian anunciaba que, por problemas de agenda, la boda con Minerva quedaba aplazada para el próximo año. El aplazamiento de la boda solo podía significar una cosa: que las cosas no iban bien entre ellos.

La noticia decía que la pareja convivía junto a su hijo en la mansión del futbolista en Londres y que pasarían las Navidades en España. Juan pensó con amargura que, mientras ella vivía en mansiones lujosas y pasaba las navidades con sus seres queridos él tendría que sacrificarse y pasar estas fechas entre delincuentes y criminales mal olientes. La vida no era nada justa.

Dejó de ver el discurso austero del rey y se dirigió con paso lento a su celda. Por ser una noche especial el horario estaba prolongado y varias luces

permanecían todavía encendidas. Lo que más odiaba Juan de la cárcel, después de la falta de libertad, era la oscuridad. Horas y horas de inactividad a oscuras. En general, con contar hasta diez y regresar a cero se tranquilizaba; sin embargo, después de tres semanas en prisión, llegó a contar hasta cien y regresar a cero sin resultados positivos. Su estado físico y psíquico no pasaba por su mejor momento. ¡Y todo ese sacrificio por ella!

Al empujarla la puerta de su celda chirrió con un ruido desagradable. El chino que compartía celda con Juan levantó la vista de una foto que estaba mirando y lo observó con expresión vacía.

Por lo visto, al chino tampoco le gustaba el jaleo montado con motivo de la Navidad. En las dos semanas que levaban compartiendo celda, no habían intercambiado ninguna palabra. Al principio Juan estaba agradecido de no tener que contar sus penas ni escuchar historias ajenas que no le incumbían. Pero las noches de invierno eran largas y el silencio le llegó a pesar más que el ruidoso bullicio.

Juan avanzó con paso titubeante en la celda y no se molestó en saludar. Sabía que no recibiría respuesta. Se sentó sobre el borde de su cama, para evitar el momento más difícil del día: dormir. Quedó sorprendido al ver que su compañero de celda se acercaba a él y le enseñaba una foto arrugada donde salía el rostro sonriente de una chica joven que tenía los mismos ojos rasgados que su compañero de celda.

Juan estudió la foto y, acto seguido, buscó los ojos del propietario de la misma. Los encontró tristes y empañados; con seguridad el chino había estado llorando. A pesar de la desazón formó un intento de sonrisa y declaró orgulloso:

—Xiang, mi novia.

Juan quedó muy sorprendido por este gesto y pensó que estudiaría, en cuanto pudiera, el carácter de los asiáticos. ¿Cómo era posible que una persona que jamás le había dado la hora se acercase de repente a él en un gesto tan

privado?

Y en ese instante Juan encontró un punto en común entre él y aquel personaje peculiar. Los dos extrañaban a la mujer amada. Y, sin pensárselo dos veces, alargó la mano y sacó de debajo de su almohada una foto recortada de una revista. Desde la foto, una resplandeciente Minerva lo observaba con su mirada verde tormenta. Mientras su compañero de celda estudiaba la foto con el ceño fruncido, Juan dijo orgulloso:

—Minerva, mi novia.

13

Una semana después de aplazar la boda, Cristian se llevó a Minerva al confesionario, que era el banco situado al lado de su famosa roca.

—He pensado —comenzó a exponer nervioso su discurso— que no deberíamos aplazar la boda.

Hizo una pausa estratégica y esperó la reacción de ella. Al ver que no saltaba de alegría ni expresaba satisfacción, Cristian continuó:

—Como bien sabes, se ha formado mucho revuelo en torno a esto y, por los comentarios que hay, entiendo que la gente piensa que tenemos problemas, que estamos en crisis. Aparte, llevo unos cuantos días que no me encuentro bien. —Mostró una arrebatadora sonrisa para continuar, animado—: Casarme contigo es lo que más deseo en este momento.

Ella se levantó del banco, puso las manos en jarras y le reprendió enfadada:

—Cristian Cros, eres el mayor de la casa, no el pequeño. A ver si maduramos de una maldita vez. Júnior tiene las ideas más claras que tú. No te atrevas a volverme loca con las paranoias de tu cabeza y tus cambios de humor.

—¿Ves? Tengo razón —soltó él, enfadado. Se levantó del banco y la enfrentó con la mirada.

—¿Razón en qué? —le preguntó ella, desafiante.

—Llevo unos cuantos días, viéndote muy feliz y tranquila mientras yo me atormento. Pienso que, en el fondo, te alegraste de aplazar la boda. Tú no estabas segura de querer casarte conmigo y te sientes aliviada. —Cristian desvió la mirada, ofendido.

Minerva le dio la espalda y se dirigió a la roca como si fuese una persona:

—¿Lo estás escuchando, verdad? Este inmaduro no sabe que si ha tomado

una decisión tiene que afrontar las consecuencias, como cualquier otro mortal. Para bien o para mal. Para mejor o para peor.

—Minerva, no es justo —intervino él—, yo solo...

—¡Tú cállate! No estoy hablando contigo —le cortó ella y, dirigiéndose de nuevo a su roca, continuó—: ¿Estuviste presente cuando me dijo que tenía dudas y necesitaba tiempo? Estuviste. ¿Monté yo alguna escena?

Dejó pasar unos segundos y como la roca no opinaba nada al respecto ella misma contestó:

—No monté nada. Para mí, lo principal es la felicidad y la salud psíquica de este ingrato. Sí, sí, has escuchado bien, ingrato. Aun cuando una parte de mí se sintió herida por sus dudas no dije nada. Na-da.

—Deberías de habérmelo dicho, solo una palabra tuya y la boda se hubiera celebrado como estaba previsto —apuntó él, malhumorado.

—¡Tú cállate! —le espetó ella con la mirada encendida—. No estoy hablando contigo. Así, como te decía —continuó Minerva hacia su roca—, este engreído cree que la tierra gira siempre en torno a él. Primero él, segundo él y, al final, también está él. Él para arriba, él para abajo y, en el medio, de nuevo está él. Sus dudas y sus decisiones. Sus miedos y sus tormentas. Pues, dile por favor de mi parte que no consentiré que me vuelva loca. ¡No lo haré!

Se acercó a ella y la abrazó la espalda. Ella intentó zafarse, pero sus brazos fuertes la aprisionaron. Poco a poco cedió y se relajó. Cristian le besó el cuello, luego la mejilla y cuando llegó a la comisura de sus labios le dijo en voz baja:

—Lo siento. Por todo. Por favor, perdóname.

Ella cerró los ojos y al notar su respiración pegada a su boca se dejó llevar y le devolvió el beso. Con intensidad sus lenguas se rozaron, se abrazaron para separarse momentos después con pesar.

—No lo vuelvas hacer, por favor. Me están sacando de quicio tus niñerías. A

partir de ahora, cualquier decisión que tomes, por buena o mala que sea, aprende a respetarla. Sé consecuente con tus actos. La gente normal hacemos esto: tomamos decisiones. A veces nos sale bien y otras veces nos sale mal. Y nos aguantamos. Y no solemos culpar a nadie cuando las cosas no salen como deseamos.

Él escuchó su discurso sin inmutarse.

—Tienes razón —aceptó él y levantó las manos en alto, en señal de rendición—. Lo único que te pido es que me corrijas cuando pierdo el norte. Ayúdame a ver la luz cuando caigo en la oscuridad. Sabes que necesito tu ayuda. Y, con respeto a la boda, los amigos imaginarios que conviven conmigo y yo mismo necesitamos fijar una nueva fecha.

Ella le erizó el pelo con la mano:

—¿Ves lo que estás consiguiendo? — Tras ver el semblante desconcertado de él añadió—: Me volveré igual de loca e histérica que tú. ¿Te das cuenta de que le acabo de hablar a una piedra? Y te juro que me dio la impresión de que me escuchaba, me entendía y me daba la razón.

—Es que tu roca es mágica —le siguió él el juego— y como es tuya te dará la razón siempre.

Los dos estallaron en una carcajada sonora, cargada de buena disposición:

—Cierto, siete, esta no es una roca cualquiera. Es mi roca. Dios, esto es oficial. Me estoy volviendo completamente loca.

Cristian alargó la mano y le acarició la mejilla. Dibujo el contorno de sus labios y, sin previo aviso, selló su boca en un beso intenso, húmedo y necesitado.

—Quiero hacer un comunicado —anunció ella con solemnidad—. Querida roca, querido Cristian y estimados demonios de su cabeza. Yo, Minerva Martín, ciudadana española, mayor de edad, afincada en Londres y médica de profesión,

por muy absurdo y extraño que parezca, sigo deseando casarme contigo. —Y, tras ver la sonrisa contenta dibujada en su rostro, añadió—: Será, si te parece bien, el próximo verano. El juicio comenzará el tres de julio y podría durar una semana aproximadamente, por lo que coincidiría con tus vacaciones, así que, sobre quince de julio podríamos volver a intentarlo. Si no te atormentan las dudas, claro. También hay que rezar para que, en esta ocasión no me atormenten a mí. Después de un año viviendo contigo, ¿quién sabe en qué me convertiré? —soltó otra carcajada disonante y se tapó la cara con las manos—. No quiero ni pensarlo.

—Me estás tomando el pelo —refunfuñó él, disconforme.

—Solo un poco —le sonrió ella con dulzura.

—¡Ya! —resopló él, descontento—. Sabes que sufro ansiedad y las esperas largas no son lo mío. Tú nueva fecha no me gusta nada, pero nada de nada, es muy... lejana.

—¡Ya! —Minerva imitó su gesto malhumorado—. Y tú sabes que he comenzado a dialogar con las piedras, ¿verdad? Así que, menos ataques de vetetismo y más sentido de la realidad. ¿Anulaste la boda? La anulaste. ¿He protestado yo? No he protestado. ¿Has pedido una nueva fecha? Pues, ya la tienes. Ahora no vale quejarse. Es lo que hay. La tomas o la dejas.

—La tomo —aceptó él, sorprendido por su vehemencia—. Pero tengo una condición.

—¿Cual? —quiso saber ella.

—Estoy en pleno proceso de maduración, aunque no haya resultados muy visibles, te prometo que mi mente sufre cambios importantes. Muchas de las cosas que antes me parecían bien, ahora no me lo parecen tanto. Con esto quiero disculparme contigo por todas las niñerías y las estupideces que salieron de mi boca. Además, sé que necesito una reforma integral, no sólo en relación a

ti, sino con toda mi familia y la gente de mi entorno.

—Cristian, yo no te he pedido nada, considero que los cambios tienen que venir de dentro de uno mismo y no porque otro así lo considere. Estás en lo cierto, tu comportamiento infantil necesita madurar; no obstante, no te agobies, hazlo a tu ritmo, pero eso sí, hazlo bien. Tú familia y yo entendemos que un deportista de tu nivel vive bajo mucha presión y conocemos tu nivel de exigencias. Lo primero que tendrás que hacer es ser más amable y benévolo contigo mismo, después lo serás con tu entorno.

—Gracias por tu voto de confianza.

—¿Qué sería del ser humano si no existiera la confianza? —una mezcla de respeto, comprensión y diversión se coló en su voz—: Ahora, dime, ¿cuál es tu condición?

Cristian acortó la distancia que había entre ellos y posó sus manos sobre sus hombros. Su mirada oscura conectó con las lagunas verdes de ella y, cuando tuvo su completa atención, dijo:

—Si mis esfuerzos dan resultados y te enamoras de mí hasta no poder más, prométeme que reconsiderarás adelantar la fecha... un poquito, unos meses por lo menos.

Minerva dejó escapar una carcajada alegre y lo besó con fervor en la mejilla.

—Tú primero madura y ya después veremos lo enamorada que quedaré, ¡presumido!

Aquella fue una dura y bien merecida lección que Cristian necesitaba aprender. Y aunque él no lo reconoció abiertamente, aprendió de ese error y su comportamiento comenzó a cambiar ese día.

En la casa de Cristian Gros los preparativos para Nochebuena estaban en pleno desarrollo. Decorada con cientos de luces multicolores y calcetines rojos colgados en las repisas, parecía un lugar de ensueño. Un gran árbol de navidad imponía su presencia en el medio del jardín, desde donde iluminaba toda la calle. Otro árbol, más pequeño, estaba colocado en el salón, debajo del mismo esperaban para ser abiertos decenas de regalos envueltos en folios brillantes y coloridos, rematados con grandes lazos de color dorado.

El futbolista regresó a su tierra para pasar las navidades junto a su novia y al hijo de ambos, Júnior. Eran las primeras navidades que pasaban juntos y sus dos familias iban a celebrarlo junto a ellos. Por parte de Cristian asistiría su madre, María, su hermana, Inés, su cuñado, Álvaro, y su sobrino, Jorge. Por la parte de Minerva invitaron a su madre, Ana, a su hermano, David y a su marido, Héctor. La noticia del aplazamiento sorprendió a ambas familias, y más de uno se alegró de que no se llevase a cabo.

De repente los gritos de alegría de Júnior inundaron el salón:

—¡Minerva, acaba de llegar la abuela María! —exclamó agitado mientras la arrastraba por el brazo con entusiasmo—. Corre, vamos a ver los regalos que nos ha traído.

Minerva puso los ojos en blanco al pensar que su futura suegra de buena gana le traería carbón verdadero en vez de cualquier otro regalo. Mantenían las formas, pero María no disimulaba el hecho de no llevarse bien con Minerva; la consideraba culpable del traslado de su hijo y su nieto a Londres y de toda la situación en general. Asimismo, una vez que Minerva entró en la vida de Cristian y Júnior, estos dejaron de necesitarla como antes y se sintió excluida de sus vidas. En un primer momento no quiso trasladarse a Londres por hacerse de

rogar y tiempo después nadie volvió a pedirle que lo hiciera.

Pero las dos mujeres tenían un punto importante en común: amaban a Cristian y a Júnior. Así que, en base a este detalle importante, se dieron dos besos, se desearon felices fiestas e intercambiaron regalos.

Cristian abrazó con cariño a su madre, contento de verla después de varios meses.

—¡Mamá, estás hecha un pincel! —la alabó él, mientras le daba varias vueltas.

—No digas tonterías, hijo —se sonrojó ella, visiblemente complacida—. He engordado cuatro kilos y no hay manera de que me los quite de encima.

—Estás preciosa, de verdad. —Cristian le dio un beso afectuoso en la mejilla y le rodeó los hombros con cariño. Júnior se unió a ellos, los tres ofrecían una estampa muy sentida y familiar. Minerva, desde su rincón, los observó con ternura y pensó que se habían portado de manera injusta con María. Si alguien se merecía ser llamada mamá de Júnior era ella; que lo había criado y cuidado desde que era un bebé. Tomó nota mental de hablarlo con Cristian.

Momentos más tarde llegaron Inés, Álvaro y Jorge, seguidos por Ana, la madre de Minerva. Entre abrazos y buenos deseos generales, llegaron David y Héctor. Ana, que en un principio renegó de su yerno, Héctor, pidió sentarse junto a él y lo largo de la cena rio con ganas con los chistes que él contaba. David se mostró en su línea, tímido y reservado, apenas habló con nadie que no fuera su marido. Minerva le dio un abrazo sentido, cargado de amor fraternal.

A pesar de no conocerse bastante bien entre ellas, las dos familias congeniaron bien y pasaron una agradable velada.

Cuando terminaron de tomar la tarta, Cristian se puso de pie y tocó con la cuchara su copa de cava, en demanda de atención:

—¡Hola! Si me permitís, quiero deciros unas palabras —dijo él, algo

emocionado. Los asistentes interrumpieron sus respectivas conversaciones para escucharlo—. Que no cundo el pánico, seré breve —bromeó, para disipar la tensión provocada.

Su pequeño paréntesis surtió efecto, y el silencio del salón se llenó de risas y cuchicheos.

—Son nuestras primeras navidades juntos, y quiero agradecerles a todos, el hecho de que hayan querido estar con nosotros en esta noche especial.

Alzó su copa e hizo un brindis imaginario con todos ellos, al tiempo que exclamaba emocionado:

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —se escuchó un brindis general cargado de alegría y buena disposición.

—Además, me gustaría saldar una cuenta pendiente... con mi familia —continuó Cristian, ante la mirada curiosa de los suyos.

No era muy habitual que el futbolista tuviera cuentas pendientes y menos aún que lo reconociera públicamente. La expectación fue tanta que hasta Júnior y Jorge dejaron de jugar y se acercaron a la mesa.

—Mi marcha precipitada a Londres hizo que irrumpiera en vuestras vidas de una manera un tanto agresiva. No tenía ningún derecho de hablaros de mis intenciones de la manera en que lo hice. Quiero agradecerles a mi hermana y a mi cuñado el gran esfuerzo que han hecho para seguir conmigo —su mirada cargada de reconocimiento se posó en Inés y Álvaro, y añadió sonriente—: Gracias de corazón. Sin vosotros mi tranquilidad psíquica no sería la misma y mis cuentas y mi dieta, tampoco.

Y, dicho esto, se acercó a Inés y le dio un sentido abrazo. Las mejillas de ella se encendieron por la emoción y estampó un beso sonoro en su mejilla. Ese gesto tan íntimo no era nada frecuente en su hermano. Después, Cristian se

acercó a su cuñado y chocó la mano con él y se dieron un cariñoso abrazo.

—¡Donde hay capitán, no manda marinero! —exclamaron los dos a la vez, entre risas.

Cristian se acercó después a su madre, le besó la mano con adoración y la abrazó.

—Mamá, te debo un mundo entero por toda la ayuda que me brindaste estos años y por criar a mi hijo. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

María le sonrió amorosa y por la emoción del momento no pudo articular palabra. Sus ojos oscuros, del mismo color que los de su hijo, se humedecieron, a punto de estallar en llanto.

—Ya sabéis que a veces lo doy todo por hecho y no pienso en los sentimientos de los demás. No por ser egoísta ni engreído o mala persona; simplemente intento simplificar distracciones en mi vida, para estar lo más centrado posible en mi pasión y mi trabajo. Bueno, no me enrollo más. Mamá, te quiero y si deseas retomar tu vida junto a nosotros estás invitada a venir a Londres. Como y cuando tú quieras.

Un aplauso colectivo resonó en la estancia y madre e hijo se dieron el ansiado abrazo de la reconciliación. Después Cristian tuvo el mismo gesto con Daryna, la madre de alquiler de Júnior.

—Por toda tu dedicación hacia mi familia te he preparado una sorpresa, espero que te guste. — Le entregó un sobre brillante de color azul intenso. Daryna, tímida por naturaleza, casi no conseguía abrirlo por el temblor de las manos. Minerva se acercó, le echó una mano y, segundos después, el grito eufórico de la niñera, reveló la sorpresa:

—¡Un billete de ida y vuelta a Kiev! —sus ojos azules brillaron con fuerza—. ¡Cristian, la vuelta es para dentro de un mes!

—Correcto —puntualizó él de buen humor—. Siempre vas y vienes

corriendo. Quiero que pases un tiempo con tu familia. Te lo has ganado.

Minerva se emocionó al ver la transformación de Cristian. No estaba en su naturaleza rectificar errores y menos repartir abrazos y pensar en los sentimientos de los demás. En ese momento supo que las intenciones de Cristian por cambiar eran serías y esa parte tierna le ofrecía un atractivo inconmensurable.

Mirando al amor de su vida, más atractivo y sentimental que nunca, a su hijo biológico, Júnior, que no paraba de abrir regalos bajo el árbol, y a las dos familias unidas en torno a una mesa repleta, compartiendo los buenos deseos en una cena tan especial, Minerva pensó que acababa de pasar uno de los mejores días de su vida. No cabía duda.

Minerva inspeccionó con ojo crítico la habitación y tras comprobar que estaba todo recogido cerró la maleta. Las vacaciones de invierno habían finalizado y ese mismo día tenían previsto viajar a Londres. Cristian necesitaba prepararse para el próximo partido y ella tenía que incorporarse el día siguiente al hospital. A Júnior le quedaban todavía unos días de vacaciones, pero el niño prefirió viajar con sus padres, aunque su abuela María se quedase desolada por no pasar unos días más con ella.

—Dejad a Júnior conmigo unos días —propuso ella, tras enterarse de que se marchaban justo el día de Reyes. Posó su mirada amorosa en su nieto y añadió —: Júnior, iremos juntos a la cabalgata, como en los viejos tiempos. Habrá una lluvia de caramelos y, por supuesto, ¡muchos regalos!

—¡Sería estupendo ver a los Reyes Magos! —exclamó el niño, ilusionado—, pero si mis padres no se quedan, yo tampoco.

—María, ¿por qué no te vienes con nosotros? —aprovechó Minerva la buena sintonía para limar asperezas con su futura suegra—. Por lo menos unos días, Júnior tiene todavía vacaciones y tanto yo como Cristian tenemos que trabajar.

María levantó la vista hacia ella, sorprendida, pero sus labios fruncidos no se abrieron.

—Sí, sí, abuela, por favor —le rogó Júnior con fervor—. Ven con nosotros. La casa es enorme y hay un parque súper chulo y un pequeño bosque y muchas habitaciones vacías.

—Hoy no, desde luego —resolvió ella evasiva—. Sería muy precipitado y no encontraríamos billetes.

Minerva insistió:

—Podríamos intentarlo, siempre suele quedar algún asiento disponible.

—Estoy bien, de verdad, no tienes que preocuparte por mí. —María dio la discusión por terminada—. Además, estoy tomando clases de salsa. He conocido gente nueva y hasta queremos hacer un viaje todos juntos.

—¡Me alegro, mucho! Bailar, es una de las cosas más saludables que existe. —Minerva le sonrió con amabilidad y entusiasmo sincero. No insistió más en el viaje a Londres, además ese asunto le incumbía a Cristian, no a ella. Sabía que, más tarde o más temprano, madre e hijo solucionarían las diferencias que todavía persistían entre ellos, a pesar del intento de acercamiento de Cristian.

Minerva dejó la maleta al lado de la puerta y se sentó, abatida, sobre el marco de la ventana. Se sentía triste por dejar España y deseó de todo corazón que Londres no hubiese existido nunca en sus vidas. Ella seguiría trabajando en el hospital La Fe y Cristian jugaría en la plantilla del Valencia. Lanzó un largo suspiro pensando que, para bien o para mal, sus vidas habían cambiado y no quedaba otro remedio que seguir la corriente.

—¡Minerva! —la llamó Júnior, mientras entraba como un torbellino en su habitación—. La abuela está muy triste porque nos marchamos. Ha dicho que todo esto es por tu culpa.

Minerva inspiró hondo y pensó que deberían de tener más cuidado de las cosas que decían delante de Júnior. Quería pensar que María no había dicho aquellas palabras o por lo menos, no con mala intención, quizás se debían a la tristeza y a la desazón de su corazón.

—No es la culpa de nadie, cariño —acarició el pelo del niño con suavidad—. Por ahora nuestras vidas tienen que seguir en Londres. Ahí está el club de tu padre y el hospital donde yo trabajo.

—La abuela dice que es una tontería que tú trabajes —siguió desvelando el

niño.

—¡Seguro que no ha dicho eso, Júnior! —se sorprendió ella en voz alta. Todas sus buenas intenciones por acercar posturas con María le dieron una bofetada en pleno rostro. No podía creer que, mientras ella se adjudicaba una culpa que no le pertenecía e intentaba reparar un daño que no había provocado, la madre de Cristian, despotricara en contra de ella. Ensimismada en estos pensamientos se olvidó de la presencia del niño y cuando se topó con su mirada curiosa improvisó lo primero que se le vino a la cabeza—. Lo habrás entendido tú mal. ¿Cómo va a ser una tontería trabajar?

—¡Qué sí! —insistió Júnior ante la desesperación de Minerva, que no sabía cómo distraer su atención. Estaba claro que el niño había escuchado aquella conversación sin que la abuela se percatara de su presencia—. Dijo que si has elegido a un futbolista de su nivel ahora tienes que cuidarlo.

—Tu padre puede cuidarse solito. —Minerva sintió una oleada de indignación revolotear en su interior y unas poderosas ganas de llorar se apoderaron de ella—. Júnior, venga, deja de meterte en los asuntos de los mayores —lo apremió ella y el niño asintió enseguida.

—¿Minerva? —preguntó él, antes de salir de la habitación—. ¿Algún día regresaremos a casa?

—¡Pues, claro que sí! —le aseguró ella mientras se acercaba a él y le daba un abrazo amoroso—. En unos años, en cuanto los trabajos de los mayores lo permitan, regresaremos. Mientras tanto volvemos a Londres, haremos nuevos amigos y lo pasaremos genial. ¿Te parece?

—¡Vale! —accedió el niño, poco convencido.

—¡Oye! —lo animó Minerva—. No me pongas carita triste. Te olvidas de un pequeño gran detalle, grandullón —dijo ella, al tiempo que le provocaba cosquillas y Júnior estallaba en una risa repentina.

—¿Qué detalle? —preguntó él curioso, al tiempo que intentaba zafarse.

—María vive en Londres. —Ante esa gran verdad, Júnior dejó de reírse.

—¡Es verdad! —exclamó él, asombrado—. Si regresásemos a casa dejaría de verla.

Los ánimos de Júnior se renovaron y se olvidó de su deseo de regresar. Se marchó apresurado a despedirse de su abuela.

Minutos más tarde Cristian hizo su aparición en la habitación.

—¿Has terminado de recoger? —preguntó él—. Si necesitas ayuda llama a Tania.

Ella intentó borrar de su rostro la pesadumbre que sentía y señaló su maleta cerrada:

—Me gusta hacer la maleta, no necesito ayuda. Además, ya he terminado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él preocupado—. Te noto triste.

—Un poco —aceptó ella lo evidente—. Es por la partida, lo hemos pasado tan bien estos días rodeados de la familia que no me apetece volver.

—Lo sé. —Cristian posó la vista en sus zapatos y los admiró un largo segundo. Después dijo abatido—: A mí me pasa un poco lo mismo. Ven, vamos a dar un paseo —le pidió, al tiempo que le tomaba la mano y entrelazaba sus dedos con los de ella.

A continuación, abrió la puerta corredera del cuarto que daba acceso al jardín y salieron. Comenzaron a dar pequeños pasos en el silencioso jardín y cuando llegaron a la altura de un banco de piedra se sentaron.

—No me canso de mirar el cielo, y me aflige pensar que dejaremos de ver este azul tan perfecto. Lo echaremos de menos. —Una pizca de melancolía se coló en la voz de Cristian. Sus ojos color carbón, normalmente alegres y llenos de vida, estaban apagados. A Minerva se le encogió el corazón al ver lo difícil que se les planteaba la partida. Decidió hacer de tripas corazón e intentó sonreír

con energía. Se infundió ánimos, pensando en que no iban al fin del mundo, solo... a Londres.

—Lo echaremos de menos —repitió ella, al tiempo que introducía la mano debajo de su camisa y le provocaba unas suaves cosquillas. Cristian sonrió y la expresión taciturna de su rostro se suavizó.

—¡Pero no demasiado! —se levantó animado del banco y dijo, al tiempo que se señalaba orgulloso—: Acuérdate de que dispones para tu disfrute personal, único e intransferible de este hermoso ejemplar.

Ella puso los ojos en blanco y movió la cabeza con incredulidad:

—¡Serás presumido! ¿Cómo aguantaré yo estos ataques de vedetismo? —Y con la vista nuevamente puesta en el cielo, suplicó—: Universo, dame paciencia para aguantar a este hermoso ejemplar. O tápame los oídos cuando se le vaya la olla. Qué es muy a menudo, por cierto.

Él estalló en sonoras carcajadas y más animados prosiguieron con su caminata por el jardín. Cuando llegaron a la altura de una estatua de cerámica que tenía la forma de un perro dálmata, dijo de improvisto:

—He pensado llevarme el dálmata a Londres.

Ella abrió muchísimo los ojos, visiblemente sorprendida:

—¡Si es horroroso! Tu madre lo sacó al jardín porque se avergonzaba tenerlo en la casa. Y no es para menos.

—A mí siempre me ha gustado —defendió él, contrariado—. Además lo colocaríamos en el jardín, al lado de tu roca. No es justo que tú tengas un amuleto y yo no —añadió irritado.

—Te recuerdo, amor mío, que yo no elegí la roca como amuleto, fuiste tú; pero ¡qué narices!, si te hace ilusión llévate el dálmata y ponlo donde te apetezca, que para esto es tu casa —accedió ella, comprensiva—. Ahora que lo mencionas, puede que tengas razón y mi roca necesite compañía. Dios, lo que

digo no tiene sentido; está comprobado, tus ataques de histeria comienzan a afectarme: acabo de hablar de la roca como si fuese una persona.

Una ráfaga de viento agitó sus cabellos, del mismo color que las hojas secas que se desprendían de las ramas de los árboles. Cristian alargó la mano, acarició su mejilla con ternura y la contempló fascinado:

—Te amo. —Un ligero temblor en su voz acompañado por una mirada intensa provocaron en el corazón de Minerva auténticos estragos.

Ella rodeó su cuello con cariño y depositó sobre la comisura de sus labios un beso dulce, al tiempo que decía en voz baja:

—Yo también te amo, Cristian, y esta faceta tuya tierna y vulnerable me vuelve completamente loca.

—Gracias por ser tan comprensiva y altruista, por ser tan... tú. Si mi faceta vulnerable ha visto la luz es gracias a ti. Bueno, dicho esto, ¡está decidido! Me llevaré el dalmata a Londres —dijo, guiñándole el ojo. Se agachó y cargó la estatua con dificultad, debido a su peso y a su tamaño—: Quedará perfecta al lado de tu roca.

—Sí, Cristian, mi roca te estará eternamente agradecida por llevarle compañía.

Regresaron a casa acompañados por una brisa ligera y fresca y en muy buena sintonía. Cristian comprobó que todavía era temprano para salir al aeropuerto y le propuso continuar el paseo. Minerva aprovechó este momento íntimo y tranquilo para sacar a relucir una pregunta que le atormentaba:

—Necesito preguntarte una cosa, pero quiero que seas sincero al cien por cien.

Él se giró hacia ella, sorprendido, la expresión atenta de su rostro denotaba su completo interés:

—Siempre sinceros. Y delante de mi amuleto todavía más. Dime, ¿qué te

preocupa?

—¿Tú crees que es una tontería que yo trabaje?

—¿Qué pregunta es esta? —dijo en un intento por alargar lo inevitable.

—Contéstame, por favor —insistió ella, tensionada.

—Trabajar en general, no; tú sabes que yo mismo soy muy organizado y trabajador. Pero el trabajo que tienes ahora sí me parece innecesario. Te pasas la vida entera en el hospital.

Ella lo contempló unos segundos en silencio.

—Pero ¿cómo innecesario? —explotó, dolida—. Yo soy médico y los médicos trabajamos en hospitales.

—No te pongas así —le rogó él con suavidad. El tema era muy espinoso y no quería herir sus sentimientos—. Me pediste sinceridad. Este tema hace tiempo que lo quería sacar, pero nunca encontré el momento oportuno. Y lo que te voy a decir tiene su explicación no pienses que soy un maldito egoísta. Quiero que pasemos más tiempo juntos y entre mis compromisos y tu trabajo no es posible. Sabes tan bien como yo que hay semanas que apenas nos cruzamos al salir y entrar en la casa. Jamás se me ocurriría pedirte que dejes tu trabajo, simplemente podrías adaptarlo a tu nuevo estatus —la miró con franqueza y añadió—: Podrías abrirte una consulta privada de pediatría, sería ideal para los dos.

—Ya veo. —Minera se crispó como un erizo amenazado. Un atisbo de dolor y tristeza se coló en su voz al exteriorizar sus pensamientos—. Quieres que me convierta en la niñera oficial de los niños mimados de tus compañeros.

—No, Minerva, quiero pasar más tiempo contigo, que es diferente. Deseo que me acompañes de vez en cuando a los partidos que juguemos en el extranjero, y que tengamos una familia feliz y una vida plena. ¿Sería tan malo dejarte mimar?

Ella relajó los hombros y un atisbo de comprensión apareció en su mirada angustiada:

—Por el momento seguiré con mi trabajo. Necesito aprender, Cristian. Solo soy médico residente.

—Prométeme que pensarás en ello —le rogó Cristian, mientras le daba un beso suave en los labios—. Entiendo tus razones y las respeto. Pero en el futuro debemos descargar responsabilidades. Los dos.

Ella agitó la cabeza en señal de asentimiento y regresaron a la casa.

Una hora más tarde los tres pasaban los controles de seguridad del aeropuerto. Con algún contratiempo que otro, debido a la dificultad para encontrarle un sitio a la gran estatua canina, accedieron al avión. Una vez acomodados en los sillones de la clase vip fueron invitados a tomar un tentempié por una azafata muy guapa que no paraba de aletear las pestañas delante de Cristian.

Minerva suspiró y pensó resignada que tendría que inmunizarse contra esos avances que, por lo visto, siempre estarían presentes en su vida. Para su sorpresa vio que Cristian le habló a la azafata con frialdad y esta desistió en sus coqueteos.

Cuando el avión despegó Minerva controló la respiración e intentó dominar el pánico que sentía. Una mano grande le tomó la suya con determinación para insuflarle ánimos. Sus miradas se rozaron con intensidad al tiempo que las ruedas del avión se despegaban de la pista.

—Nunca me sueltes la mano —le pidió él, mientras le besaba los nudillos con suavidad.

Y en ese momento, Minerva comprendió que el hombre que estaba sentado a su lado significaba el sol y la oscuridad. Le daría muchas alegrías y muchos dolores de cabeza. Le daría felicidad y lágrimas. Amor y pasión, pero también

sentido a su vida.

—Nunca te soltaré.

Juan se agitó en la silla y le lanzó una mirada cargada de reproches a su abogado.

—¿Por qué Lufer está en la protectora? He recibido esta semana la factura de los gastos de los tres gatos y casi me da un infarto; yo no sabía nada de esto. ¿No quedamos que el gato no había sido encontrado? ¡No quiero que Lufer muera encerrado! —chilló descontrolado, y se ganó la mirada de reproche del guardia de seguridad que custodiaba la sala de los encuentros.

—Juan, yo soy abogado, no niñera de animales, ¿estamos? No me grites, porque yo no tengo la culpa. Me llamaron hace tan solo unos días y me lo notificaron. Por lo visto una vecina tuya denunció a la policía que un gato abandonado se paseaba por su propiedad y asustaba a sus conejos.

—¡No me lo puedo creer! Esa vieja bruja y sus malditos conejos —se exaltó Juan de nuevo y se puso en pie de un salto—. ¡Llamar a Lufer gato abandonado! Es el colmo.

En esta ocasión el guardia se acercó a él y le golpeó el hombro con la porra de caucho. Juan se sentó en la pequeña silla de plástico, contó hasta diez y se tragó las palabras de rabia que se asomaban a su garganta. Se comió el malestar y devolvió la atención a su abogado:

—¿Lo pudiste ver, por lo menos?

—Sí, lo vi, y no pienso mentirte, al gato le quedan dos telediarios como mucho, no se entera siquiera...está ciego y apenas anda. Lo siento. De verdad, Juan, no te atormentes, déjalo ahí que está bien atendido, tiene comida, un techo y, si le hiciera falta, asistencia médica.

—Mi pobre Lufer —se lamentó Juan, desconsolado—. Solo, ciego y encerrado. Tenemos que hacer algo. ¿Tú no podrías cuidarlo hasta que yo salga?

—preguntó esperanzado.

El abogado rehuyó su mirada y negó con la cabeza.

—Imposible, paso todo el día fuera de casa y mi pareja tiene un perro, así que... además, no sé cuánto tiempo te quedarás en prisión. Podrían ser...

—¿Cómo qué no sabes cuánto tiempo me quedaré encerrado? Prometiste sacarme antes de un mes y llevo más de tres... te pagué un dineral, ¡maldita sea!

—Juan, hice todo lo que estuvo en mi mano, de verdad, pero tu imputación es grave y la otra parte es muy potente. No nos enfrentamos ante la vecina del patio de al lado, nos enfrentamos a la novia del mismísimo, Cristian Cros. Ese tío es una máquina de hacer dinero y tiene mucho peso. La defienden una legión de abogados, por no hablar del hecho de que el viento sopla ahora en su favor. Ya te dije que el juez ha cambiado su postura con respeto a las pruebas y la causa está admitida a trámites. Es lo que hay.

El rostro de Juan se contrajo en una mueca desagradable. Desvió la vista hacia la pared estrecha que rodeaba la pequeña salida de entrevistas y contó mentalmente hasta diez. Se paseó las manos con gesto cansado por su corto pelo, que lucía descuidado y grasiento. Después se levantó con pesadez y se dirigió con paso lento hacia la salida. El abogado imitó su gesto, recogiendo a toda prisa los papeles esparcidos sobre la mesa. Miró con gesto preocupado el reloj, le quedaban cinco minutos de entrevista con su cliente. Quería aprovecharlos para convencerlo de que renunciase al juicio. Lo más sensato para su caso sería aceptar la pena y pactar con el fiscal. Si acudía al juicio declarándose inocente y resultaba condenado —que era lo más probable—, le caerían más de diez largos años. Lo alcanzó y posó la mano sobre su hombro.

—Hombre, venga, no te derrumbes —dijo, con la intención de insuflarle ánimos—. Buscaremos con calma una estrategia eficaz, aunque ya lo tengo bastante claro, deberíamos pactar...

La mirada enfadada de Juan fue respuesta suficiente.

—¿Por qué se han torcido las cosas? —preguntó, abatido. De ninguna manera iba a pactar su pena ni reconocer su culpa. «Mejor morir de pie que vivir de rodillas», pensó para sus adentros—. ¿Tienen alguna prueba nueva?

—No, no hay nada nuevo. El culpable de todo es... Cristian Cros. Se presentó con dos cojones ante el juez y le hizo cambiar de parecer. No es que haya dicho nada nuevo; sin embargo, la forma de decirlo fue contundente.

—Cristian Cros —repitió Juan, en voz baja, al tiempo que cerraba los puños con fuerza. Él y solo él era el culpable de su desgracia.

Se sintió de repente muy cansado. Abrió la puerta y se marchó a su celda sin despedirse de su abogado.

Minerva se pintó los labios de un fuerte color carmesí con esmero. Los juntó formando un mohín, después los repasó con la barra hidratante y admiró el resultado con cierto reparo. No le gustaba salir en evidencia y ese color estridente llamaría, con seguridad, la atención. Era la primera cena WAG a la que asistiría. Cada primer jueves del mes las novias y esposas de los futbolistas del Chelsea cenaban juntas. Minerva en un principio no quiso asistir, invocó diversas excusas, pero sabía que no podía eludirlas siempre así que se armó de valor y decidió ir a la temida cena.

Conocía a la mayoría de las chicas, pero siempre que habían coincidido en algún acto iban acompañadas por sus respectivas parejas. Mientras se ataba el lazo ancho de sus pantalones de cuero y se alisaba la camisa de seda natural impresa con flores coloridas, se preguntó cómo resistiría a una cena con aquellas criaturas frívolas sin morir en el intento.

Terminó de vestirse, se perfumó y agarró su elegante bolso, que hacía juego con sus estilosos y caros zapatos. Entró en el dormitorio de Júnior para darle un beso de buenas noches. Lo encontró sentado en la cama concentrado en el libro que tenía en su regazo. Tras escucharla entrar el niño levantó la mirada y la apremió con una amplia sonrisa. Ella se sentó a su lado, observó con atención el libro y le preguntó:

—¿Qué lees? Parece muy interesante. —La portada desvelaba un dibujo de unos cerditos graciosos y unas palabras escritas en mayúscula.

—No me gusta demasiado, la verdad —confesó Júnior, un tanto cansado—, pero me lo prestó María y ya sabes lo lista que es, seguro que me preguntará detalles... así que tengo que leerlo.

A Minerva se le enterneció el alma al escuchar aquello. Júnior era una

auténtico amor, hacía sus pequeños sacrificios por la chica que le había robado su corazón. Demostraba que los hombres también hacían sacrificios por amor y, en su caso uno de los grandes: leer una historia con cerditos no era cualquier cosa. Le dio un beso en la frente y le quitó el libro de las manos.

—Es tarde, mañana seguirás. Si quieres podríamos leerlo juntos, así se te hará menos pesado, ¿te parece? —le propuso ella.

—¡Sería genial! —exclamó complacido—. Te advierto que tiene muchas páginas y... ¡ninguna foto! —su mirada expectante esperaba la confirmación de Minerva de que no se rajaría ante esa terrible circunstancia.

Ella fingió una mirada inquisitoria:

—¿Cuántas páginas? —preguntó, lo más seria que pudo.

—Cincuenta y dos —contestó el niño al tiempo que sus grandes ojos color tormenta, la observaban sin pestañear.

—Son muchas —evaluó ella al tiempo que abrazaba el cuerpo del Júnior, y comenzó a hacerle cosquillas—: ¡Pero nos apañaremos!

—¡Eres la más guay! —exclamó el niño entusiasmado.

Cristian hizo acto de presencia en la habitación y se sentó en el borde de la cama, junto a ella:

—Yo te acostaré esta noche, Júnior. Minerva tiene una cena. Si no quieres llegar tarde deberías salir ya. George te está esperando.

Ella se levantó y depositó un beso sonoro en la mejilla del niño. Júnior rodeó su cuello con sus brazos rollizos y dio una última muestra de que era un niño adorable:

—Estás muy guapa esta noche. Pásatelo bien.

Minerva sonrió complacida y se despidió, sin muchas ganas, de los dos hombres de su vida. Cristian la acompañó a la salida:

—No te sientas obligada a ir a estas cenas. Si no apetece no vayas. De

verdad, por mí no lo hagas —le rozó la mejilla con un beso fugaz e inspiró su perfume—. Me gusta, huele a jazmín.

—Huele fenomenal, lo descubrí por casualidad el otro día. No me apetece ir, pero soy una WAG y lo tendré que asumir más tarde o más temprano. Si las siguiese evitando podrían tomárselo como una ofensa o, peor aún, tacharme de engreída o vete tú a saber. Daré una oportunidad a estas amistades, a ver que sale.

—Tú no eres una WAG cualquiera —concluyó él, mientras le daba un beso en los labios—, eres la WAG marca Cristian Cros.

—¡Ya salió el presumido! La verdad sea dicha, lo echaba de menos —ironizó ella, mientras lo apartaba con delicadeza—. Además, no puedes besarme ahora, me vas a estropear el efecto carmesí de mis labios. Es la última moda, según Susana.

—El carmesí te sienta de miedo —le dijo él orgulloso—. Estás muy guapa. Pásatelo bien, princesa.

Y volvió a sellar sus labios suculentos con un beso necesitado. Segundos después se separaron en el marco de la puerta:

—A ti también te sienta el carmesí de miedo. No me esperes despierto, puede que me desmelene con las WAGs.

Cristian le lanzó un beso imaginario al aire y desapareció de su campo visual. En la antesala, la esperaba paciente George, su guardaespaldas. Vestía un traje color oscuro que le sentaba realmente bien.

—George, te ves muy elegante esta noche —lo alabó ella de buen humor, y ante la mirada incomoda del hombre añadió—: Vámonos, llegamos tarde.

La calle estaba poco transitada, por lo que unos quince minutos después George aparcó el coche delante del restaurante donde había quedado y le abrió la puerta para ayudarla a bajar.

—No es necesario que me esperes. —Minerva hizo un último intento por alejar a George—. Me sabe mal que estés aquí esperando mientras yo estoy cenando con mis amigas. Puedo tomar un taxi. De verdad, no me pasará nada.

—No lo dudo, señora, pero este es mi trabajo. Páselo bien y, ante cualquier imprevisto, llámeme. Tiene el busca, ¿verdad?

—Sí, George, lo llevo en mi bolso siempre, pero si sigues hablándome de usted, dejaré de ser tan obediente, que lo sepas. ¡Llámame Minerva!

La cara bien definida de George se descompuso y sus ojos color miel la escrutaron con indignación.

—¿Señora? —preguntó George expectante.

Ante su actitud formal, Minerva pensó que jamás conseguiría doblegar las fuertes convicciones de George, por lo que desistió y le sonrió con comprensión:

—Te avisaré unos minutos antes de salir. Buenas noches.

—Buenas noches, señora. ¡Páselo bien!

«Señora». ¿Señora? Odiaba que la llamasen señora. ¡Solo tenía veinticinco años!

En el restaurante se respiraba lujo, minimalismo y futurismo en estado puro. El metre la buscó entre las componentes de la lista y le pidió el DNI para corroborar su identidad. Una vez que verificó sus datos, la llevó al reservado de las WAGs. Nada más entrar unas veinte cabezas adornadas con amplias sonrisas le dieron la bienvenida.

La primera impresión que se llevó Minerva de su nuevo grupo social era que todas tenían unas melenas de infarto. Desde rubias de tonos claros, rubios oscuros, pelirrojas radiantes, castañas cálidas, y hasta morenas relucientes. Una cosa era indiscutible: a los jugadores de fútbol les gustaban los cabellos largos. Minerva resopló agradecida por su melena, encajaba en el perfil. Por el momento.

El segundo denominador común de las WAGs eran sus pechos. Todas

lucían escotes espléndidos por donde se asomaban unas delanteras generosas. Minerva agradeció en silencio su buena genética, que la había dotado de pechos generosos, aun cuando no estuviesen tan firmemente plantados como los de sus amigas. Saludó a todo el grupo y se sentó en su silla. La tensión se podía cortar con el cuchillo y para rebajarla sus nuevas amigas mojaban sus generosos labios en vasos con agua mineral. Minerva no solía beber, pero tenía que reconocer que para calentar los ánimos y encontrar algún punto de partida con aquellos bellezones, le hubiera gustado tomar algo más... que un simple vaso de agua.

Los camareros trajeron con mucha pompa el primer plato de la noche, si es que se podía llamar plato. En unos vasos alargados de cristal impresos con sendos dibujos orientales, les sirvieron el consomé. Minerva imitó el gesto de sus nuevas amigas y probó pequeños sorbitos del líquido color amarillo, que no era otra cosa que el caldo de pollo de toda la vida. A Minerva le entraron unas histéricas ganas de reír al pensar que aquella glamurosa cena parecía una reunión de enfermas terminales. Se contuvo, al tiempo que intentaba mantener sus pensamientos bajo control. Después del consomé la mesa de las WAGs se llenó de coloridas ensaladas. ¿Estas mujeres no comían nada?

Tímidamente comenzaron a conversar entre ellas y la atmosfera se distendió un poco. Minerva no sabía si estaban así de tensas siempre o aquello se debía a su presencia y al hecho de que era nueva. Una pelirroja llamativa rompió el hielo y pidió un vaso de vino blanco, la mayoría la imitó.

Con la llegada del vino blanco, la atmosfera empezó a tener mejor color. Dejaron de aparentar ser perfectas y retiraron sus amplios cabellos de la cara. Y Minerva descubrió sorprendida que, a pesar de ser guapas, ricas y aparentemente tenerlo todo, sus nuevas amigas no estaban contentas con sus vidas. ¡Vaya que no!

La principal pega eran sus parejas. Los jugadores de fútbol estaban casi siempre fuera de casa, entrenando, viajando, promocionando y sufriendo mucha

presión. Los malos resultados atraían consigo un mal humor que las WAGs debían soportar. «Quién lo habría imaginado?», se preguntó Minerva, pasmada.

—Claro, nadie piensa en nosotras —se quejó una mulata de infarto, al tiempo que se rizaba con el dedo un largo y grueso mechón que le llegaba a la cara—. Encima de que han perdido los tienen que reunir y reñir, como si fuesen chiquillos y no hombres hechos y derechos. Tiran la autoestima de nuestros chicos a la basura y se lavan las manos. Con los ánimos por los suelos, llegan a casa. ¿Qué se supone que somos nosotras, psicólogas?

Una carcajada general, llenó a las jóvenes de buen humor y en las tres horas que duró la cena no dejaron de despotricar y quejarse en contra del fútbol. Al escuchar cómo se comportaban algunos futbolistas cuando estaban de mal humor o perdían partidos importantes Minerva pensó que Cristian era un auténtico amor comparado con otros.

La impresión general de la cena fue positiva y las chicas, una vez que apartaron sus máscaras de perfeccionismo, eran mujeres sencillas, de fácil trato. Vistas desde fuera, las WAGs eran guapas, casi perfectas, envidiadas por la mitad del planeta. Pero en realidad, vistas desde dentro, eran mujeres normales que lidiaban con sus problemas, como cualquier otro ser humano.

Cuando se disponía a abandonar el local, Minerva notó que alguien le estiraba la manga de su abrigo. Se giró sorprendida y se encontró con una alegre pelirroja llamada Sarah. Su mirada achispada junto a su sonrisa generosa le sugirió a Minerva que se había pasado con las copas de vino blanco.

—Minerva —le pidió ella con voz pastosa—. ¿Has venido en coche?

—No, lo siento, pero mi guardaespaldas me espera fuera. —La miró con comprensión y le preguntó con voz cálida—. ¿Quieres que te lleve?

—Si no es mucha molestia, te lo agradecería. No me gusta conducir si he tomado alcohol.

—Haces bien. —La felicitó Minerva, al tiempo que la tomaba por el brazo en gesto amistoso.

Sarah medía por lo menos un metro ochenta y sus cabellos parecían llamas de fuego encendido. Su mirada azul oscuro la convertía en un espectáculo para la vista, unido a su vestido color dorado, que se ceñía sobre sus pechos como una segunda piel. Minerva se lo paso en grande al ver que su eterno serio y bien considerado George, balbuceaba de manera incoherente, impresionado por llevar en su coche un bellezón de ese calibre.

Veinte minutos más tarde dejaron a Sarah delante de un complejo de apartamentos de lujo. Se despidió de Minerva con un caluroso abrazo y dijo antes de salir del coche:

—Adiós, George. Me ha encantado conocerte.

—Igualmente, señora —masculló él, al tiempo que una ola de color rojo invadía su cara.

—¿Señora?! —la pelirroja estalló en una colorada risa cristalina que hasta a Minerva le supo a una sinfonía de lo más alto nivel—. Eso suena... muy antiguo.

Minerva decidió echarle una mano a su guardaespaldas, pues creía que de un momento a otro sufriría un infarto ante la mirada inquisitoria y penetrante de Sarah.

—Son las normas del protocolo, George es guardaespaldas y oficial de policía. Cuando está trabajando... ya sabes, son las reglas.

—Entendido, entonces. Me gustan las reglas... para romperlas. —Le lanzó a George una larga mirada azul oscuro que brilló como un relámpago en la noche—. Nos vemos, Minerva, me has caído genial, que lo sepas —añadió con una naturalidad desbordante.

—Igualmente, Sarah —la despidió Minerva, agitando la mano.

Cuando la perdieron del campo visual George puso el motor en marcha. Antes de pisar el acelerador se giró hacia ella y le sonrió agradecido:

—Gracias, Minerva. Te debo una.

—De nada, George —dijo ella al tiempo que expulsaba un gran suspiro de alivio.

Mientras el coche se metía de lleno en la oscuridad, Minerva pensaba complacida que la cena de las WAGs había sido todo un éxito.

18

Unos días más tarde Minerva y Júnior se dirigían hacia el club de fútbol donde entrenaba el niño. Aparcó el coche y a través del espejo retrovisor se encontró con la mirada astuta de Júnior. El niño ensanchó su boca en una amplia sonrisa; era su particular juego, encontrarse las miradas a través del espejo.

—Ya hemos llegado. ¿Estás listo, campeón?

El niño dejó de sonreír y perdió su mirada a través de la ventanilla. El cielo era gris y el aire no cesaba, por lo que el panorama no era muy alentador.

—Sabes Minerva, te voy a contar un secreto —dijo él en tono serio, casi conspirador—. No se lo puedes decir a papá.

Minerva agudizó la vista y prestó toda la atención posible al niño. Júnior tenía, de vez en cuando, arrebatos de inconformismo. Era un niño muy sensible y observador.

—Si es un secreto no se lo contaré a nadie —le aseguró ella.

Al niño le gustó su respuesta y se volvió confiado.

—Algunas veces no me gusta jugar al fútbol —bajó la mirada, apenado—. Lo hago porque papá quiere y es feliz.

—¡Júnior! —Minerva le acarició la mejilla con suma delicadeza—. Tu padre te quiere muchísimo, él desea que tú seas feliz. Es bueno que hagas deporte, desarrollarás tu cuerpo y tu mente de una manera saludable. Pero existen otros deportes, si el fútbol no te gusta puedes practicar cualquier otro. Solo tienes que decirlo.

—¿Sabes? —continuó Júnior, confesándose—. A veces en los entrenamientos escucho a la gente hablar y me enfado.

—¿Qué dicen? —se interesó ella, intrigada.

—Que soy lento, que no tengo agilidad y que nunca seré tan bueno como papá.

—¿Y ellos qué saben? —preguntó Minerva con un hilo de voz, controlando a duras penas el temblor de su voz. Una oleada de rabia se extendió dentro de ella y se preguntó por qué la gente sentía la necesidad de ser cruel con los hijos de los famosos. No se daban cuenta de que solo eran críos, sensibles y muy fáciles de herir e influenciar. ¿Qué tipo de gente podría ser tan desalmada con un niño de siete años?—. Tú serás tan bueno como quieras serlo. Podrás volar tan alto como desees. Nunca lo dudes ni hagas caso a las maldades de la gente.

La confianza de Júnior se vio reforzada, por lo que ensanchó de nuevo su boca apremiándola con una agradecida sonrisa.

—Volaré muy alto si tú estarás conmigo. ¿Sabes que a veces me acuerdo de nuestra paloma?, la que se murió el día que nos conocimos —aclaró el niño—. ¿La recuerdas?

—¡Claro que sí! —le aseguró ella con la voz entrecortada por la emoción—. ¡A la próxima la salvaremos! —chocaron las manos con entusiasmo, como si hubiesen sellado algún pacto sagrado.

Instantes después Júnior había olvidado sus penas y entrenaba contento con sus compañeros del equipo de prebenjamines. Minerva vigiló su comportamiento con ojo crítico, dejando a un lado su amor maternal. Júnior había cumplido siete años. Era bastante alto para su edad y tenía un cuerpo atlético, bien definido. Se movía con agilidad de un lado a otro y, a su entender, realizaba lo que pedía el entrenador antes que la mayoría. El entrenador colocó en el suelo seis círculos grandes sobre cuales los niños debían saltar. Júnior acabo el primero su *tour*, por lo tanto, lento no era. En el siguiente ejercicio había que pegar la pelota con el pie y recogerla con las manos. A otros niños se les escapaba con facilidad, pero Júnior atrapaba el balón sin problemas. El niño era ágil. Y en ese momento Minerva entendió que tener un padre famoso a la

larga era un problema. El listón sería siempre muy alto y Júnior pasaría muchas presiones. Por muy bueno que fuera nunca lo sería lo suficiente.

—Una moneda por tus pensamientos —levantó la vista y se encontró con los ojos negros y alegres de Cristian—. Veo que analizas el juego con detenimiento. Toda una experta. ¿Dónde dejaste a la Minerva que yo conocí? La que no sabía que era un delantero ni el número de mi camiseta.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. Las madres de otros niños, al advertir su presencia, empezaron a moverse nerviosas de un lado a otro para llamar su atención. Cristian dedicó una sonrisa de revista al público femenino para calmar la ansiedad grupal, después le acarició la cara con la yema de los dedos y continuó:

—Tienes la cara helada.

—¡Qué bien que conseguiste llegar! Siéntate aquí, a mi lado —lo invitó ella con la mano—. Puede que tu presencia aumente un par de grados la temperatura. Hace mucho aire hoy.

Él le arropó los hombros y le frotó la espalda con rapidez. Minerva rio complacida con lo que se ganaron sendas miradas cargadas de envidia del público femenino.

Aquel era su particular castigo, a cualquier sitio al que iba en compañía de Cristian se encontraba con más de lo mismo: miradas furtivas, aleteo de pestañas, contoneo de caderas. Al principio se enfadaba y sufría en silencio, a pesar del comportamiento ejemplar de Cristian. Con el tiempo se acostumbró y dejó de molestarse. Casi siempre.

Cristian admiraba embelesado el juego de Júnior, animándolo desde la grada. El fútbol era, sin lugar a dudas, su pasión y deseaba que su único hijo siguiera sus pasos.

—Cristian, si Júnior decidiera no dedicarse al fútbol, ¿qué pasaría? —

preguntó ella sin despegar la vista del terreno.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó él, sorprendido.

—Siente presión por tu sombra —dijo ella con suavidad—. Ya lo sabes.

—Lo sé —admitió Cristian con franqueza.

—¿Entonces? —insistió ella, posando sus tormentosos ojos verdes en él—
¿Por qué permites que pase por esto?

—Porque es bueno —declaró orgulloso su padre—. Cuando lo veo jugar dejo de lado mi amor de padre. Veo sus formas, sus aptitudes. Tiene cualidades de atleta, es rápido y posee algo especial.

—Yo solo quiero que sea feliz. —Minerva se acurrucó contra el cuerpo de Cristian para resguardarse de una ráfaga de viento que agitó sus cabellos y se coló en su cuerpo a través de su delgada cazadora—. ¿Sabes?, cuando era una simple mortal y vivía con quinientos euros al mes, pensaba de la gente como tú lo teníais todo muy fácil. Me doy cuenta ahora de que no es así. Júnior es considerado un hijo de oro y es obvio que tiene todo lo que necesita, pero él tendrá que forjarse su propio camino y combatir con sus propios demonios.

—Cierto. —Cristian resopló pensativo al tiempo que contemplaba de lejos el juego de Júnior—. Te prometo que, si la presión es muy grande lo dejaré elegir. Júnior hará con su vida lo que le plazca. Podrá ser periodista o jugador de baloncesto o profesor de karate... cualquier cosa menos ser médico y pasarse la vida entera en un hospital.

Minerva clavó los dedos entre las costillas de Cristian y tras removerlas en distintas direcciones le arrancó unas suaves protestas colmadas de una risa contenida.

—¿Y si es un médico que tiene una consulta privada? —preguntó ella con fingido interés.

La boca de Cristian se ensanchó en una generosa sonrisa que hizo que se

asomase un adorable hoyuelo en la parte izquierda de su cara.

—¡Esto suena muchísimo mejor! —resolvió él, orgulloso.

Media hora más tarde el entrenamiento finalizó y Júnior se abalanzó sobre ellos con la cara encendida por el esfuerzo y la adrenalina disparada.

—Menudo pase has dado, ¿eh? —alabó su padre para el regocijo de su hijo, al tiempo que chocaban los puños en señal de saludo.

—¿Y qué me dices del gol? —la mirada de Júnior brilló con fuerza.

—¡Ha sido fantástico! Vamos, os invito a tomar algo en la cafetería —declaró Cristian, colmado de alegría.

Y mientras disfrutaban de una generosa ración de *brownie* con helado de vainilla y salsa de chocolate comentaron las buenas jugadas del niño y sus logros.

El domingo amaneció soleado. Alrededor del mediodía Minerva y Cristian decidieron hacer un picnic en el jardín de la mansión para pasar el día en la naturaleza, junto a Júnior. Se llevaron de la cocina una cesta repleta de comida: sándwiches, aperitivos, zumos, agua y hasta una botella de vino blanco. Júnior estaba emocionado por pasar el día al aire libre e insistió en llevarse una tienda de campaña. «Por si llueve», indicó a sus padres y ellos aceptaron complacerlo. Cargados con cestas, mantas y la pesada tienda de campaña, se dirigieron hacia la zona del bosque situada dentro de la propiedad del futbolista. Habían recorrido tan solo unos cien metros, cuando vieron asomarse por el camino principal un flamante deportivo de color negro. Cristian se paró, achinó los ojos para ver con claridad quien era el inoportuno visitante. El deportivo se acercó a la entrada de la casa con cierta brusquedad y rompió el silencio apacible del domingo con un frenazo seco que hizo las ruedas del coche chirriar.

—Creo que es Neil Fox, mi compañero de equipo —dijo Cristian extrañado, al tiempo que dejaba la pesada cesta y la tienda de campaña en el suelo—. Lo siento, tendremos que regresar.

—Pero, papi —Júnior le envió una mirada reprobatoria—, me prometiste que hoy montaríamos la tienda de campaña y que volaríamos la cometa...

—No te enfades conmigo, yo no lo he invitado —se defendió el futbolista—. Sí ha llegado de improviso en pleno domingo le debe de haber pasado algo importante. Es un compañero y tengo que atenderlo. ¿Lo entiendes?

La expresión enfurruñada de la cara de Júnior fue respuesta suficiente.

—Júnior, lo que tu padre intenta decirte es que no puedes darle la espalda a un amigo, bajo ningún concepto —calmó Minerva los ánimos entre padre e hijo—. No abandonaremos nuestros planes de hoy, solamente los retrasaremos, ¿de

acuerdo? —preguntó con dulzura, al tiempo que dejaba en el suelo la colorida cometa que tenían intención de hacer volar esa misma tarde.

—¡Vale! —accedió Júnior, medio convencido.

Regresaron los tres sobre sus pasos y se acercaron a la casa.

Neil bajó del vehículo y les lanzó un saludo al aire. Cuando llegaron junto a él, dijo con jovialidad:

—¡Hola familia! Perdonad la intromisión un domingo.

—¡Hola! —Cristian le dio la mano, sin poder ocultar del todo el fastidio que le provocaba su inesperada visita—. Nos pillas con un pie fuera de casa... como ves nos íbamos de picnic.

—Lo siento, no quería interrumpiros... —miró a Cristian de un modo incómodo y, a continuación, fijó su vista color cielo en Minerva—: ¡Hola! En realidad... vengo a verte a ti. Anoche en la discoteca tuve un pequeño altercado. Mi médico está fuera de Londres y odio los hospitales. ¿Sería mucha molestia si me echaras un vistazo? Por favor...

La cara de Cristian, pasó de fastidiada a enfadada. Miró a Minerva de un modo molesto como si la culpa de todo aquello fuese de ella. Sabía de primera mano que su novia no sabía decir no. A casi nada.

—Neil, siento que estés enfermo, hombre. —Cristian decidió adelantarse a Minerva para no escuchar de sus labios que iba a atenderlo, así que, sin más añadió—: Como puedes ver estamos en pie de salida y Júnior está impaciente. Si no te importa, vete a alguna clínica privada de guardia, te atenderán mejor.

—Yo opino lo mismo. —Cristian se giró hacia Minerva sorprendido. «Alabado sea Dios», pensó para sus adentros. Minerva había aprendido a negarse. Le entraron unas ganas enormes de abrazarla y achucharla tras escucharla rechazar con educación y diplomacia la petición de su compañero—. No tengo una consulta de verdad en casa, es solo para casos excepcionales.

Además, soy pediatra. Residente.

«¡Toma, toma y toma!», celebró Cristian para sus adentros.

—James, me dijo que el otro día... lo atendiste —insistió Neil con voz apagada, al tiempo que posó sobre Minerva una mirada de cordero degollado—. Solo necesito que mires una cosa, nada más, para saber si es algo serio o no. Mañana me verá mi médico. Por favor.

«¡No, no, no!», gritó Cristian en su mente. Pero se le cayó el alma a los pies al escuchar la rendición de Minerva.

—Cristian, id vosotros antes —sugirió ella, evitando la mirada encendida de su novio—. Le echaré un vistazo y os alcanzaré enseguida.

—¡De ninguna manera! —rehusó Cristian, molesto—. Te acompañaremos.

Las protestas de Júnior los acompañaron todo el tramo hasta la casa. En la segunda planta Minerva tenía habilitada una pequeña consulta con lo indispensable, ya que el goteo de clientes era incesante. Abrió la habitación y encendió la calefacción. Neil entró con cara abatida, tosiendo. Cristian y Júnior se quedaron en la puerta, mirando expectantes.

—Quítate el suéter —le pidió Minerva con tranquilidad, mientras se ponía unos guantes de látex y lo miraba con sumo interés— y cuéntame qué ha pasado.

«Quítate el suéter. ¡Quítate el suéter! ¿Quítate el suéter?». A Cristian le alcanzó una repentina ola de calor y su pulso comenzó a latir con fuerza cuando vio que el joven futbolista, se quitaba el suéter, dejando a relucir unos pectorales bien pronunciados. Neil era un chico joven, de veintidós años, rubio, alto y atlético.

De repente vio como la expresión de la cara de Minerva se volvió preocupada y angustiada. Algo en el pecho de Neil captó su completa atención. Le hizo una señal a Cristian para que alejara a Júnior de la puerta y acto seguido

la cerró para quedarse a solas con el joven futbolista.

Los diez minutos de espera se le hicieron eternos a Cristian. Finalmente, la puerta de la consulta se abrió de par en par y Neil se despidió de Minerva con un efusivo gracias, se montó en su flamante coche y abandonó la propiedad de los Cros. Instantes más tarde Minerva, Cristian y Júnior retomaron el camino hacia el picnic. La interrupción médica fue corta pero intensa y bastó para quitar el buen humor de los tres.

—No sé porque tuviste que atenderlo —le reprochó Cristian, malhumorado—. Que se busquen la vida, esto no es un centro médico.

—No me hables como si la culpa fuese mía —le contestó enojada—. Si no me equivoco Neil Fox es tu amigo, no mío. Uno muy parecido a ti: egocéntrico, lleno de amor propio, que no piensa en los demás. Además, como médico no puedo desatender a un enfermo que acude a mí. Fueron solo cinco minutos de nada, no dejemos que esta pequeña distracción nos ensombrezca el día. ¡Por favor! Además, lo que le pasó fue algo serio, ya te lo contaré.

— ¡Minerva, me ha gustado mucho verte trabajar, ha molado mogollón! — exclamó Júnior, al tiempo que, su mirada grisácea brillaba por la emoción.

—Júnior, eres un auténtico amor —le agradeció ella y le dio un beso en la frente, al tiempo que entraban en un pequeño claro salpicado por unas coloridas flores otoñales y se quedaban asombrados con su belleza.

Júnior salió corriendo para ver si podían acampar en ese hermoso lugar. Cristian lo siguió con la mirada, después dejó la cesta y las mantas en el suelo con gesto enervado. Dirigió su atención hacia su novia y le dijo con desdén:

—Claro, ha molado mogollón verte tocar los pectorales desnudos de otro hombre. Y encerrarte con él dentro de tu consulta. Estoy muy enfadado. Más de lo que quiero admitir.

—Los médicos solemos tocar cuerpos desnudos —contestó ella en un tono

medio divertido, medio irritado—. No podemos consultar por telepatía. ¿No cree, señor enfadado? Y si me encerré fue porque tenía una herida de arma blanca en el pecho. No podía ponerle puntos con Júnior delante.

—¿Herida de arma blanca? ¿Y viene a mi casa!? ¡Dios! No deberías haberlo atendido. Mañana me va a oír este niño.

—Sí, yo pensé lo mismo, pero me dijo que vuestro compañero camerunés, Rayan, sufrió un ataque racista en la discoteca. Neil se ve que lo ayudó y lo rajaron a él también. Por lo visto Rayan le pidió que no fuese a ningún hospital porque tiene la residencia en trámites y un asunto así le mancharía el expediente de extranjería y afectaría a su renovación, con seguridad en el hospital los habrían interrogado sobre el origen de la herida.

La mirada de Cristian se agrandó por la impresión.

—Si Rayan es un trozo de pan. Jamás se mete con nadie. ¿Le ha pasado algo?

—Dijo que nada grave. De todas formas Neil solo tenía un rasguño. Le receté antibiótico y le puse cuatro puntos de grapa.

—¡Menos mal! —resopló aliviado el futbolista, al tiempo que alzaba la vista al cielo e inspiraba una buena porción de oxígeno puro—. Mañana mismo me llevaré al entrenamiento un cartel grande. ¿Sabes lo que pondré?

—Un pase ilimitado a la consulta, ¿tal vez? —Minerva estalló en una repentina risa cristalina.

—¡No, señora! —el rostro de Cristian, se mantenía todavía enfadado, pero sus gestos se suavizaron—. «Mi novia», subrayado y en negrita, «es pediatra. PE-DI-A-TRA. Rogamos, abstenerse mayores de 12 años, no se les atenderá. Id a vuestros médicos, gilipollas».

En ese instante Júnior regresó junto a ellos; llevaba la cara enrojecida por el esfuerzo y un gesto de interrogación dibujado en el rostro.

—¿Es posible que papá haya dicho una palabrota? —preguntó con cara seria—. ¿Esa que... empieza por gi...y lo que sigue?

—¡Nooo! —contestaron, a la vez Cristian y Minerva—. Para nada.

El niño los escaneó con cara incrédula, pero resolvió callarse y pasar por alto el asunto. El tema de Neil ya estaba olvidado. Montaron la tienda de campaña, tendieron una manta sobre el césped, sacaron el almuerzo y disfrutaron de un bonito día en familia. Cuando el viento empezó a soplar montaron la cometa en forma de mariposa y la soltaron al aire. Júnior prendió el hilo con determinación y correteó por el campo, haciendo ondear las alas de la delicada mariposa. Después de correr en círculo, se mareó y el hilo se le escurrió entre los dedos. La gigante mariposa multicolor se alzó volando hacia el cielo. Pronto divisaron solo un punto matizado en el inmenso horizonte.

A la última hora de la tarde recogieron la tienda de campaña y los restos del picnic y regresaron a casa. Tanto Minerva como Cristian quedaron preocupados por el estado de Rayan. El futbolista intentó llamarlo en varias ocasiones, pero tenía el teléfono apagado.

—Puede que esté descansando —dijo Minerva, tras ver la cara preocupada de Cristian—. ¿Quieres que vayamos a su casa? Podría echarle un vistazo general y nos aseguramos de que está bien.

—¿No te importa? —preguntó Cristian.

—Pues claro que no. Sabes que no me hace mucha gracia atender enfermos esporádicos cuando pueden ir perfectamente a un centro de salud o a una clínica, pero esto es un caso especial, Cristian.

Los ojos del futbolista contemplaron con un inmenso amor a su novia.

—Perdona por ser tan gilipollas antes.

—Cuidado con utilizar esa palabra, ya sabes, gi... y lo que sigue.

Los dos estallaron en risa y salieron en dirección a la casa de Rayan.

20

Hacía algún tiempo que las voces que habitaban en la cabeza de Cristian habían desaparecido. Pasaba por un buen momento personal y disfrutaba de una bien merecida etapa de paz mental. No obstante, el día que aparecieron de nuevo no se sorprendió. Sabía que, más tarde o más temprano, regresarían. La voz de su conciencia se presentó en su línea, escupiendo maldad.

—No sé si te diste cuenta, pero Minerva ya no parece la misma.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Cristian, sorprendido.

—A veces, el cansancio no entra por el cuerpo, entra por el corazón.

Aquella reflexión penetró muy hondo en el mundo interior de Cristian y consiguió alterar su paz mental.

—¡Que meditación más profunda! —intervino la voz apaciguadora de la razón—. El corazón de Minerva nunca se cansará de él. Es el amor de su vida.

—Amores más grandes se han roto —insistió, en sus trece, la conciencia—. Yo solo digo lo que veo. Si él no cambia, ella dejará de quererlo.

Cristian dejó de prestar atención a sus amigos imaginarios y acudió al gimnasio para entrenar. Esa semana le esperaba un partido decisivo de Champions y querría estar en plena forma. Encendió la cinta corredora y programó con sumo cuidado los parámetros del aparato. Comenzó a deslizar los pies sobre la plataforma hasta que la velocidad de la misma creció y se vio obligado a avivar el paso. El ritmo cardíaco aumentó y el sudor comenzó a escurrirse por su frente mientras sus piernas y sus brazos se movían sin descanso.

La imagen de Minerva rodó por delante de sus ojos y sonrió al pensar en ella. Después arrugó el entrecejo cuando sobre la imagen de ella se sobrepusieron las

reflexiones de su conciencia. Se inquietó al recordar lo que su psicoanalista le dijo en una ocasión:

—Lo que tú llamas la voz del gusanito, no es más que la voz de tu conciencia. De alguna manera, te comunica cosas que ocurren a tu alrededor y tú no quieres ver. Esto nos ocurre a todos los mortales; en tu caso es más grave porque se manifiesta con voz propia. Pero no te angusties, no es del todo negativo. Imagínate que, en el futuro sucediese algo importante en tu vida y tú no le prestases la atención necesaria. En este caso, se activaría tu mecanismo de autodefensa y esta voz te pondría sobre aviso. Nunca dejes de prestarle atención. Además, tienes mucha suerte, la otra voz que tú llamas benévola, se muestra de una forma muy suave. La mayoría de la gente no tenemos esta suerte.

—¿Me libraré de ellas algún día? —preguntó el joven futbolista, que por aquél entonces solo tenía veintiún años.

—Cuando tu vida alcance un equilibrio perfecto entre todas tus energías y consigas fluir en una línea recta, sin altibajos demasiado evidentes, desaparecerán.

Al recordar aquello Cristian se preocupó.

La aparición de la voz del gusanito podría significar que un asunto importante pasaba por delante de sus ojos y él no lo veía. ¿Y por qué la imagen de Minerva llegaba a su retina asociada a un sentimiento de pérdida?

Ella había llegado a su vida como una suave brisa que te refresca en un caluroso día de verano y su relación había avanzado muy deprisa; se enamoraron el uno del otro sin apenas ser conscientes de ello, se quisieron con mucha intensidad y, finalmente, se separaron en condiciones muy dramáticas. Sufrieron los dos las consecuencias de una ruptura muy dolorosa.

Pero la vida fue generosa con ellos y les ofreció una segunda oportunidad. En un país extranjero, a miles de kilómetros de casa, consiguieron recomponer las piezas de su amor. Decidieron casarse. Él se lo propuso sin apenas meditarlo,

y ella aceptó sin pensarlo. Pero al final los demonios internos de él frenaron el final feliz, y tenía que reconocer que de alguna manera la relación dejó de chispear. Le faltaba brillo. Le sobraban sombras.

Cristian sintió vibrar la desesperación dentro de él cuando un pensamiento aterrador se filtró con fuerza dentro de su cabeza: ¿Se habrá cansado el corazón de ella?

Paró la cinta antes de finalizar el ejercicio y caminó con paso apresurado hacia la piscina interior. Nadar siempre le ayudaba a relajarse. Se sentía al borde de un inmenso precipicio y no lograba advertir el foco de su mal presentimiento. Se quitó el pantalón de chándal y la camiseta, se dio una ducha rápida para quitarse el sudor y se zambulló dentro de la piscina. Nadó dos largos seguidos, se paró y se colocó boca arriba; después, se dejó flotar para vaciar su mente. Tras el esfuerzo inicial su cuerpo se relajó y le permitió disfrutar de unos momentos de paz. Abrió los ojos y se topó de frente con el techo acristalado de la piscina, a través del cual se filtraban con timidez los primeros rayos de sol.

Y mientras estaba sumiso en ese estado de perfecta armonía entre su cuerpo y su mente, decidió que, a partir de ese día haría las cosas de forma diferente. Intuyó que su agitación interior se debía a un miedo feroz a perderla.

Salió con rapidez de la piscina y resbaló en el borde de mármol, a punto de caerse. Recuperó su compostura, se duchó con rapidez y se vistió sin secarse. Como un alma que se lleva el diablo avanzó hacia el dormitorio. Consultó el reloj, era todavía temprano. Entró despacio y su corazón se inundó de felicidad al encontrarla en la cama, tranquila y serena. La contempló un tiempo en silencio, como si la viese por primera vez. Su pelo color trigo se expandía sobre la almohada y enmarcaba su rostro tranquilo, levemente sonrojado. Se dejó caer sobre la cama y abrazó su cuerpo con una necesidad imperiosa. Su boca hambrienta le rozó la mejilla al tiempo que su pelo empapado le salpicó la cara. Ella arrugó el entrecejo y cambió la postura de su cuerpo, protestando:

—¿Por qué estás mojado? —preguntó adormilada, mientras se apartaba de los brazos mojados de Cristian.

—Porque acabo de salir de la piscina —le contestó él con voz cálida, al tiempo que la contemplaba fascinado. Esbozó una generosa sonrisa cuando los párpados de ella se separaron de forma lenta y sus ojos se perdieron en su mirada oscura. Estampó un beso dulce sobre su boca y dijo—: ¡Buenos días, princesa!

—¡Buenos días, sietel! —respondió ella, perezosa—. ¿A qué se debe el honor de este despertar tan particular?

Cristian le apartó un tirante de su camiseta e introdujo su mano debajo del borde de la misma. La piel caliente de Minerva se estremeció bajo su mano fría. Recorrió su piel de forma sensual hasta encontrar su pecho desnudo. Lo rozó con los dedos, después siguió su camino hasta la altura de su cuello. Hundió los dedos con suavidad en el lugar donde sintió el pulso y se acercó con los labios para pegar un pequeño mordisco. Después siguió avanzando hacía su boca y la aplastó con deseo contenido bajo la suya. Se separó de ella unos centímetros y le dijo en voz suave:

—¿Te he dicho hoy que estás preciosa?

El denso silencio de la mañana fue interrumpido por el crujido de las sábanas y el ritmo de sus respiraciones, que se volvía cada vez más intenso.

—No, hoy no. —Respondió ella en un susurro, al tiempo que cerraba los ojos, complacida.

—¿Te he dicho hoy que te amo? —Cristian contempló fascinado la transformación de su rostro, que pasó de sereno y ligeramente sonrosado a brillar con luz propia. Cuando sus miradas se rozaron, una lluvia de estrellas se detonó entre ellos y un fuego latente comenzó a latir en sus respectivas venas.

La voz de ella tembló ligeramente al contestar:

—No, hoy no.

—Minerva Martín, hoy estás preciosa y yo... no me cansaré jamás de amarte.

Al decir esas palabras, Cristian sintió como si un fuerte oleaje lo hubiese arrastrado hacia unas aguas desconocidas. Minerva parpadeó nerviosa, visiblemente sorprendida por la intensidad del momento. Ante el gesto alterado de ella, él añadió:

—Quiero hacerte una pregunta.

Ella le apartó el pelo mojado de la frente y le acarició la mejilla con suma delicadeza. Le sonrió con dulzura, animándolo con la mirada:

—¿Qué te preocupa?

—Quiero saber si tu corazón... se ha cansado de quererme.

La sorpresa cruzó el rostro de ella. Por unos instantes, se quedó callada y se preguntó a que se debía aquel inusual ataque de pánico de él. Cristian casi siempre lo daba todo por hecho y raramente se sentía inseguro. La pregunta cargada de profundidad que acababa de hacerle no era para nada típica de él. Buscó respuestas en sus ojos pero solo halló pasión, deseo y un atisbo de miedo. Se dio cuenta de que necesitaba tener la certeza de su amor para poder calmar su agitado corazón. Una inmensa ternura le atravesó el pecho y supo, sin ningún género de duda que, a partir de ese instante, vibrarían en la misma onda cósmica. Depositó un beso intenso en sus labios y, murmuró con voz apenas audible:

—Cristian, mi corazón jamás se cansará de quererte.

21

En el inmenso estadio de Stamford Bridge no cabía ni un alma más, estaba a rebosar de gente. Tenía capacidad para albergar a más de cuarenta mil personas, pero un enfrentamiento entre el equipo local y el favorito de Europa, el Real Madrid, despertaba muchas pasiones e interés, por lo que hacía semanas que las entradas se habían agotado. La mayoría de los aficionados vestían el color azul real de Chelsea y, entre todos cantaban y ondeaban con orgullo las banderas del club.

¡Ganadores, Ganadores!, se escuchaba a la gente cantar.

Era noche de Champions. El club Chelsea se jugaba el pase a semifinales. El equipo rival era el Real Madrid, lo que suponía una polémica añadida porque el jugador estrella de los locales, el delantero Cristian Cros, había sido por mucho tiempo una estrella blanca.

Minerva admiraba emocionaba aquel glorioso espectáculo, junto a Júnior, cargados de adrenalina. Su mejor amiga, Laura, no sentía demasiado amor por el fútbol, pero Rhett, su novio, era un gran aficionado, por lo que cedió y se instaló en la grada vip para ver el partido. Cristian había congeniado bien con Rhett porque la pasión de ambos, el fútbol, los había unido de inmediato. Cada vez que jugaba un partido importante el delantero les mandaba invitaciones para acudir al estadio. Laura llegó a desear estas invitaciones porque pasaba la tarde con su mejor amiga, al mismo tiempo que veía a Rhett levitar de pura pasión futbolística. Salvo en algunas ocasiones casi siempre acababan cenaban juntos después del encuentro, por lo que los fastidiosos partidos de Cristian se convirtieron en pequeñas alegrías que tanto ella como Rhett esperaban encantados.

Anunciaron por megafonía que el equipo local saldría en los próximos

segundos a calentar y acto seguido los futbolistas del Chelsea salieron al campo. Vestidos con camisetas azules, pantalones y calcetines blancos, entraron a toda velocidad en el terreno y comenzaron a correr de un lado para otro. Los asistentes los vitorearon y se formó un bullicio monumental.

Minerva buscó con gesto preocupado a su amor. Antes de cada partido importante de Cristian se sentía tensionada, y este era sumamente especial porque los dos equipos se jugaban el pase a semifinales. Cristian enfrentaba a una prueba difícil puesto que jugaba contra su equipo del alma: el Real Madrid, el club que lo había llevado a la fama y que le había dado todos los títulos importantes, que había confiado y apostado por él y por su talento. El club de sus años de gloria.

Júnior, tras ver a su padre, indicó emocionado:

—Papá parece serio. Normalmente nos busca con mirada y nos saluda y hoy no levanta la vista del suelo. Espero que marque muchos goles.

—No está serio, cariño —lo tranquilizó Minerva—, está concentrado, ya sabes que el partido de hoy es un tanto especial.

—Tengo una gran duda —anunció Júnior, y se ganó la atención de los mayores de inmediato—. Nosotros vivimos en Londres, pero seguimos siendo españoles, ¿verdad?

—Así es, cariño —Minerva le tomó la mano con ternura y conectó con su mirada—. Vivamos donde vivamos siempre seremos españoles. Es nuestra nacionalidad.

—Entonces, si somos españoles, ¿no deberíamos apoyar al Real Madrid?

—Uf, ¿a quién habrás salido tan preguntón y tan profundo? —Minerva le revolvió el pelo con la mano mientras buscaba las palabras adecuadas para saciar la curiosidad del niño—. Mira, antes de la nacionalidad está la familia así que nosotros debemos de apoyar el equipo de tu padre. No siempre es fácil, hasta él

tendrá sus propios momentos de debilidad, pero pertenece al club inglés y tiene que luchar junto a ellos para ganar. En resumen, aunque nos duela, hoy apoyaremos a los ingleses.

—Claro, ya lo entiendo, queremos ganar, pero sin hacer mucho daño al otro equipo... —meditó un segundo y su mirada se iluminó—. ¡Ya sé! Es muy fácil, podrían quedar en empate.

Minerva le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Mi chico hermoso. Siempre tan bueno y tan considerado.

—No puede haber empate, Júnior —intervino Rhett en la conversación—. Uno de los dos equipos tiene que pasar a la próxima fase, es solo un juego, no te angusties.

El árbitro pitó el comienzo del partido y en la primera jugada Cristian corrió tras el balón hasta llegar a la mitad contraria. Un jugador del equipo español se apeó para robarle la pelota y lo golpeó el talón, en una falta clara. Cristian intentó mantener el equilibrio, pero resbaló y rodó sobre el césped con gesto de dolor. Minerva se puso de pie, sintiendo su dolor clavarse en su propia carne. Cerró los ojos, angustiada, puesto que pasaron varios segundos y Cristian no se recuperaba ni se levantaba del césped.

Rhett subió a Júnior sobre sus rodillas, para distraerlo hábilmente y no viera a su padre sufrir. Laura, a su vez, le dio conversación a Minerva.

—Deja de preocuparte por tu grandullón, está fuerte como un toro, no le pasará nada.

—Lo sé. —Minerva se esforzó por apartar la vista del campo—. No lo puedo evitar, lo paso fatal cuando lo veo así. Es una sensación tan rara... te juro que su dolor llega a mí, pero no en sentido figurado, me duele de verdad.

—¿Ves por qué no me gusta el fútbol? —Laura recorrió con la vista el campo y prosiguió con su teoría—. No le encuentro el sentido. No, rectifico, no

es que no lo encuentre, directamente no lo tiene. Fíjate, sueltan a veintidós hombres bien entrenados al campo y les hacen corretear noventa minutos detrás de una pelota con la adrenalina y las hormonas por las nubes. Es normal que se lesionen unos a otros. ¿Qué otra cosa pueden hacer si no?

—¡Qué tonta eres! —exclamó Minerva divertida ante la simple ecuación de Laura—. Yo pensaba igual que tú cuando asistí al primer partido, lo pasé fatal. Ya te lo contaré algún día. No me enterraba de nada. Se echaban todos las manos en las cabezas y gritaban, «fuera de juego», ¡y yo agudizaba la vista y todos mis sentidos y no veía nada raro! Sin embargo, ahora es distinto. Me emociona el juego y me emociona... él.

—Ya, es para emocionarse, jolines, tu chico es pura pasión.

—Me gusta verlo luchar, y cuando hace jugadas inteligentes, ya ni te cuento. Me dan ganas de bajar al campo para comerlo a besos.

—Y en la intimidad de vuestro humilde hogar, ¿cómo va lo vuestro? —preguntó Laura con interés—. Estás resplandeciente, se te ve contenta y feliz.

El partido se reanudó y Cristian se levantó sin esfuerzo del suelo. Minerva se relajó y desvió la atención del campo hacia su amiga.

—Lo nuestro va... en su línea. —Las dos amigas estallaron en risa—. Ahora está empeñado hasta la medula en adelantar la boda para dentro de un mes. Así que... este hombre me tiene muy desconcertada. Un día retrasa la boda porque una voz que le habla se lo impide, otro día la adelanta porque la misma voz se lo recomienda. No sé adónde me llevará, pero sea donde sea iré con él.

—¿Os vais a casar dentro de un mes? —Laura se escandalizó y su gesto relajado, de tan solo unos segundos atrás, se crispó—. ¡Este hombre está loco! ¿No sabe que necesitamos vestidos? ¡¿Cómo conseguiremos estar más o menos decentes en un mes?!

Minerva rio despreocupada.

—Te lo iba a contar estos días. La boda se celebrará el uno de marzo en España. Así que hay que preparar vestido de primavera, en esa época tendremos una temperatura agradable.

—¿La boda se hará en España? —parpadeó Laura, incrédula—. ¿Y por qué no me has dicho nada? Estás estresando a la niña, que conste.

—Porque lo acabamos de decidir. El veintiocho de febrero tiene partido con el equipo nacional de España y todos sus amigos más íntimos estarán presentes. Aprovecharemos que están todos reunidos y nos casaremos dos días más tarde. Y deja de preocuparte, a la niña no hay que vestirla.

—¡Rhett! El mes que viene iremos a España. Minerva y Cristian se van a casar allí.

Rhett se alegró y le dio la enhorabuena. Laura la abrazó con cariño.

—Espero que seas muy feliz. Aunque ese trasto —dijo, y señaló con el dedo hacía el campo—, no me cae muy bien.

Dejaron de hablar puesto que el árbitro pitó una falta a favor de Chelsea. Un cordón de jugadores del Real Madrid se juntaron delante de la portería. Cristian se preparó para lanzar la pelota. El público enmudeció. Concentración total. Cristian dio un par de pasos hacia atrás. Se paró y buscó con la mirada un hueco por donde atravesar el muro humano. No parecía haber ninguno. Comenzó a correr y empujó la pelota con la parte lateral de su bota. Esta salió disparada y se coló entre dos jugadores que saltaron a la vez para atraparla. Segundos después el portero quedó abatido y la pelota descansaba feliz dentro de la portería. Aquel simple gesto desató la locura general. Él publicó recobró la voz y gritó el nombre de Cristian. Miles de personas saltaron de sus asientos como si fuesen empujados por un resorte colectivo y se abrazaban entre ellas. Emoción en estado puro. Felicidad instantánea.

Sobre el césped los jugadores hacían más de lo mismo, se abrazaban y

saltaban unos sobre otros hasta formar un montón humano en el suelo. Cuando Cristian se libró de los abrazos de sus compañeros, dirigió hacia Minerva y Júnior un gesto en forma de corazón. Aquello significaba que les dedicaba el gol. Las cámaras enfocaron el gesto, y en la gran pantalla apareció el rostro complacido de ella y la alegría de Júnior.

Instantes después el presentador anunció por los altavoces que el jugador con el número siete, Cristian Cros había abierto el marcador. La locura se desató de nuevo y Minerva sintió su corazón rebosar de felicidad y orgullo.

Júnior se visualizó a sí mismo jugando en el equipo del Real Madrid algún día y se preguntó de qué parte estaría María. Los mayores le habían dicho que primero era la familia y, después la nacionalidad, pero claro, Júnior y María ni eran familia, ni compartían nacionalidad.

22

En la cárcel el miércoles era considerado un día especial. En plena temporada se celebraban partidos importantes de fútbol y después de cenar los presos se reunían en la sala de la televisión y, por unas horas, se olvidaban de sus penas y preocupaciones. No se acordaban de que se encontraban encerrados, solos y frustrados, sino que disfrutaban comentando las jugadas, insultaban e increpaban como cualquier otra persona que pudiera estar sentada en el salón de su casa.

Cuando se enfrentaban dos equipos españoles se desataban peleas y discusiones y se formaban dos bloques; cada uno animaba como mejor sabía a su equipo favorito. Cuando se enfrentaba un equipo español a otro de fuera, los presos se juntaban en un solo bloque, animando entre todos al equipo nacional. Ese, era sin duda, el día favorito de la mayoría de ellos: luchaban codo a codo contra el mismo enemigo. Formaban, por un breve periodo de tiempo, una gran familia.

Antes de comenzar el partido de ese día, los presos evaluaron las opciones y coincidieron en que el Real Madrid tenía complicada la victoria. Jugaban fuera de casa y necesitaban marcar, puesto que en casa el partido había finalizado en un triste empate. Pero confiaban en la remontada. El Real Madrid era un equipo de muchos recursos que se crecía ante la adversidad.

Cuando el árbitro acordó un lanzamiento de falta en favor del equipo inglés, muy cerca de la portería del equipo español, los presos lo increparon con duras palabras. Tras ver que el encargado de lanzarla era español y ex jugador del Madrid, cambiaron el foco del enfado hacía el jugador.

Presenciaron el momento con los nervios tensados al máximo y soltaron lamentos y sonidos de rabia al ver la pelota descansar dentro de la portería. Juan

sintió aquello como una ofensa. No le importaba el fútbol, es más, no le gustaba el fútbol. En su opinión era un deporte de masas para gente de bajo nivel. Pero para él el asunto Cros era una cuestión personal y no era nada agradable ver a su enemigo triunfar. De repente, el foco del objetivo se fijó en la novia y el hijo del futbolista. Una cámara captó de cerca el rostro de Minerva. Estaba sonriente y levantaba, junto a niño, los dedos en alto en señal de victoria. Juan pensó que con ese gesto cometía una doble traición: en contra de él y en contra de su país.

Los presos silbaron al ver a la novia del futbolista en la pantalla. La voz del compañero de celda de Juan consiguió elevarse por encima de los pitos y captó la atención de la sala:

—Juan, ¡mira! es tu novia. Es ella.

Los presos escucharon sorprendidos y estallaron en una sonora carcajada general. Juan se quedó lívido, la rabia y la humillación lo reconcomían. Querría abrir un agujero debajo de su silla y desaparecer. ¿Por qué se reían esos estúpidos? ¿Dónde estaba la gracia?

Estiró de la manga a su compañero de celda en un intento de hacerle callar. Este comprendió mal el mensaje y continuó informando a la multitud.

—¿De qué os reís? —preguntó enfadado—. Esta chica es la novia de Juan. De verdad. Tiene una foto con ella en la celda. Se llama Minerva.

—¡Sí, hombre! —soltó un preso, ahogado por la risa—. El chino se cree las locuras del loquero. Menuda pareja. A saber, lo que le está contando.

Otra carcajada general inundó la sala.

—Esperad un momento —apuntó un hombre con aspecto enfermizo—. Hay algo de razón en lo que dice el chino. El loquero fue su novio antes. Lo he leído en la prensa. Ella lo dejó y se fue con el futbolista. Y nuestro compañero, ni corto, ni perezoso le disparó. Por esa razón está en la cárcel.

Las risas y las burlas desaparecieron, sustituidas por un silencio de

admiración hacia Juan.

—¡Bien hecho, hombre! —apuntó uno de ellos—. Estos futbolistas tienen pasta y las mujeres van detrás de ellos como moscas que persiguen la miel. Son unas zorras. Y claro que sí, hay que ponerlas en su lugar.

—Tuviste valor y los huevos bien puestos —intervino otro preso, mayor—. Pero si quieres un consejo de alguien que la fastidió toda su vida, préstame atención. No puedes competir con este tío. Nadie puede. ¡Nadie! ¿Lo comprendes? No arruines tu vida por algo que es imposible. Deja de considerarla tuya. Se fue. Déjala ir. Es el primer paso, acepta la situación. El resto vendrá después.

—¡Nadie comprende lo nuestro! —soltó Juan, enfadado, mientras abandonaba su silla con gesto nervioso—. Además, yo no le disparé, soy inocente.

Los presos rieron con ganas y una voz se impuso sobre el:

—Hombre, aquí no tienes necesidad de fingir. Estás entre amigos. Claro que eres inocente. Todos lo somos. Todos, sin excepción. ¡Vamos, faltaría más!

Las carcajadas continuaron como las olas implacables del mar en plena tormenta. Juan abandonó la sala de la televisión sin esperar el final del partido. De regreso en su celda sacó de debajo de su almohada la revista *Hola* y contempló la portada arrugada. La mirada verde tormenta de Minerva lo miraba fijamente. Sus labios entreabiertos sonreían para él. Paseó sus dedos sobre aquel rostro y se estremeció. Hubo un tiempo en el cual había podido acariciar esa piel. Y besar esos succulentos labios. Y poseer a esa mujer. Pero de pronto la magia se se había roto y todo se torció. Minerva ya no era nada suyo. Su historia pertenecía al pasado. Juan comprendió con amargura que las palabras que le había dicho esa noche su compañero eran ciertas.

«No puedes competir con él, nadie puede.»

Perdedor.

Y en ese momento, solo en la fría celda, Juan contempló por primera vez la posibilidad de dejarla ir. Ella ya no era suya. El juego había terminado.

«Minerva no es tu novia. Minerva no es tu novia», se repitió sin descanso.

La había perdido a ella y había perdido a Lufer. ¿Merecía la pena seguir adelante?

¿Era Juan culpable de su desgracia?, ¿o solo era un tipo con mala suerte?

Dejó la rabia salir de su cuerpo en forma de lágrimas saladas, hasta que, por puro agotamiento, se quedó dormido.

Dos horas después su compañero de celda regresó. Lo vio dormido con la foto de la chica en la mano. Se preguntó desconcertado: «¿Al final la chica era o no era la novia de Juan?». Los españoles eran difíciles de entender.

La finca elegida para el enlace de Minerva y Cristian era espectacular. Una fila interminable de coches llevaba a los invitados por un camino flanqueado de palmeras que ondeaban sus ramas bajo la suave brisa primaveral. Unos jardines verdes, interminables, rodeados por árboles frondosos se extendían alrededor. La entrada al banquete estaba formada por una pared de piedra, color gris acero, a través de la cual se escurría una sonora cascada. La ceremonia civil se realizaba al aire libre. Las sillas, envueltas en satén blanco, formaban filas ordenadas, hasta el semicírculo central, cubierto por orquídeas blancas. Los naranjos ornamentales ofrecían un espectáculo de color y envolvían la atmosfera en un aroma entrañable, compitiendo en belleza con las delicadas orquídeas.

Los hombres iban vestidos, en su mayoría, de riguroso esmoquin oscuro, dejaban todo el protagonismo para los coloridos vestidos de sus flamantes acompañantes. Laura, desde su silla, se dejó atrapar por las telas y los modelos que no paraban de desfilarse delante de ella. Levantó la vista y al toparse con el cielo azul, limpio y resplandeciente pensó que era difícil de creer que el mismo cielo regentara todo el planeta. ¿Cómo era posible que en España reinase un cielo tan diferente? Minerva tenía razón al añorar aquello.

Para la ocasión Laura había elegido un vestido azul perla, con un pronunciado escote que dejaba todo el protagonismo a sus grandes pechos. Con el embarazo se le habían agrandado y lucían turgentes bajo la fina tela de su vestido. Era el regalo de su hija: pechos grandes y pesados. Y como era una temporada pasajera, Laura los disfrutaba al máximo. Estaba tan orgullosa de sus nuevos pechos que no llevaba ningún adorno típico de bodas para no ensombrecerlos. Su pelo, sujeto en un moño bajo, le dejaba la cara descubierta para dejar protagonismo a su cuello esbelto, que se juntaba con delicadeza con

sus hombros redondos.

A su lado se encontraba Rhett, quién seguía la línea de los hombres, enfundado en un esmoquin negro, combinado con camisa y pajarita blanca. Al encontrar su mirada esbozó una amplia sonrisa. Estaba relajado y feliz. Desde que las sombras que planeaban sobre su relación se disiparon vivían en un estado de continua placidez. Y la niña que estaba en camino era la guinda del pastel. Aunque no estaba confirmado todavía que fuera una niña.

—Estás preciosa hoy. —Rhett se sentó junto a ella y la miró fascinado—. Este país es mágico. Aquí todo parece alegría y serenidad.

—¡Me encanta!, ¡mira el cielo! —le pidió ella, maravillada, levantaron la vista y se dejaron atrapar por el inmenso azul—. Es el primer día desde que estoy embarazada que no he vomitado al despertarme. Hasta la niña está encantada y me deja tranquila.

—¿Y qué me dices del clima? Es uno de marzo y parece pleno verano londinense. ¡Veintitrés grados! —exclamó Rhett asombrado.

—Es un día precioso, no sé si me gusta más el azul de arriba, el verde de alrededor o la radiante luz que parece brillar por todas partes. ¡Tanto color! —suspiró Laura de puro gozo.

—Existe algo que me gusta más que todo esto.

—¿Qué es? —se interesó ella.

—Tus ojos. —La mirada serena de Rhett se perdió en su intensidad azul—. Parece que todo el resplandor del mar se ha unido para habitar dentro de ellos. No me cansaré jamás de mirarlos.

Ella se removió complacida en la silla. Rhett rebuscó en su bolsillo y sacó una caja azul, desgastada.

—Tengo un regalo para ti —anunció complacido.

Ella aplaudió contenta. Acortó la distancia entre ellos y le dio un beso

sonoro en los labios.

—Me gustan los regalos. ¿Qué es?

Él abrió la caja y descubrió unos destellos azules.

—Son unos diamantes muy antiguos, pertenecen a mi familia desde hace generaciones. La particularidad es que tienen un leve tono azul único en el mundo. Dice mi abuela, que fue la última dueña del collar, que estas piedras traen paz interior a quien las llevan puestas.

Y dicho esto, Rhett tomó los laterales del collar y lo colocó sobre su escote desnudo, alrededor de su cuello. La piel suave de ella se estremeció bajo el tacto frío de los diamantes. Él cerró el trinquete de la parte trasera con mano firme. Después cubrió las piedras con su mano y mientras depositaba un beso en su cuello le susurró:

—Quiero ver tus ojos siempre como están ahora, resplandecientes y templados. Tú eres mi felicidad. Tú lo eres todo para mí.

Laura intentó disimular la emoción, pero las hormonas fueron más fuertes que su voluntad. Sin poder remediarlo, comenzaron a pasearse por su rostro a unas cuantas lágrimas de felicidad.

—No llores. —Rhett sacó un pañuelo de seda del bolsillo y le limpió la cara con delicadeza. Sé que son las hormonas, que hacen contigo lo que les dan la gana.

Momentos después los invitados comenzaron a moverse inquietos en sus asientos. Siguieron la trayectoria de sus miradas y vieron que se acercaba el novio. Puntual como un reloj suizo, justamente a las doce de la mañana, Cristian Cros caminaba con paso decidido hacía el semicírculo envuelto en hiedra y orquídeas blancas. A su lado, colgada del brazo, caminaba María, su madre: una mujer morena, todavía vivaz, que sonreía orgullosa.

Cristian vestía esmoquin negro, camisa blanca impecable y chaleco gris perla

a juego con la pajarita. Detrás de él caminaba su copia en miniatura, su hijo Júnior. Iba vestido igual que su padre y peinado de la misma manera y llevaba con orgullo la caja de los anillos.

Laura tuvo que admitir que, bajo aquel esplendido sol Cristian Cros tenía una apariencia perfecta. Mientras esperaban a la novia Laura contemplaba el nerviosismo del flamante novio.

Se acercó a Rhett y le dijo divertida:

—Cristian parece muerto de miedo. A saber, qué le dirán el gusanito y la benévola en este mismo instante.

Júnior se separó de su padre y se encaminó hacia ellos. Laura abrió los brazos y le dio un alegre recibimiento:

—¡Pero qué requeteguapo estás! Vas a romper miles de corazones.

—Gracias, Laura —dijo el niño con timidez—. Solo venía a decirles que soy el custodio de los anillos —su mirada brilló orgullosa.

—Es una responsabilidad muy grande —apuntó Rhett con fingida seriedad.

—Ya lo creo —sonrió Júnior complacido, al tiempo que abría la tapa de la caja para dejarlos admirar los anillos de los futuros señores Cros. Después la cerró y la metió en el bolsillo de su chaleco. Se despidió de ellos y salió corriendo en dirección a su padre.

Diez minutos más tarde apareció la novia.

24

Minerva caminaba junto a su hermano con paso titubeante, intentando no pisar los bordes de encaje de su vestido. Dejó de prestar atención a los cientos de pares de ojos que se clavaban en ella y se concentró en realizar un acto tan sencillo y mecánico como caminar.

Apretó los dedos alrededor del brazo de su hermano e inspiró una generosa porción de aire. David no era precisamente un hombre de hierro, pero se esforzó en mantener el tipo y con una sonrisa comprensiva la animó a seguir adelante.

El vestido de Rosa Clará, de corte romántico y varias capas de tul y seda sobrepuestas, era espectacular, pero muy difícil de llevar. La parte de arriba estaba formada por un corsé que prácticamente no le dejaba respirar y se juntaba con las volandas de la parte baja para acabar en una cola de dos metros. El velo largo, bordado a mano, se prolongaba hasta el suelo, donde se juntaba con la cola del vestido y formaba un juego de telas espectacular. El pelo, recogido en un moño romántico, amenazaba con soltarse a cada paso que daba.

Levantó la vista y comprobó que solo faltaban unos pocos pasos para llegar a su meta: Cristian. Le costaba creer que hubiesen dado el paso y se fuesen a casar. Una cascada de emociones se desató en su interior: alegría, felicidad, temor, esperanza. En unos minutos se convertiría en una de las mujeres más envidiadas del planeta. La esposa de Cristian Cros. Llevaban tiempo planificándolo y una vez pasados los nervios iniciales, los dos estuvieron de acuerdo en que el matrimonio no era más que un papel que formalizaba su relación. Sin embargo, al caminar vestida de blanco hacia él Minerva comprendió que no era así. Casarse con el hombre amado significaba entregarse a él en cuerpo y alma, compartir lo bueno y malo de cada día, idear un sueño

común y, en la medida de lo posible, cumplirlo. ¿Sería ella capaz de hacerlo feliz?

Mientras aquella pregunta retumbaba en su mente, posó la vista sobre el hombre de su vida. Lucía espectacular y por su postura rígida intuyó que estaba igual de tensionado que ella. Cristian le mostró una sonrisa que solo era para ella y todos los males del universo se disiparon. Se sintió fortalecida y muy segura de lo que estaba haciendo. Dejó de contar los pasos y siguió el brillo de felicidad que destellaba con fuerza en la mirada de su futuro marido y llegó sana y salva a la meta.

Cristian le tendió la mano y al sentir su piel cálida consiguió tranquilizarse. Mientras esperaban el comienzo de la ceremonia él se acercó a su cuello y le dijo en voz baja:

—Pareces una princesa de cuento. No tengo palabras. Hasta el gusanito está impresionado.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Tú tampoco estás nada mal.

—¿Solo eso? —preguntó, fingiendo estar malhumorado—. ¿Qué fue de la frase «estás espectacular, cariño»? No sabes la de cantidad de esmóquines que me probé para dar con el acertado.

—Me parece que hoy tu ego tendrá que ser paciente. —Una mezcla de ironía y fingida presunción se coló en la voz de ella—. La novia es la protagonista. Además, tú siempre estás como un tren. ¿Qué tal ahora?

—Mucho mejor —su gesto se suavizó y le guiñó el ojo.

El funcionario del registro civil ofició la ceremonia, donde no faltaron las bromas y el buen humor. Tras ser superados los nervios del principio, los novios se relajaron y dieron un «sí, quiero» sonoro y claro.

La anécdota de la boda la protagonizó, muy a su pesar, Júnior. Se tomó muy en serio su rol de custodio de los anillos e introdujo la caja en el diminuto

bolsillo de su chaleco. Y cuando todas las miradas se posaron en él para entregarlos, la caja se resistió a salir. El niño se ruborizó a punto de estallar en llanto. La abuela María acudió en su ayuda y, con la ayuda de unas tijeras, liberó los anillos. Júnior y el resto de los asistentes resoplaron aliviados.

A petición de la novia los anillos fueron grabados en la parte interior con la dedicatoria «Hoy, Mañana y Siempre».

La ceremonia finalizó con un beso apasionado entre los dos protagonistas. Cristian le apartó el velo y tomó su cara entre las manos. Bajó levemente la cabeza hasta que sus labios estuvieron a la misma altura. Sin prisa, se acercó a su boca y, bajó una lluvia de arroz, experimentaron el primer beso de casados.

Abrazaron después a Júnior, quién intentó, sin éxito, acercarse a la novia a través del voluminoso vestido. Los invitados felicitaron a la pareja, mientras una ruidosa mascletà atravesó el silencio de la mañana y llenó de pólvora y buena disposición a todos los invitados.

Cristian capturó la mano de su mujer y le dio un leve apretón cargado de entendimiento mutuo. Lo habían conseguido. Se habían convertido en marido y mujer. Caminaron eufóricos hacía la sala del banquete y, entre aplausos y los acordes suaves de Yiruma, el músico favorito de ella, hicieron su aparición delante de los invitados.

*«La vida fue como una noche sin luna
envuelta por las estrellas
La belleza puede ser como un miedo
pero ahora tú estás en mis brazos».*

—¿Lista para nuestro primer baile de casados? —le preguntó él, mientras la conocida canción *River flows in you* sonaba de fondo.

Minerva no era una gran bailarina, de hecho, había bailado como cuatro veces a lo largo de su vida, pero habían ensayado varias veces el baile y pensó

que podría sacarlo adelante.

—¡Lista! —asintió sonriente, presa de un entusiasmo que realmente no sentía, y se dejó conducir por él a la pista de baile. Momentos después Cristian posó la mano en su cintura y la sujetó con firmeza. Dio los primeros pasos y esperó paciente a que se acoplase a él. Una vez que sus cuerpos se movieron en armonía ella se dejó llevar por sus movimientos seguros. Sus miradas se encontraron y sus cuerpos comenzaron a arder bajo las fuertes emociones que se desataron dentro de los dos. Los invitados desaparecieron junto al convite y al resto de responsabilidades, y solo quedaron ellos, envueltos en la magia del momento. Una avalancha de aplausos los despertó de su particular sueño. Comprendieron que la canción había finalizado y, con pesar, separaron sus cuerpos y se unieron a la fiesta.

Momentos después la novia y su mejor amiga se fundieron en un sentido abrazo.

—¡Qué seas muy feliz! Si alguien en este mundo lo merece eres tú —dijo Laura, emocionada.

—Lo seré —un resplandor apareció en el rostro de Minerva—. Gracias por estar conmigo en este día tan especial. Gracias a los dos.

Estallaron en risa y, tras ver que la mirada de Laura brillaba bajo la amenaza de unas lágrimas hormonales, Minerva la arropó, afectuosa, con sus brazos.

—No te pongas a llorar ahora, de lo contrario lloraré yo también.

—No voy a llorar —Laura rio entre lágrimas—. El vestido es fantástico y... tus ojos... emanas tanta luz.

—Estoy contentísima y feliz. Fue una ceremonia preciosa y siento que mis pies no tocan el suelo. En cuanto al vestido...—bajó la mirada hacia la voluminosa falda, exhaló un suspiro y acarició con delicadeza un volante de seda—. Es muy difícil de llevar, el corsé no me deja respirar y las piernas se me

enredan bajó los metros de tela y encaje. Eso sí, queda precioso en las fotos. Y al parecer eso es lo más importante. Susana está radiante, no para de levantarme el dedo en alto.

Estallaron las dos en una sonora carcajada al tiempo que se daban un sentido abrazo.

—La belleza tiene su precioso, elegiste como marido a una estrella mundial, no a un mortal cualquiera —Laura le guiñó el ojo con picardía—. Lo siento cariño. Y no te quejes en voz alta, de lo contrario a Rosa Clará le dará un ataque.

Minerva soltó otra carcajada y consiguió olvidarse de su apretado corsé.

25

Cristian pulsó el botón del ascensor y este comenzó a elevarse. Se desató la corbata y con gestos lentos se la quitó y la tiró al suelo. Miró a su recién estrenada mujer, envuelta en metros de tul y seda blanca, y le preguntó con picardía:

—¿Sigo?

—¡Por favor! —lo animó ella con la mirada encendida.

Cristian sonrió complacido y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa dejando entrever sus trabajados pectorales. Minerva entró en su juego, deslizó la mano a través de la obertura de la camisa y perfiló su torso desnudo con las yemas de los dedos. Él atrapó su mano justo a la altura del pecho. El corazón le bombeaba con fuerza, haciéndose oír en el silencio del ascensor.

—¿Lo oyes? —preguntó él emocionado, al tiempo que sus miradas se rozaban con anhelo.

Ella asintió y redirigió sus manos entrelazadas hacia ella y las colocó encima de su propio pecho, a la altura del corazón. Su órgano muscular pareció sentir que se había convertido en protagonista y retumbó dentro de ella. Minerva hizo una respiración temblorosa y se volvió a preguntar si el corazón era solo un músculo atravesado por arterias o había algo más.

El ascensor se paró con un golpe seco y emitió unos sonidos extraños. La magia del momento desapareció y los dos sonrieron aturdidos. Cristian se agachó y recogió su corbata y su esmoquin del suelo. Minerva levantó los pliegues de su voluminoso vestido y se encaminó hacia la suite que tenían reservada. Mientras sus altos tacones se hundían en la gruesa alfombra del pasillo sintió una espectacular energía rodear su cuerpo encendido.

Segundos después se pararon delante de la suite nupcial que el complejo hostelero había puesto a su disposición. Cristian rebuscó en el bolsillo de su chaqué y sacó la tarjeta de acceso. Al introducirla en la ranura de la puerta esta se abrió con un clic sonoro. Después se agachó y apartó con la mano las capas de seda del vestido, que no dejaba de enredarse alrededor de su brazo.

—Entre tanto bordado y encaje no daré contigo —rió él de buen humor cuando consiguió levantarla en brazos—. ¿Un deseo, señora Cros, antes de cruzar el umbral como mujer casada?

Ella rio encantada y dejó la cabeza caer sobre su hombro. El romántico moño cedió bajo el movimiento y una cascada de mechones rubios y cobrizos se derramaron sobre el pecho de él.

—Deseo que nuestros corazones jamás se cansen de amarse —pidió ella en voz baja.

—Me parece un deseo precioso —la voz de Cristian tembló levemente. Tensó los brazos alrededor de su cintura y capturó sus labios en un beso intenso y necesitado.

Después, cerró la puerta con la punta del pie y dejó a la novia en el suelo. Encendió la luz y una habitación majestuosa, decorada completamente de blanco les dio la bienvenida. Una cama enorme cubierta de pétalos de naranjo los invitó a tumbarse sobre ella.

Minerva se quitó los zapatos con un jadeo de alivio. Diez centímetros de tacón daban para mucho sufrimiento. Cristian se quitó la camisa abierta y su torso tonificado quedó como único protagonista. Se dejó caer sobre la cama, que se movió bajo su peso. Acomodó un par de almohadas bajo sus hombros y colocó los brazos debajo de su cabeza.

—¡Te toca! —la animó con la mirada.

Ella enarcó una ceja y se ruborizó un poco. Un fuego latente comenzó a

arder bajo su piel y su mirada brillaba como el acero. Se quitó primero el velo, para dejar al descubierto sus hombros redondos y se atusó el pelo. Después, con gestos lentos, luchó por desatar los lazos de su corsé, pero solo consiguió aflojarlos. Liberó la tela hasta la altura de sus pechos. Cristian contempló fascinado el espectáculo que tenía delante solo para él. Un delicioso rubor se apoderó de las mejillas de Minerva cuando la mirada intensa y hambrienta de él atrapó la suya. Se acercó a la cama y dijo con voz dulce y seductora:

—Me temo que mi momento de mujer fatal ha terminado antes de empezar. No hay manera de deshacerme del corsé —mostró una arrebatadora sonrisa—. Tendrás que hacer los honores tú mismo.

—Será un placer, señora Cros. Lo haré tan despacio y con tanta delicadeza que suplicarás clemencia.

—Hm, no sueña nada mal. Esta noche nos tiene que valer de recuerdo, así que tiene que ser especial. ¿Brindamos?

Se acercó a la cubitera, apartó los cubos relucientes de hielo y extrajo la botella de champán. Llenó dos vasos con el líquido chispeante y se acercó a la cama. Se tumbó al lado de él y le ofreció una copa. Brindaron sin decir nada. Solo él, ella y el lenguaje de sus cuerpos que vibraban por la expectación.

—¿No brindamos? —preguntó ella.

—Estoy tan feliz que no me queda nada por desear. Solo sentirme así siempre. ¡Por nosotros!

Cristian tomó un sorbo de champán y se acercó a su boca. Ella entreabrió sus labios dejándose invadir. Sintió primero su respiración caliente y después el champán frío inundó su boca. La agitaron oleadas de placer cuando los labios de su marido aplastaron los suyos y experimentaron el primer beso de casados a solas: dulce, pasional y ardiente. Un pequeño mordisco finalizó el beso y Cristian le dijo en voz baja y tono suave:

—Champán con sabor a Minerva, hacía tiempo que no lo probaba.

—Desde que estuvimos en Grecia —Minerva se acurrucó mimosa contra su pecho y él la estrechó.

—Iba a ser una sorpresa, pero no me aguanto más. —Ante la mirada expectante de ella, continuó con una sonrisa de oreja a oreja—: Iremos cinco días a la isla. Está todo dispuesto.

Ella lanzó un grito ilusionado. Él la abrazó fuertemente y recibió agradecido la lluvia de besos que cayó sobre su cara.

—Te amo, señor Cros.

—¿Señora Cros? —enarcó él una ceja con fingida ironía—. Agradezco sus muestras de agradecimiento, pero no son necesarias, ¿Qué marido cree que soy?

La lluvia de besos volvía a caer sobre él entre risas y gestos cargados de pasión. Dejaron las copas sobre la mesa y liberaron el cuerpo de Minerva de las garras de su voluminoso vestido. Cristian hundió los dedos en su larga melena y estiró con suavidad de sus mechones que olían a almendras y flor de naranjo. Después le acarició el cuello, recorrió con las yemas de sus dedos la línea de sus pechos, al tiempo que encendía la sangre de ella con sus besos. La tomó en brazos y la depositó sobre la cama. Aplastó su cuerpo bajo el suyo y ella gimió de placer con el íntimo contacto.

—No puedo esperar más —susurró él preso de una violenta excitación al tiempo que posaba sobre ella una mirada intensa, color carbón oscuro.

—No quiero que esperes más —la voz de Minerva salió temblorosa y su cuerpo entero anheló con todas sus fuerzas sentirlo dentro de ella.

Cristian la penetró necesitado y unas movedizas olas lo agitaron de placer al encontrarla lista y caliente.

Julio 2018

A pesar de ser una mañana sofocante Minerva sentía frío. Rebuscó en su bolso de mano y sacó un sobre de pequeñas dimensiones. Rasgó el papel con gesto trémulo y vertió el polvo blanco dentro del vasito de plástico que tenía delante. Acto seguido lo llenó de agua y lo agitó con fervor. Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo largo. Hizo una mueca desagradable y volvió a tomar otro. Miró con impaciencia el reloj. Faltaban veinte minutos para las once, hora de comienzo del juicio. Cerró los ojos con fuerza y un dolor sordo se alojó entre sus costillas. El mismo que había sentido cuando la bala atravesó su piel y penetró su cuerpo. Despegó los párpados y la figura difuminada de Cristian apareció delante de ella. Llevaba en la mano una bandeja con cruasanes recién hechos. El olor dulzón llegó hasta a ella y le entraron ganas de vomitar.

—Hey, ¿qué te pasa? —el futbolista se agachó delante de ella y estudió su rostro con preocupación—. No permitas que esto te afecte, por favor. Hemos pedido al juez que declares detrás de un biombo, no tendrás que verle la cara. Pasará todo muy rápido. Te lo prometo.

Ella asintió al borde de las lágrimas. Cristian le acarició la mejilla con suma delicadeza y fue a tomar asiento a su lado. Le ofreció un cruasán y, ante su rechazo, los apartó.

—Maldito loco, tengo ganas de bajar a los calabozos para darle una bien merecida lección —estalló él colérico—. Verte así me parte el corazón.

Minerva se limpió una lágrima con una servilleta de papel que encontró sobre la mesa y no pudo esconder el temblor que se apoderó de sus manos.

—Por favor, no te derrumbes, ni le dejes entrar en tu mente —Cristian le tomó la mano y le besó los nudillos para calmar su agitación interior—. Tienes

que declarar delante del juez para cerrar este capítulo.

—Estoy bien —articuló ella con dificultad—. Me tomé algunos tranquilizantes más de la cuenta y estoy muy sensible. No me asusta verle la cara, me angustia más pasar por todo el juicio, revivir todos aquellos momentos de pánico. Es como si volviese a pasar por ese día, pero esta vez es peor porque sé cuál es el desenlace.

Él sonrió comprensivo y le infundó ánimos con la mirada.

—¿Señor Cros?, ¿señora Martín? —levantaron las vistas y se encontraron al abogado de Cristian parado delante de la mesa—. Tengo algunas novedades.

—Siéntate, Alberto —lo invitó con amabilidad Cristian al tiempo que le señalaba una silla.

El abogado se aflojó el nudo de su apretada corbata y tomó asiento junto a ellos. Un camarero se acercó y le sirvió una taza de café recién hecho.

—Juan Sánchez desea jugar. Nos ha transmitido su intención de conformarse con la pena del fiscal, pero tiene una condición.

—¿Conformarse? —preguntó Minerva, al tiempo que un brillo de ilusión destellaba en su mirada—. ¿Esto significa que no se celebrará el juicio?

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Cristian con frialdad.

—En efecto, hay una trampa —reconoció el abogado en tono comprensivo—. Quiere que Minerva baje a los calabozos para que le pida perdón. Por supuesto, estarán los policías delante y se verán detrás de un cristal...

—¿Que... qué? —Varias cabezas se giraron ante los gritos de Cristian. Bajó la voz e hizo estallar su enfado—. ¿Que este malnacido pone condiciones? Yo flipo. En colores.

Minerva le tapó la mano con la suya en gesto consolador.

—Cristian, no te alteres, por favor. Deja al abogado que se explique. Tal vez sea mejor esto que enfrentarnos a horas y horas de declaraciones. Yo tendré que

revivir todo aquello. Si quiere pedir perdón...

—No. ¡NO! No lo permitiré. No puedes ser tan blanda. Este hijo de puta quiso matarte. Te disparó a sangre fría y ahora quiere pedir perdón. Que se meta el perdón por el...

—¡Cristian! —le regañó ella con gesto firme—. Deja al abogado hablar, por favor.

El futbolista hizo una larga respiración para calmar su agitación interior y asintió en señal de aceptación.

—Se trata de una estancia atravesada por una pared de cristal. Juan Sánchez, junto a los dos policías que le custodian, estará de una parte y Minerva y yo estaremos de la otra. La pared tiene unas aberturas pequeñas, del tamaño de un dedo, por donde se puede hablar. No hay ningún peligro de nada la verdad.

Minerva meditó un par de segundos. Posó la vista angustiada en Cristian y dijo con voz clara:

—Iré a verlo. Por favor, Cristian, confía en mí, no me lo pongas difícil. Si me quiere dar una media explicación del porqué hizo aquello, tengo derecho a saberla. Y si con esto evitamos un amargo juicio y la posibilidad de que se salga con la suya, merece la pena.

Cristian le sostuvo la mirada, desafiante. Su rostro estaba dominado por la rabia. La ola de tensión que se instaló entre ellos comenzó a disiparse cuando claudicó:

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó abatido.

—Te prometo que, ante la primera señal de malestar, saldré —le aseguró ella.

Se levantaron los tres al mismo tiempo. Cristian dejó un billete de cincuenta euros sobre la mesa y le dijo a pasmado camarero:

—¡Quédate el cambio! Has sido muy amable. Gracias.

Instantes más tarde bajaron una escalera sucia y maloliente. Llegaron a un corredor medio iluminado y estrecho. Dos policías le cortaron el paso y el abogado explicó el motivo de la intromisión.

—De acuerdo, ahora lo sacaremos, pero solo puede entrar una persona y el abogado. Usted señor... —lo miró el policía de hito en hito.

—Cros, Cristian Cros —se presentó él, ante el pasmado policía que, por lo visto, esperaba ver una rata voladora en su calabozo antes que a una estrella de fútbol de su nivel.

—Usted pase a nuestro despacho. Le trataremos bien —le aseguró el amable policía.

—¿No puede hacer la vista gorda? —preguntó Cristian esperanzado tras reconocer un brillo de admiración en la mirada del policía.

—¡Cristian! —Minerva posó con firmeza la mano sobre su pecho—. No alargues más esto ni pongas al policía en un aprieto. Por favor. —Se alejó junto al abogado y Cristian se quedó allí, enfurruñado.

Entraron en una estancia bastante pequeña llamada locutorio que olía a mugre y a humedad. Se acercó a la pared de cristal y asintió al policía, en señal de que estaba preparada para verse cara a cara con su agresor. Mientras esperaba su valentía comenzó a flaquear, por lo que se aferró al borde de una mesa de madera situada junto a la gran pared acristalada. La puerta del otro lado chirrió al abrirse y en su campo visual apareció Juan. Vestía un traje arrugado que le venía grande y colgaba de su cuerpo de cualquier manera. El pelo lo llevaba cortado de manera diferente y su cara parecía haber ganado por lo menos diez años. Caminaba con dificultad y llevaba las dos manos esposadas delante. Minerva ahogó un grito interior y se reprendió mentalmente por sentir pena por él.

Juan se acercó al cristal y durante un intervalo de varios segundos no habló.

Se quedó mirándola con un gesto indescifrable en el rostro. Ella se sintió presa de una cascada de sentimientos encontrados: furia, compasión, miedo, tristeza.

—¡Hola, Minerva! —El tono de su voz, distorsionado por la pared de cristal, sonó extraño—. Gracias por venir.

—No me las des —liberó ella el genio que llevaba dentro—. ¿Qué quieres?

—Explicarte el porqué...—cerró los ojos y respiró con dificultad—. Y... pedirte un favor.

Minerva giró sobre sus talones con la intención de marcharse. ¿Pedirle un favor? Se regañó a si misma por no haberle hecho caso a Cristian. ¿Qué tenía ella que ver con ese monstruo?

—Minerva, dame un minuto, por favor —la súplica de su voz la hizo pararse. Se dio la vuelta y lo miró con frialdad.

—Tienes un minuto.

—La cabeza me jugó una mala pasada, estoy en tratamiento. Te amaba tanto que pensé que te ayudaba a... da igual... no tenía ningún derecho, perdóname o por lo menos inténtalo. Por favor, necesito que lo hagas.

Minerva no abrió la boca ni pestañeó.

—No tienes por qué preocuparte más, jamás intentaré hacerte daño, he comprendido que tú... que lo nuestro no fue... —la voz se le quebró y se sostuvo con las manos del borde del cristal. Las esposas de hierro chocaron contra la dura superficie y el policía se acercó con mirada inquisitiva. Al ver que la situación estaba controlada, se marchó y Juan retomó su discurso, confuso:

—Aquí tengo un amigo, mi compañero de celda.

Minerva abrió muchísimo los ojos, pensando que se había vuelto loco. No entendía nada de su discurso.

—Él me ayudó a comprenderlo. No puedo luchar contra Cristian. Nadie puede.

Minerva despertó de su estado letárgico.

—No se trata de quién es él, Juan. Se trata de quién soy yo. Yo lo he elegido porque lo amo. Es así de simple.

Juan la contempló con la mirada empañada. Bajó su cabeza y dijo en voz baja:

—Ahora ya lo sé.

—Adiós, Juan —se despidió ella con frialdad y le dio la espalda para salir de ese lúgubre lugar. Se sentía mareada, asqueada y, por muy asombroso que fuera, se sentía apenada.

—Minerva, un segundo, por favor —la desesperación que sintió en su voz, la hizo volverse—. ¿Te acuerdas de Lufer?

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—Le quedan semanas, puede que días. Está solo en una protectora. No tengo derecho a pedirte nada... pero si... pudieses... —su voz se quebró y estalló en llanto.

Los ojos de Minerva se llenaron de lágrimas y salió disparada de la estancia, sin mirar a atrás. Corrió por el estrecho pasillo gritando el nombre de Cristian. Él salió a su encuentro y ella se tiró a sus brazos. En el abrazo, Minerva se aferró a su cuerpo y liberó la tensión acumulada.

Era la primera hora de la tarde y el sol brillaba con mucha fuerza para ser finales de septiembre. Una brisa caliente agitaba con suavidad las coronas de los árboles y sobre el césped bien cuidado se amontonaban hojas secas de distintas tonalidades de verde y marrón cobrizo. Unas risas infantiles rompieron el silencio de la tarde y Minerva contempló fascinada cómo Júnior y sus amigos saltaban sobre una colchoneta inflable. Pegaban saltos cada vez más altos y cuando tomaban contacto con la superficie de plástico la misma rebotaba y volvían a elevarse. Minerva desvió la mirada al sentir a Luferr pegarse a su pierna. Se agachó y le acarició la frente con suavidad. El gato era ciego, pero sus otros instintos permanecían intactos y a la única a la que se acercaba y permitía que lo tocara era a ella. El día que su peor pesadilla había finalizado decidió hacerse cargo del animal. Juan aceptó su culpa y se conformó con la pena de ocho años que el fiscal pedía. La parte racional de Minerva se alegró porque su agresor había sido castigado con una pena justa; sin embargo, la parte emocional de ella sintió pena por el estado lamentable en el que se encontraba. Y a pesar de los reproches de Cristian acudió a la protectora de animales y se hizo cargo de Luferr.

—Minerva, ¿podemos ver tu consulta de médica? —la niña más bonita del mundo, según Júnior, la observaba con unos ojos oscuros y ágiles—. Por favor.

Minerva la obsequió con una gran sonrisa y le contestó de buena gana:

—Claro, María, llama a los chicos.

La niña bajó la vista hacía el gato que, al sentirse observado, se refugió detrás de las piernas de Minerva.

—Este gato me mira... raro —dijo ella, al tiempo que acercaba su carita para verlo más de cerca.

—Se lama Lufer y es un abuelito. Está muy mayor y se ha quedado ciego, por eso da la sensación de que mira raro.

—Ah, qué pena, pobrecito —se lamentó María, apenada. Acto seguido giró sobre sus talones y se marchó corriendo para llamar a Júnior y a Alan.

Meses atrás los dos chicos habían tenido un encontronazo en el terreno de baloncesto y no podían verse ni en pintura. Pero a la edad de siete años las riñas no duran mucho tiempo, y Alan y Júnior cruzaron la frontera de la amistad y se convirtieron en inseparables.

Júnior agitó la mano con entusiasmo al tiempo que se acercaba a ella corriendo. Sus dos amigos lo seguían muy de cerca. Casi se chocó con ella en una especie de abrazo entusiasta.

—Minerva, ¿de verdad podemos jugar un rato en tu consulta?

Los ojos negros de María miraban a Júnior con asombro, como si aquella opción fuese muy improbable. Ver la consulta era una cosa, poder jugar dentro de ella era otro cantar. Minerva decidió ser generosa y dejar a su adorado hijo biológico en buen lugar. No todos los días María venía a casa a jugar.

—De verdad. —Sonrió, al ver la mirada complacida de Júnior.

—¡Cómo mola! —se maravillaron sus dos amigos a la vez.

Tras una media hora de simulaciones y auscultaciones los niños quedaron satisfechos y se fueron a la habitación de juegos. Minerva aprovechó las últimas chispas que repartía el sol y se sentó en una tumbona. Sintió los rayos caer sobre su rostro con timidez y una sensación de paz y dicha se apoderó de ella. Casi pisaba el limbo entre la realidad y el ensueño cuando notó una suave caricia posarse sobre su mejilla. Un suspiro lánguido salió de sus labios al tiempo que despegaba los párpados con lentitud. Se topó en su campo visual con Cristian, quién se acomodó a su lado, en la misma tumbona. Enlazaron las manos y se quedaron unos segundos en silencio. Una ráfaga de aire frío, hizo que ella se

acurrucase contra su cuerpo. Cristian alargó el brazo y la acomodó contra su pecho. Le dio un beso en la frente:

—Al verte dormida me vino a la cabeza la noche que nos conocimos en el Hilton. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo podría olvidarla? —Y Minerva prosiguió, imitando su voz—: «Te he citado aquí y ahora porque tú eres la madre de mi hijo».

Cristian le dio un pequeño empujón y preparó su propia voz para imitarla:

—«No tienes ningún derecho a decirme esto, donar óvulos no es lo mismo que ser madre».

Los dos comenzaron a reír de buena gana puesto que Cristian era un muy buen imitador.

—Y míranos, aquí estamos, convertidos en marido y mujer. —El futbolista hinchó el pecho con orgullo, al tiempo que dejaba el brazo colgado libremente sobre el respaldo del sillón en actitud relajada. De repente se puso en pie de un salto y gritó alterado—: ¡Pero qué demonios!

Minerva se incorporó sorprendida y siguió la trayectoria de la mirada encendida de su marido hasta el origen del enfado: el gato.

—Te juro que casi me muerde —soltó Cristian alterado—. No me lo estoy inventado.

Lufer se refugió detrás de una palmera y Minerva se giró enfadada hacia Cristian.

—Pobrecito, lo has asustado. Le tienes manía. ¿Cómo te va a morder? ¿Qué es, una pantera?

—Te dije desde un principio que este no es un gato, es un espía. Le habré puesto Juan cámaras con sensores en los ojos. Nunca en la vida he visto un gato ciego. Además, míralo, en cuanto me acerco a ti me hace algo. Has traído al enemigo a nuestra casa. Además, es feo de narices. Me entran escalofríos cuando

se me queda mirando fijamente.

—¡Cristian eres adorable! —rió ella, al tiempo que se acercaba a él y le daba un beso dulce en los labios—. Deja de mirarlo a los ojos.

—¡Si yo no lo miro!, él me provoca.

—¡Cristian, está ciego! ¿Cómo te va a provocar? Venga, sé bueno y generoso. ¿Qué culpa tiene el pobre de que a su dueño se le haya ido la olla? — Acto seguido Minerva se acomodó junto al animal y lo acogió en su regazo. El felino comenzó a ronronear y movió feliz la cola. Levantó la cabeza y contempló a Cristian con una mirada de superioridad.

El futbolista levantó la vista hacia al cielo en un intento de calmarse.

—Cambiando de tema, ¿ha llegado la nuera? —preguntó él, con voz irónica.

—Hace un rato. —Minerva dejó el gato sobre la tumbona y se limpió la mano con una servilleta húmeda—. Venga, vamos a que la conozcas. Es adorable y Júnior no pisa el suelo al andar de lo contento que está.

Cristian posó una mano sobre sus hombros y al tiempo que miraba fijamente a Lufer, le dio un beso sonoro en los labios, por si acaso su teoría fuese cierta y el gato fuese un espía en vez de un adorable animalito.

Júnior se agachó, flexionó la pierna izquierda y balanceó su cuerpo hacia el otro lado. Después hizo el mismo ejercicio con la pierna derecha. Escuchó la llamada de su entrenador y se dirigió, junto a sus otros compañeros, hacia él. Mientras corría buscó con la mirada a su padre. Lo vio sentado en primera fila junto a su madre biológica, María, Jorge, y Alan, sus tíos. Daryna, Marcos y su abuela, cerraban la fila de sus familiares. Aquella tarde se jugaba la final del campeonato infantil y, puesto que era un partido importante, todos habían querido acompañarlo.

Júnior inspiró con avidez. Sentía una enorme presión dentro del pecho. Era la primera vez que María presenciaba un partido suyo. Si conseguía marcar un gol se lo dedicaría a ella. Sin duda. Así se lo había confesado a sus padres, y ellos estaban conformes. Deseó de todo corazón estar centrado. Un hormigueo en la boca del estomago le hizo desviar la mirada de los suyos. Se reunió con su equipo y escuchó con suma atención los consejos de su entrenador. Cuando sonó el pito del árbitro se agruparon en su propia mitad del terreno y comenzaron a pasarse la pelota de unos a otros.

Júnior lucía con orgullo el mismo número de camiseta que su padre. No por ser enchufado, como afirmaban algunos padres, sino por mérito propio. Había sudado la camiseta en todos los partidos, conducía con eficacia el ataque de su equipo. Sus veinticinco goles marcados esa temporada lo habían situado como el favorito para llevarse el título del pichichi. Si se lo diesen delante de María con seguridad se moriría de gozo, vergüenza y felicidad. La tensión acumulada se hizo evidente en su juego y, por mucho que intentaba idear alguna jugada maestra, no conseguía finalizarla con éxito. Desvió de nuevo la mirada a la grada y vio angustia en los ojos de María. La niña sufría por él y ese no era el plan.

Debía centrarse y encontrarse a sí mismo. Pero ¿cómo? La mirada de su padre le envió una señal de apoyo y Júnior recordó sus palabras de antes del partido:

«A veces la presión puede descentrarte. Aléjala de ti y disfruta porque, al fin y al cabo, el fútbol es un juego. Si tú consigues divertirte con lo que haces, la gente lo hará contigo».

Dejó de prestar atención a lo que pasaba en la grada y siguió la trayectoria de la pelota. Un chico del equipo contrario la llevaba con mucha determinación hacia la portería, pero fue parado a tiempo por un defensa que la chutó con fuerza. Júnior comenzó a correr hacia la pelota y consiguió pararla con el pecho. Avanzó con paso firme empujándola con el pie y, al llegar a una distancia cercana a la portería, se preparó para chutar. Un defensa contrario le intentó fastidiar el tiro, pero él consiguió despistarlo y lanzó con fuerza el balón. Siguió la trayectoria del mismo y cuando vio que descansaba dentro de la portería pegó un salto de alegría. Se giró para dedicarle el gol a María, pero justo entonces sus compañeros se amontonaron sobre él para felicitarlo y compartir su alegría.

Veinte segundos más tarde Júnior se alisaba la camiseta arrugada y se limpiaba los restos de césped y tierra pegados a sus pantalones. Sonrió de oreja a oreja y se acercó a la parte de la grada donde estaban sus familiares. Agitó la mano en señal de saludo y se regocijó con las muestras de cariño que ellos le enviaron. María aplaudía con mucho ímpetu y, en su mirada despierta se podía leer admiración. Mareado de felicidad, buscó incorporarse de nuevo en el equipo, pero por suerte el árbitro pitó el final de la primera parte del partido.

Una hora más tarde Júnior recibía junto a sus compañeros el ansiado trofeo infantil y entre todos saludaron al público congregado en la grada. Oleadas de placer y orgullo agitaron su cuerpo cuando alzó la copa hacia los espectadores. Ahí estaba su padre, su ídolo, su héroe, con el pecho hinchado de orgullo. También estaba Minerva, su madre biológica. Júnior no entendía muy bien cómo podía ser su madre, cuando se habían conocido hacía tan poco, pero no le

importaba mucho. Esperaba comprender el valor de las vitaminas en cuanto fuera un poco más mayor, o por lo menos eso le aseguraban sus padres. Cuando sus miradas se cruzaron ella movió el brazo y le envió un beso imaginario. El corazón del niño se hinchó de alegría. Era genial tener una madre, y la suya era adorable.

Cuando el presentador del partido lo nombró pichichi del campeonato, dejó literalmente de pisar el suelo y comenzó a levitar por encima del césped. Alzó el ansiado trofeo y buscó con mirada a María. Hizo un gesto hacia ella y sonrió al ver que se sonrojaba.

«Me quiere», pensó eufórico para sus adentros.

Cristian recorrió con la vista la estancia abarrotada de gente, risas y buen humor y pensó para sus adentros que se encontraba en uno de los mejores días de su vida. Para celebrar los logros futbolísticos de Júnior habían organizado una cena en su honor. Decidió que la ocasión se merecía unas palabras suyas por lo que se puso de pie, demandando la atención de sus allegados. Además, debía unas disculpas a algunos de ellos, y supo que ese momento era el adecuado para saldar las deudas pendientes.

—Si me permitís, me gustaría decir algunas palabras —cuando las miradas de sus invitados se posaron en él, continuó—: Primero, deseo felicitar a Júnior por su esfuerzo y los títulos obtenidos. Ha sido un año complicado para todos nosotros, con muchos cambios y para él todavía más; tuvo que adaptarse a un nuevo colegio, nuevos compañeros y adaptarse a su nuevo equipo de fútbol. Es pichichi con solo siete años. Yo lo fui a los doce, así que mi hijo tiene todas las papeletas para superarme.

Los ojos color tormenta del niño brillaban por la satisfacción y sus mejillas se encendieron de placer.

—¡Felicidades, Júnior! Estamos todos muy orgullosos de ti.

—¡Gracias, papi! —salió corriendo y se echó en los brazos de su padre. Él lo abrazó con cariño y acto seguido todos sus familiares lo felicitaron, besaron y achucharon.

—Y ya que estamos de celebración, aprovecho la ocasión para saldar algunas cuentas pendientes que tengo con vosotros. —Al ver las miradas curiosas y sorprendidas que le lanzaron, Cristian se echó a reír—: No me miréis como si me hubiesen salido cinco cabezas.

—Es que te han salido cinco cabezas, hermanito —apreció con sorna, Inés —. Es raro que tú tengas cuentas pendientes. Raro, ra-ro...

Marcos, el representante de Cristian, entró en su juego y dijo con voz cargada de ironía:

—Doy fe, esto es raro, raro...

Cristian le lanzó una mirada radiante a su representante:

—Pues, mira, ya que me estás vacilando comenzaré contigo.

La mirada de Marcos se agrandó por la sorpresa y el azul intenso de sus ojos brilló por la expectación.

—Llevas aguantando mis histerias trece largos años. No te lo he puesto fácil y me consta que en más de una ocasión quisiste tirar la toalla. Pero no lo has hecho. Eres un excelente agente, pero por encima de todo está tu lealtad. Gracias, amigo. Una parte de mi éxito es tuya.

Los comensales rompieron en aplausos, y Marcos se levantó aturdido de su silla. Se acercó a Cristian y se abrazaron con fuerza. Cuando se repuso de la sorpresa, sonrió agradecido y dijo con su habitual tono jovial:

—¿Trece años ya? Tal vez haya llegado el momento de pedirte que aumentes mi porcentaje —rió de buena gana y siguió con un tono cargado de nostalgia—: Nos estamos haciendo mayores. ¿Quién lo iba a decir? Júnior ya es pichichi, tú agradeces algo, jolines, esto es muy grande, amigo. Hemos compartido trece años colmados de éxitos, alegrías y solo me queda desear que tengamos muchos más. ¡Un placer estar a tu lado! —Marcos levantó su copa y brindó con el anfitrión.

Otra avalancha de aplausos, hizo que a Marcos se le empañara la mirada. Se sentó y tomó un sorbo largo de champán.

—Mamá, te toca —cambió Cristian el foco de su interés.

—¿A mí? —María se sorprendió en voz alta.

—Sí, sí, a ti —reforzó su hijo lo dicho anteriormente—. Te debo un gracias enorme por todo lo que has hecho por mí y por mi hermana. Quedaste viuda muy joven y en vez de rehacer tu vida nos la dedicaste a nosotros. Me apoyaste en mi deseo de ser padre en solitario y criaste a mi hijo. Gracias, mamá.

Cristian le dirigió una mirada cargada de agradecimiento, se acercó y le dio un sentido abrazo. Le limpió una lágrima que ella derramó por pura emoción y le rodeó los hombros en actitud cariñosa:

—Las puertas de mi casa, están abiertas para ti; tanto yo como Minerva y Júnior queremos que vengas a vivir con nosotros.

—Sí, abuela, por fi —reforzó Júnior la petición, al tiempo que se arrimaba a ellos en actitud cariñosa—. Te echamos mucho de menos. Nadie hace la paella como tú.

María observó complacida la escena y, antes de dar una contestación, buscó a mirada de su nuera. Minerva le sonrió con entusiasmo y entre las dos mujeres se firmó el acuerdo tácito de reconciliación.

—Viviré con vosotros algunas temporadas —resolvió ella finalmente—. Sabéis que me aficioné a bailar salsa —y entre vítores y aplausos se marcó unos pasos de baile.

La sala se volvió bulliciosa por las risas cargadas de buena sintonía. Cristian regresó a su sitio y pidió permiso para cerrar una última cuenta pendiente.

—¡Hala, te estás pasando! —rio Inés de buena gana—. Deja alguna para la próxima reunión que, por cierto, será dentro de una semana, cuando me convierta en cuarentona.

—No os acostumbréis tampoco, ¿eh? Con vuestro permiso, necesito decirle algunas palabras a mi mujer.

Minerva levantó la vista de golpe hacia él y le envió un mensaje del tipo «no me hagas esto delante de tanta gente». Cristian hizo caso omiso de la súplica

tacita que vio en sus ojos y continuó:

—Gran parte de mi cambio de actitud se lo debo a ella, una mujer que supo entenderme y enseñarme que se puede mejorar como ser humano. Gracias, Minerva.

Ella enrojeció y su mirada color esperanza se encendió. Cristian acortó la distancia entre ellos y depositó un beso corto sobre sus labios.

—Dicho esto, me queda pedirte perdón por algunas tonterías que te solté... últimamente.

Minerva hizo un intento de parar su entusiasmo, posando su mano sobre la de Cristian, al tiempo que le daba un leve apretón. Él sonrió de oreja a oreja y continuó su discurso, sin inmutarse:

—En un momento de locura transitoria, llegué a insinuarte que dejaras tu trabajo de médica en el hospital. Fue una gran estupidez, aparte una petición infantil y completamente egoísta. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti y te apoyaré en todo para que sigas adelante. Es tu sueño, es tu esfuerzo, es lo que tú eres. Tenemos poco tiempo para estar juntos, es cierto, pero una pareja se tiene que apoyar, así que, en la medida de lo posible dejaré de lado algunos compromisos para estar contigo. Te amo, princesa.

Minerva parpadeó con rapidez para retener el torrente de lágrimas que amenazaba con asomarse sobre su rostro y pasó, en cuestión de segundos, por distintas emociones: sorpresa, placer, amor infinito, comprensión. Hizo una respiración profunda para serenarse y dirigió hacia él una mirada embelesada.

—Gracias, Cristian, significa mucho para mí. Intentaré descargar obligaciones yo también para que pasemos más tiempo juntos. Mi corazón quiere que sepas que jamás se cansará de amarte.

Cristian le tomó las manos con delicadeza y le dedicó una sonrisa cargada de promesas. Después le guiñó el ojo con complicidad:

—Y que sepas que el gato no me cae mal del todo. Pero cuando digo que me ataca es verdad.

—¡Cristian! Eres incorregible —lo amonestó ella con voz dulce y suave.

FIN

AGRADECIMIENTOS

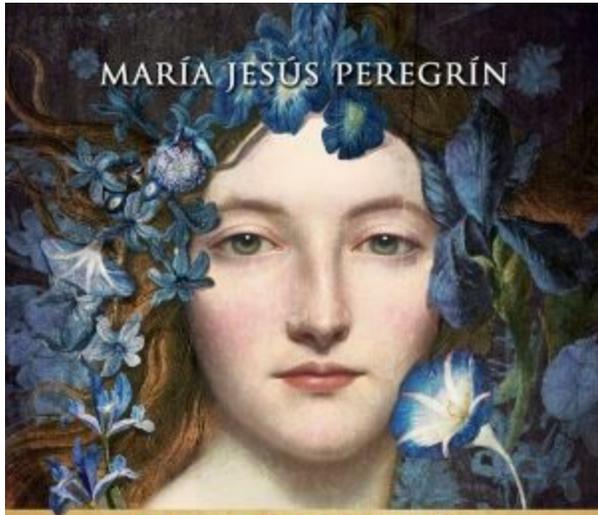
Quiero dar las gracias a todos los lectores/as de *Míster 7* porque la mayoría habéis coincidido que el final dejaba muchos cabos sueltos. Y esa es la razón por la que me he animado a escribir *Miss 7*, para que la historia de Cristian y Minerva tuviera un final en condiciones.

Muchos de los comentarios recibidos pedían más presencia de Júnior, así que os he hecho caso y os aseguro que, en esta segunda parte, Júnior os enamorará. *Miss 7* ha visto la luz gracias a todos los que le habéis dado una oportunidad a *Míster 7*, así que este libro va por todos vosotros junto a mi gratitud y agradecimiento.

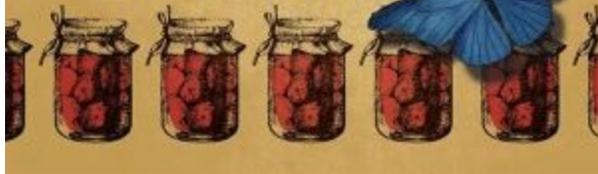
Quiero hacer una mención especial a un buen amigo, bloguero y lector empedernido, que es Fransy (el administrador de Las lecturas de Fransy), quien me ha animado y apoyado en esta aventura y de forma desinteresada ha aceptado el reto de ser mi lector cero. Sin sus aportaciones valiosas, *Miss 7* no sería lo mismo. ¡Gracias!

Y, por último, quiero agradecer a la editorial Letrame por la profesionalidad y el cariño con el que ha tratado a mi novela, y de forma especial a Ana, mi correctora.

MARÍA JESÚS PEREGRÍN



EL FRUTERO
NO DISCUTÍA DE
MERMELADAS



El frutero no discutía de mermeladas

Peregrín, María Jesús

9788416916085

156 Páginas

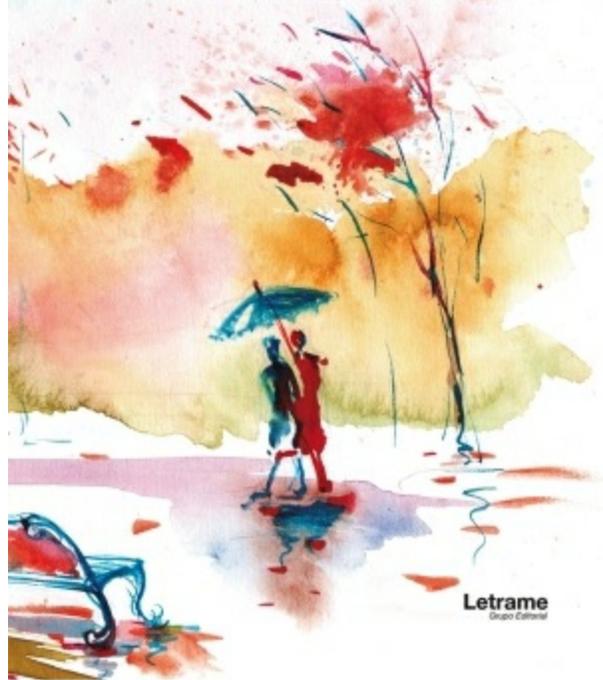
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elsa, una joven abogada, decide viajar de Madrid a Nueva York después de que un desconocido le proponga un extraño juego. Ella, atrapada por su pasado, se adentrará en un mundo mágico, misterioso y apasionante. Lo hará de la mano de Gastón, un viajero francés que adquiere en Chinatown un viejo bazar para reconvertirlo en frutería. La crítica ha dicho sobre "El frutero no discutía de mermeladas" que hace reflexionar al lector sobre lo crucial de las casualidades, del impacto de las decisiones, aparentemente triviales que tomamos a diario, en la confianza de que ser humano aún está a tiempo de salvarse a sí mismo si cree en la bondad de los demás. Escrita con un lenguaje poético y bien elaborado, la novela nos sitúa en la estela del realismo mágico.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Poemario

MARÍA GABRIELA SERANITI ARATER



Letrame
Grupo Editorial

Poemario

Arater, María Gabriela Seraniti

9788417161538

116 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este poemario, está lleno de mis más profundas reflexiones, pensamientos, sentimientos, que me despierta la vida en su conjunto y la naturaleza en particular. Siempre disfruté mucho de los espacios abiertos, las grandes arboledas, los caminos de tierra, las flores silvestres, las plantas y los animales. Para mí la vida es todo sentimiento, sentimiento profundo y sincero, curioso y despierto, como la risa de un niño o el abrazo fraterno.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EL ÚLTIMO REY DE ÁFRICA

JOSÉ ANTONIO QUESADA COVES

Letrame

El último rey de África

Quesada Coves, José Antonio

9788417161989

330 Páginas

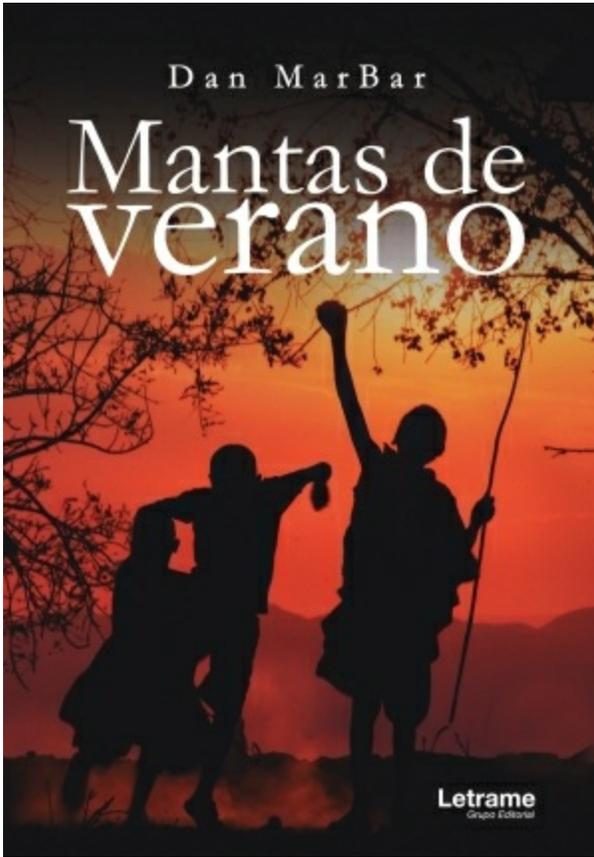
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Unos macabros sucesos están ocurriendo en un hospital del corazón de África. Mientras tanto, un profesor voluntario llega a Mali siguiendo los pasos que diera su padre años atrás. El propósito de Dídac Macià no es otro que el de ayudar a los jóvenes de la zona con el desarrollo de un proyecto educativo. Allí se enamora de los paisajes, de la bondad de la gente, de la alegría de los niños e, incluso, descubre el amor. Sin embargo, se ve involucrado en una truculenta trama de violaciones, guerra y yihadismo que no le permitirá quedarse de brazos cruzados. Ambientada en el África de las primeras décadas del siglo XXI, esta absorbente novela de José Antonio Quesada Coves se adentra más allá de los hechos y presenta un sólido panorama de las riquezas y de las miserias del continente africano. Con la compra de este libro estás ayudando a la mejora de la educación en África. El 15% de los beneficios de esta novela se destinarán a que CCONG Ayuda al Desarrollo implante programas de enseñanza en este continente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dan MarBar

Mantas de verano



Letrame
Grupo Editorial

Mantas de verano

MarBar, Dan

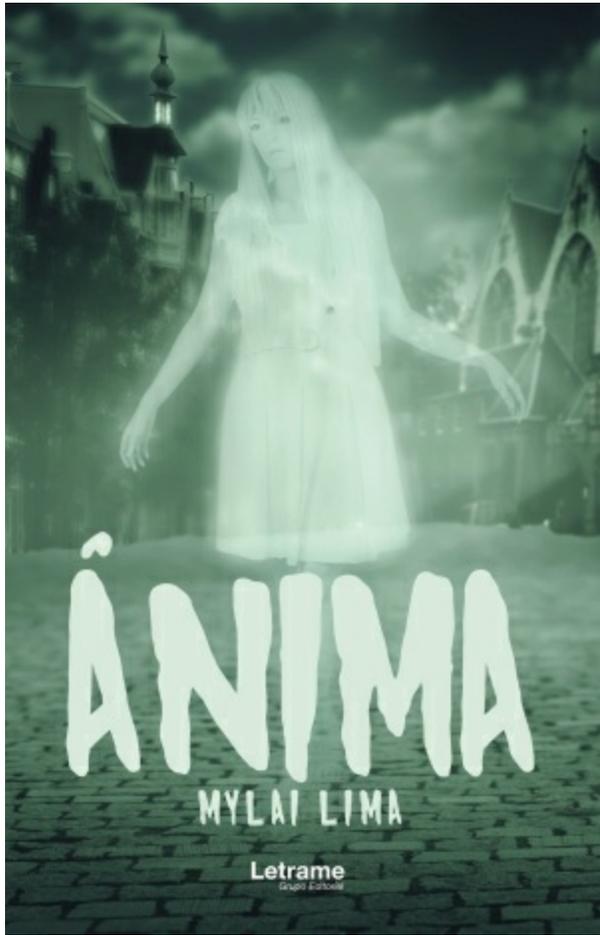
9788416916986

154 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mantas de Verano nos adentra en la ciudad de Cartagena, donde lo legal e ilegal se funde en un maremágnum de sentimientos encontrados. ¿El deber o la razón? ¿Resignación o lucha? Dos personas con vidas totalmente diferentes, se encuentran por casualidad, a partir de ese momento se irá forjando una profunda amistad. ¿Casualidad o destino?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ANIMA

MYLARI LIMA

Letrame

di Grego & Bonetti

Ánima

Lima González, Mylai

9788417161927

486 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Roinara tiene una vida perfecta y está punto de casarse, pero... esto cambia abruptamente al sufrir, junto a su novio, un brutal accidente que la deja en coma. En este estado, observa su cuerpo inerte que, sin moverse, lo percibe todo. Este sombrío giro se convierte en una ambigua oportunidad para descubrirse como entidad en un plano fuera de toda lógica, pero le permite encontrar respuestas. Ella se embarca en un duro proceso que va entrelazando su etérea realidad con algo, hasta ahora, impensable: sus vidas pasadas. Revive, sin alternativa, experiencias que la van hundiendo hacia confusos abismos hasta convertirse en una Ánima. Intenta comunicarse con su novio, pero lo único que logra es aterrorizarle hasta el borde de la locura. Él, a su vez, padece graves lesiones y un terrible sentimiento de culpa que le hace cuestionar su comedia vida, pero cae en la cuenta de que su crianza, temas culturales y religiosos le han socavado y han hecho de él un ser "bueno" para la sociedad, pero tan maniático y obstinado que se siente sin personalidad propia. Afortunadamente, aparece alguien muy especial. Amor, humor, aventura, miedo, decepciones, ira. Una novela para ti, donde se reflejan las pasiones humanas y la búsqueda del "ser".

[Cómpralo y empieza a leer](#)